

Las asombrosas Profecías

del tiempo
final



A Daniel se le reveló el futuro desde sus días hasta la eternidad, mostrándole escenas del gran conflicto en forma integral en un escenario de doble ámbito y dimensión: el terrenal y el cósmico.

Dedicatoria

*A todos los que perseverando en bien hacer
buscan gloria, honra y vida eterna
solo en Cristo Jesús el Mesías.
¡Que el número de ellos se multiplique!*

Contenido

Prefacio	7
Introducción	13
Libro de Daniel	21

Capítulo 1 **Cautivos en Babilonia**

Daniel 1	Rumbo a la capital caldea: Babilonia	25
-----------------	---	----

El capítulo 1 muestra que una relación estrecha con Dios es el secreto de una vida victoriosa.



Capítulo 2 **Los reinos del mundo y el reino de Dios**

Daniel 2	El reino perpetuo de Dios	31
-----------------	---------------------------------	----

El capítulo 2 no hace sino ampliar el concepto de la victoria en Cristo: Daniel y sus compañeros eran hombres de oración.

Capítulo 3 **Librados del fuego final**

Daniel 3	Un episodio que volverá a repetirse	43
-----------------	---	----

El capítulo 3 destaca el hecho de que una vida de oración es una vida de fe. Los tres hebreos vivían confiados en el cuidado de Dios bajo cualquier circunstancia.

Capítulo 4 **Librado del león rugiente perverso**

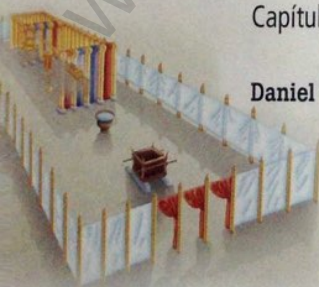
Daniel 6	El ministerio de los ángeles	53
-----------------	------------------------------------	----

El capítulo 6 recalca nuevamente que el secreto de la victoria es una vida de oración íntima.

Capítulo 5 **Los reinos del mundo ante el juicio de Dios**

Daniel 7	El pueblo de Dios enfrenta los poderes terrenales	61
-----------------	---	----

El capítulo 7 es un despliegue de victoria de los santos del Altísimo a lo largo de los siglos.



Capítulo 6 **Abominable obra anticristiana**

Daniel 8 El Santuario de Dios atacado por la insolencia del cuerno pequeño 85

El capítulo 8 presenta el ministerio intercesor del Mesías como Príncipe de las fuerzas celestiales y Sumo Sacerdote en su Santuario celestial.



Capítulo 7 **El Santuario terrenal**

Daniel 8 La profecía de los 2300 días 101

El capítulo 8 presenta un cuadro de desolación, pero también de seguridad y victoria.

Capítulo 8 **La gran obra del Mesías**

Daniel 9 La gran obra del Mesías en el Calvario y el Santuario 115

El capítulo 9 expone con más amplitud el triunfo de la obra expiatoria e intercesora del Mesías.

Capítulo 9 **Panorama de la Edad Media y el tiempo del fin**

Daniel 11 Las guerras del papado y el tiempo del fin 127

El capítulo 11 del libro de Daniel refuerza aún más la promesa de que la victoria de los fieles en el tiempo del fin es la victoria del Mesías.

Capítulo 10 **El Mesías triunfante**

Daniel 12 El reino eterno de Dios 135

En el capítulo 12, Daniel proclama la certeza de la victoria escatológica de los fieles en virtud del poder del Mesías.

Epílogo de esperanza 159

Conclusión 165







Introducción

AL INICIAR ESTE MILENIO, surgieron cuatro predicciones que confundieron a la población de nuestro planeta. Primero, la Nueva Era anunció con insistencia, durante las cuatro últimas décadas del milenio anterior, el amanecer de una nueva época de paz y prosperidad que acabaría con las tragedias de los milenios anteriores que habían agobiado nuestro planeta en las «eras» precedentes. Sin embargo, ya se ha llegado a mediados de la segunda década de este nuevo milenio y las promesas de excelencia, prosperidad, bienestar y paz prometidas por la era ocultista de Acuario ni siquiera se vislumbran. Al contrario, las cosas van de mal en peor. Segundo, la tecnología computarizada se dio el lujo de predecir una tragedia planetaria si el mundo de los negocios no se ajustaba a sus exigencias económicas. Se anunció que el 31 de diciembre de 1999 el mundo sentiría el caos que llegaría a la media noche el último día del año. Entonces todos los sistemas computarizados colapsarían al cambiar el calendario al año 2000. La fecha llegó y pasó el temido momento sin que ningún cumplimiento de sus amenazas se cumpliera. La tan anunciada tragedia Y2K fue otra mentira propalada, buscó generar una paranoia colectiva por quienes

anhelan hacer del fin del mundo una farsa. Tercero, se anunció la destrucción de nuestro mundo por el paso de un gran cuerpo celeste (meteoro o cometa) errante que tal vez rozaría o en el peor de los casos impactaría la Tierra; pero pasó la fecha y el mundo sigue su curso en su órbita establecida. Cuarto, 2012 fue el año fijado para el término del mundo. ¿Quién estableció ese final? ¿Qué iba a suceder? ¿De dónde salió tal anuncio? Ah, decían en coro los profetas del desastre, vinculados con el ocultismo de la Nueva Era, ilas «profecías mayas» anunciaron con certeza que el 21 de diciembre del 2012, el final sería inminente! Que acontecerían eventos que cambiarían el curso de la historia y de la humanidad. La fecha llegó y los anuncios catastróficos transmitidos por los diferentes medios de comunicación resultaron ser falsos.

El presagio más reciente que se anunció fue el que ocurriría el 28 de noviembre del 2013, el cometa Ison entraría en la órbita solar y causaría una gran catástrofe a nuestro planeta. Sin embargo, ese presagio también fue falso, por estos motivos las Escrituras



nos advierten, «pero los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados» (2 Timoteo 3: 13).

Muchas predicciones llamadas «profecías» están de moda. El mundo está ansioso por conocer el futuro. Anhela saber lo que le depara el porvenir. Pero en ese afán, suele creer cualquier ocurrencia pensando que es una genuina profecía. La definición real de profecía es el «don sobrenatural que consiste en conocer por inspiración divina las cosas distantes y futuras». La veracidad de esta definición está plenamente certificada por la Escritura.

Dios mismo asevera ser el único capaz de predecir el futuro, pues dice: «Anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: “Mi plan permanecerá y haré todo lo que quiero”» (Isaías 46: 10). Es decir, la habilidad de predecir el futuro es patrimonio exclusivo de la Deidad, lo cual no puede ser falsificado. Es más, el Eterno incluso desafía a todos a predecir el futuro: «¿Quién proclamará lo venidero, lo declarará [...] como hago yo [...]? ¡Que les anuncien lo que viene, lo que está por venir!» (Isaías 44: 7). Pero el desafío es todavía mayor ya que dice: «“Alegad por vuestra causa —dice Jehová—; presentad vuestras pruebas” [...]. Que se acerquen y nos anuncien lo que ha de venir: que nos digan lo que ha pasado desde el principio y pondremos nuestro corazón en ello; y sepamos también su final. [...] Dadnos noticias de lo que ha de ser después, para que sepamos que vosotros sois dioses» (Isaías 41: 21-23). Daniel es un libro profético de la Biblia, y en él Dios ha expuesto detalladamente profecías que se han cumplido al pie de la letra.

Daniel se destaca por su contenido histórico y profético. Su historia ha sido repetidas veces vindicada y verificada en lo que concierne a su precisión y veracidad. En cambio, sus profecías han desafiado a cuantos han procurado destruir la genuinidad de sus predicciones; el cumplimiento de ellas es la garantía de su inspiración.

Daniel señala de manera peculiar algunos temas esenciales del mensaje bíblico, tales como la creación, el conflicto cósmico, la caída, el Santuario celestial, la obra de los ángeles, el juicio de Dios, la redención de la humanidad, el reino de Dios y la resurrección, que, a su vez, se centran en la figura excelsa del Mesías que es atacado obstinada e insolentemente por el anticristo. Este contenido es esbozado en cada capítulo de su libro de manera única, de

modo que, en conjunto todos contribuyen a la comprensión del cuadro total presentado en sus profecías.

El primer capítulo de Daniel revela que el cautiverio de Judá impuesto por Babilonia no era una simple conquista caldea, sino un designio divino y que no duraría eternamente, sino terminaría con el triunfo del Mesías.

El capítulo 2 es fundamental en el entendimiento del libro y es un clásico de la profecía bíblica, pues establece el patrón escatológico secuencial e interpretativo, al señalar el surgimiento y la caída de los imperios y el triunfo final del reino eterno de Dios.

El capítulo 3 muestra cómo Dios librará a su remanente del fuego de la persecución escatológica de la Babilonia mística, cuando esta establezca su imagen para ser adorada.

El capítulo 4 presenta cómo Dios puede salvar aun a los más orgullosos si declinan y aceptan la soberanía divina y se acogen a su reino, tal como lo hizo Nabucodonosor, quien tuvo que pasar por un período de locura para poder alcanzar un equilibrio espiritual.

El capítulo 5 establece la seguridad de que Dios juzga a las naciones, tal como lo hizo con Babilonia, y que ninguna escapará al escrutinio celestial. No está lejano el día cuando la Babilonia mística será juzgada y destruida, tal como sucedió con la antigua.

El capítulo 6 revela que Dios dirige el destino y la vida de cada uno de sus hijos y que él puede convertir las situaciones más difíciles en bendición para su pueblo, como lo hizo con Daniel, pese a un decreto intransigente y cruel que lo envió al foso de los leones. Establece, igualmente, que Dios tiene a favor de los suyos el ministerio celestial de los ángeles que cuidan de los herederos de la salvación.

El capítulo 7, renueva la certeza de la dirección divina de su pueblo dentro del devenir político de las naciones e introduce para los estudiosos del mensaje bíblico el tema del anticristo, al mostrar quién es, cuándo surgió y cómo ha actuado a través de los siglos contra Cristo, su ley y su pueblo.

Los capítulos 8 y 9, son una sola profecía abarcante y a su vez subdividida en otras menores como parte de la profecía integral, Daniel muestra con mayor amplitud la obra que el anticristo haría contra Cristo, su verdad, su Santuario y su pueblo, además expone la manera como Cristo obraría en favor de sus escogidos y de la humanidad en el Calvario y el Santuario.



En el capítulo 10 Daniel muestra otra vislumbre del Mesías como líder de las huestes angelicales, pues se le revela que él es el arcángel Miguel, y es llamado así no por ser un ángel más, sino por ser su Creador y su líder absoluto en el conflicto cósmico.

En los capítulos finales Daniel vuelve a presentar la obra del anticristo señalando su comienzo, desarrollo, apogeo y destrucción. Al hacerlo detalla en el capítulo once, las guerras que él dirigió contra el Mesías y el pueblo de Dios señalando los hitos históricos de la crucifixión, el establecimiento de la abominación anticristiana romana, la Reforma, la Contrarreforma y la entrada al período conocido como el tiempo del fin.

En el capítulo 12 Daniel establece la meta final de todo el acontecer del mundo, tal como lo estableció Dios en su cronograma profético. Nuevamente el Mesías, como Miguel, es el paladín de la victoria y el que dirigirá los eventos finales resucitando a los fieles de todas las épocas y destruyendo a los que se opusieron a él y a su reino. Se le asegura a Daniel que la recompensa de quienes son fieles está plenamente garantizada, pues es Dios quien la ha prometido y establecido.

Lo admirable en las profecías de Daniel es su vínculo con otros detalles doctrinales y proféticos de la Escritura, los cuales son expuestos con las fechas de los eventos mesiánicos anunciados que se han cumplido con exactitud y su precisión solo puede indicar su origen divino.

El mensaje de Daniel tiene la misma relevancia en el siglo XXI, y el mundo necesita escucharlo hoy. A medida que el tumulto de maldad se acrecienta, hasta llegar a sumir al planeta en un «tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces» (Daniel 12: 1). El pueblo de Dios necesita proclamar al mundo el mensaje mesiánico de esperanza y paz, tal como Daniel lo presenta en sus profecías.

Resulta significativo considerar que los dos profetas expositores de las mayores revelaciones escatológicas contenidas en las profecías bíblicas sean considerados por el mismo Dios como amados suyos en una forma del todo peculiar. Daniel es llamado «varón muy amado» por el mismo Dios (Daniel 10: 11, 19) y el ángel Gabriel lo reitera (9: 23) cuando es enviado por encargo celestial a enseñarle lo revelado con respecto a las cosas correspondientes al tiempo del fin (10: 14; 12: 4, 9). A su vez, Juan es «a quien



amaba Jesús» (cf. Juan 13: 23; 19: 26; 21: 20) y a quien también se le revelaron «las cosas que deben suceder pronto» (Apocalipsis 1: 1). Evidentemente, el cuidado y el aprecio de Dios es especial por aquellos hijos suyos que anhelan y se esfuerzan por saber las cosas tocantes a su reino y sobre todo «cuándo han de suceder».

Por otro lado, debe considerarse con seriedad que el mensaje de Daniel es parte de la invitación divina a la salvación, pues el Dios que revela los misterios nos ha hecho saber mediante las profecías «lo que ha de acontecer en los últimos días» (Daniel 2: 28), sin descuidar de mostrarnos lo que el Mesías hizo para acabar con el pecado y establecer su justicia eterna (Daniel 9: 25-27), es decir, para salvarnos y llevarnos a su reino.

El autor



Libro de Daniel

EL FUTURO SIEMPRE HA SIDO algo cautivante para la humanidad. Este anhelo ha llevado a los hombres a buscarlo en fuentes y medios impropios. Al entrar en el nuevo milenio, las fuerzas ocultistas proclamaron a los cuatro vientos y por cuanto medio de difusión pudieron, que el mundo estaba por entrar en un milenio de paz y hermandad cósmicas. Una Nueva Era estaba por alumbrar, al entrar por fin en la iluminada era de Acuario.

Pero en la primera década del siglo XXI no hubo nada de lo prometido y anunciado por los mensajeros ocultistas. La paz y el entendimiento tan publicitados por ellos van resultando todo lo contrario. En cambio, los acontecimientos proclamados por los profetas bíblicos, son cada vez más precisos. ¿Qué nos depara el futuro? ¿Hacia dónde va el mundo? ¿Mejorará su suerte su tan pregonada ciencia? ¿Cuánto avanzará el mundo en los próximos siglos, o seguirá existiendo indefinidamente con todas sus perversidades? ¿Terminará el planeta sus días con algún desastre natural como el anunciado calentamiento global?

El libro de Daniel, tiene la clave para contestar todas estas preguntas, así como otras más, referentes al futuro del mundo y decimos con certeza qué nos espera en los siglos venideros. Las predicciones admirables hechas por este mensajero de Dios, que vivió más de medio milenio antes de Cristo, han pasmado a millones, desde que él las escribió en Babilonia. Estas son tan relevantes e importantes para el mundo actual, que es necesario conocerlas y darle importancia a su mensaje milenarío.

¿Qué es lo que hace del libro de Daniel y sus profecías tan importante para nosotros en este nuevo milenio? Las profecías más admirables son las referentes al Mesías, cuyo bautismo y muerte fueron anunciados en la fecha exacta. Además también profetizó en lo referente a su ministerio sacerdotal en conexión con el juicio celestial, que está realizándose hoy en los cielos antes de su retorno por los suyos.



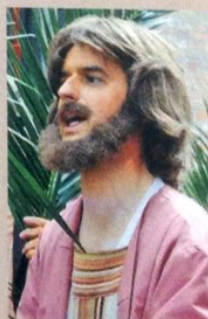
El pórtico de Ishtar era una de las doce puertas de Babilonia.

Cautivos en Babilonia

Daniel, ciudadano de Babilonia

Generalidades

El libro de Daniel nos da un mensaje de victoria. El primer capítulo muestra cómo los hijos de Dios aun en medio de la adversidad del cautiverio en tierra del enemigo, son dirigidos por la providencia de su gracia (Daniel 1: 9), y en todas las pruebas a las que son sometidos, son hallados mejores que los demás.



El capítulo 1 muestra que una relación estrecha con Dios es el secreto de una vida victoriosa.

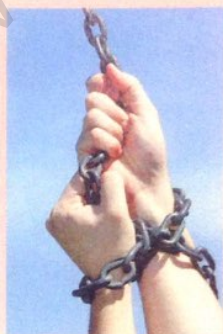
Rumbo a la capital caldea: Babilonia

En el tercer año del reinado de Joacim, rey de Judá, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, a Jerusalén, y la sitió. El Señor entregó en sus manos a Joacim, rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios; los trajo a tierra de Sinar, a la casa de su dios, y colocó los utensilios en la casa del tesoro de su dios. Y dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajera de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes, muchachos en quienes no hubiera tacha alguna, de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, sabios en ciencia, de buen entendimiento e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñara las letras y la lengua de los caldeos. Y les señaló el rey una porción diaria de la comida del rey y del vino que él bebía; y que los educara durante tres años, para que al fin de ellos se presentaran delante del rey. Entre ellos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, de los hijos de Judá. A estos el jefe de los eunucos puso nombres: a Daniel, Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego

(Daniel 1: 1-7).

Daniel
1

Daniel y sus compañeros tuvieron que acostumbrarse durante su viaje a Babilonia a la rudeza de los soldados que los llevaron cautivos.



Los asirios eran conocidos por su ferocidad y destreza guerrera, por siglos dominaron con mano fuerte a los pueblos del antiguo Cercano Oriente. Sin embargo, ellos fueron derrotados por los caldeos, quienes fundaron el Imperio Neobabilónico y establecieron a Babilonia como su capital.





El profeta Daniel nació durante los últimos años del Imperio Asirio y fue testigo presencial del surgimiento, apogeo, declinación y desvanecimiento del imperio neobabilónico. Llevado a Babilonia en su adolescencia no volvió más a Jerusalén y a lo largo de su vida recibió las revelaciones proféticas sobre el destino de nuestro mundo y el establecimiento del reino venidero de Dios.

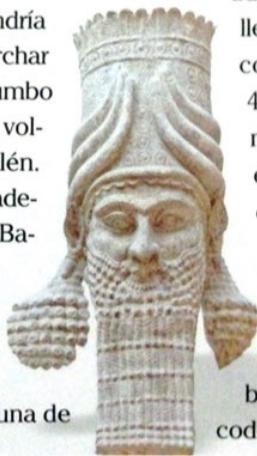
LA VIDA DE DANIEL es extraordinaria. Nacido en una familia real de su patria, tenía un porvenir brillante en la realeza de Israel, pero la tragedia de la invasión babilónica truncó ese promisorio futuro. Probablemente Daniel tendría 18 años cuando tuvo que marchar con la larga fila de cautivos rumbo a Mesopotamia; nunca más volvería a ver su amada Jerusalén. Era el año 605 a. C. De allí en adelante sería un ciudadano de Babilonia, la capital caldea.

La ciudad que él conoció no solo se jactaba de sus ancestros, sino también de encerrar dentro del perímetro una de

las siete maravillas del mundo antiguo, sus jardines colgantes.

Lo cierto es que Daniel llegó a Babilonia cuando era apreciada por ser una urbe maravillosa, y le tocó vivir precisamente durante los años cuando la ciudad llegó a ser conocida especialmente como la «gran Babilonia» (Daniel 4: 30). Es decir, cuando alcanzó el clímax de su belleza y poder; cuando era la señora del entonces mundo conocido.

Sin embargo, su suerte cambió radicalmente, pues tuvo el privilegio de ser escogido, en compañía de otros tres príncipes hebreos, para ser becados por Nabucodonosor en un proyecto educativo



de enorme trascendencia. Debido a sus decisiones, Daniel y sus compañeros se destacaron desde el comienzo, sobre todo su participación en momentos de enorme importancia para el rey caldeo.

Daniel tuvo que afrontar en su cautividad problemas, pero su decisión y valentía lo encumbraron hasta lo sumo; Dios premió su constancia y fidelidad con creces. Obligaron a Daniel a cambiar su identidad, de ser Daniel «Dios es mi juez», pasó a ser Beltsasar «quiera Bel (Marduk) preservar su vida». Pero su estilo de vida jamás cambió ni en las aulas ni en el comedor del palacio, mucho menos en las oficinas donde se desempeñó como destacado oficial de los reyes a quienes sirvió.



La escritura cuneiforme es el registro dejado por los pueblos de la antigua Mesopotamia. El desciframiento que Henry Rawlinson hiciera de ese escrito dio inicio a la lectura de los registros asirios y babilónicos. Gracias a él y a otros como Edward Hincks, Henry Talbot y Jules Oppert, los registros de Asiria y Babilonia pueden hablarnos tras haber estado en silencio por más de dos milenios y medio.



Hebreos que se distinguieron en Babilonia

Sin duda, a Nabucodonosor le habrá causado agradable sorpresa notar la agudeza de Daniel y sus compañeros al responder a sus preguntas el día del examen final y, sobre todo, al ver que superaban el conocimiento común de sus sabios más notables, a tal punto que fueron hallados diez veces más inteligentes que sus compañeros de aula (Daniel 1: 18-20). **El rey debió sentirse orgulloso de haber invertido en su educación.**

Entonces no sabía que con ellos tendrían experiencias mucho más notables que lo harían cambiar de parecer.

La vida intachable de Daniel y su desempeño ejemplar lo prepararon para andar de manera incorruptible por los senderos tortuosos de la política, tanto babilónica como persa. Así, cuando los persas asumieron el control del mundo político, decidieron hacer de Daniel uno de los administradores del nuevo imperio (Daniel 2: 48-49).





El otrora famoso oráculo de Delfos, del gran Zeus de los griegos, hoy es solo ruinas.

Los reinos del mundo y el reino de Dios

Extraordinario sueño de Nabucodonosor

Generalidades

La victoria de sus vidas estaba en relación directa con el poder recibido en la cámara de oración (Daniel 1: 17-18). Dios escuchaba complacido sus pedidos y anhelos en lo secreto de sus cámaras y se deleitaba recompensándolos en público (cf. Mateo 6: 6). El testimonio de sus vidas era «hay un Dios en los cielos» (Daniel 2: 28), y la convicción de los que se relacionaban con ellos era «ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, Señor de los reyes» (2: 47).



El capítulo 2 no hace sino ampliar el concepto de la victoria en Cristo: Daniel y sus compañeros eran hombres de oración.

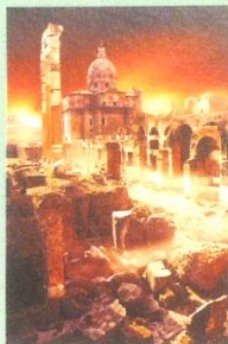
El reino perpetuo de Dios

En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte se desprendió una piedra sin que la cortara mano alguna, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación

(Daniel 2: 44-45).

Daniel
2

Dios le mostró a Nabucodonosor el futuro del mundo bajo el símbolo de una estatua metálica y Daniel le explicó que solo habría cuatro imperios universales y que el último se dividiría en diez, sin mantener la unidad ni la fuerza de los anteriores.



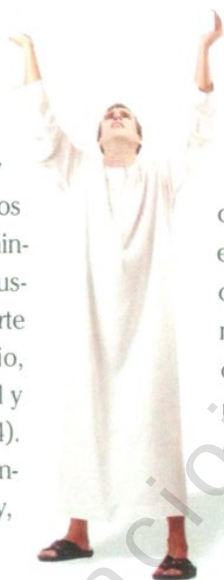
Todo lo anunciado con relación a los imperios universales se ha cumplido al pie de la letra y solo falta que se cumpla el establecimiento del reino de Cristo.



LA PRUEBA DE FUEGO para Daniel y sus compañeros llegó en el mismo año de su graduación, el 603 a. C., cuando el rey Nabucodonosor tuvo un sueño extraordinario que olvidó. Sin embargo, él quería saber lo que había soñado y su significado, pero al recurrir a los sabios y astrólogos de su corte ninguno de ellos pudo ayudarlo. Frustrado y enojado, decretó la muerte de todos los sabios del imperio, entre los cuales estaban Daniel y sus compañeros (Daniel 2: 12-14). Daniel pidió al rey un poco de tiempo para resolver su problema y,

al concedérsele, fue a Dios en oración pidiendo que le revelara el sueño y su interpretación, lo cual le fue concedido (Daniel 2: 17-19).

Daniel evidenció la ineficacia de la astrología frente a la exigencia de conocer el futuro. Hoy abundan mensajeros sensacionalistas que pretenden conocer el destino del mundo, y señalan la cercanía del fin con profecías canalizadas por médiums o «profecías» como las mayas, que señalan una nueva era de paz y armonía cósmica o cataclismos sísmicos y solares, e incluso fijan fechas para tales desastres.



La adivinación es una actividad muy antigua, pero es vanidad pues es incapaz de predecir el futuro. Daniel fue educado para ser un adivino en la corte de Nabucodonosor, pero demostró la inutilidad de la astrología y mostró que solo Dios conoce el futuro y ha revelado al mundo sus propósitos eternos para nuestro planeta.



Cuando Daniel volvió para relatar al rey lo que había soñado y para darle la interpretación del sueño, le aclaró al rey que su petición era humanamente imposible de cumplir sin la ayuda del Dios del cielo (Daniel 2: 26-28). Además, le aseguró que el sueño tenía que ver con el futuro de su reino y que el mismo Dios le había mostrado no solo el porvenir de su reino, sino el del resto de los reinos del mundo (Daniel 2: 29). Luego le refirió que él había visto en el sueño una estatua inmensa hecha de diversos metales. La cabeza era de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies de barro mezclado con hierro.

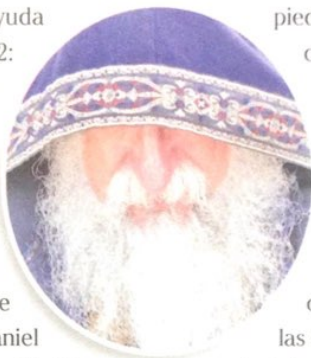
«Tú, rey, veías en tu sueño una gran imagen. Esta imagen era muy grande y su gloria, muy sublime. Estaba en pie delante de ti y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido» (Daniel 2: 31-33).

Mientras el rey admiraba la estatua, vio cómo una piedra venida del cielo hirió a la imagen y la pulverizó, luego el viento la barió del todo sin quedar de ella vestigio al-

guno. Pero la piedra se convirtió en una montaña inmensa hasta abarcar el mundo entero.

«Estabas mirando, hasta que una piedra se desprendió sin que la cortara mano alguna, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y la desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Pero la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte que llenó toda la tierra» (Daniel 2: 34-35).

Luego Daniel procedió a dar al rey la interpretación del sueño de la siguiente manera:



Curiosamente la gente no cree lo que Dios anuncia con respecto al fin, pero sí está dispuesta a aceptar los falsos anuncios que pronostican el fin del mundo mediante meteoritos, cometas y otras calamidades. Daniel establece con claridad cómo acontecerá el final de todo.

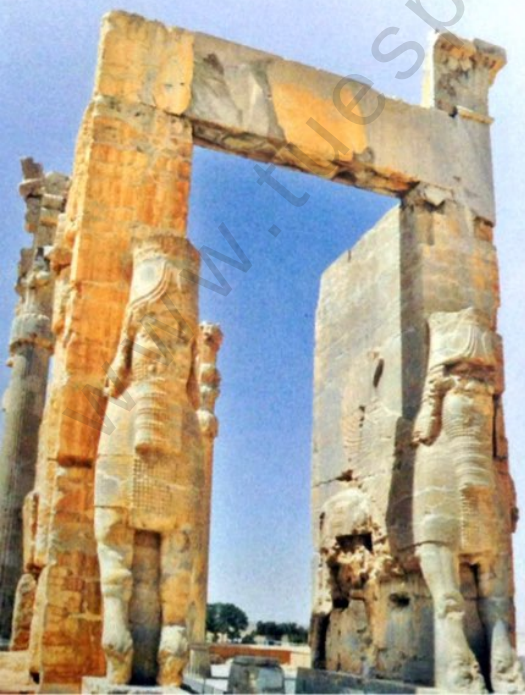
«Tú, rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad. Dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tus manos, y te ha dado el dominio sobre todo. Tú eres aquella cabeza de oro. Después de ti se levantará otro reino, inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra. Y el cuarto reino será fuerte como el hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, así él lo desmenuzará y lo quebrantará todo.



Las pirámides o zigurats de Mesopotamia dan testimonio de un pasado humano glorioso que se desvaneció, quiso perdurar en el tiempo sin tener a Dios en cuenta. Un día, sin embargo, todos reconocerán la soberanía del Altísimo.

Lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; pero habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste el hierro mezclado con barro cocido. Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, este reino será en parte fuerte y en parte frágil. Así como viste el hierro mezclado con barro, así se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro» (Daniel 2: 37-43).

Daniel se aseguró de detallar al rey su sueño, a fin de darle mayor confianza en la interpretación, declarándole que lo soñado respondía a su preocupación y que, para su sorpresa, el Dios del cielo lo conocía y lo consideraba de manera especial. Su reino era el primero y en esplendor, el mayor. Pero le mostró que toda gloria humana es pasajera. Así, Babilonia perecería e igualmente Persia, Grecia, Roma y los reinos en que se dividiera Roma sin llegar a ser estos un solo reino unido y poderoso.



Monumentales figuras de toros barbados, a la usanza de la tradición asiria, guardaban la entrada del palacio de Jerjes, en Persépolis, la capital persa. Jerjes, quien construyó la estructura, la denominó «la puerta de todas las naciones». Esta capital fue saqueada, incendiada y destruida por las tropas griegas de Alejandro a su paso por ella rumbo a la India.

Exactitud de las profecías de Daniel

A medida que el tiempo del fin predicho por Daniel despliega sus misterios y sucesos cada vez más inquietantes, las profecías del «varón muy amado» (Daniel 10: 11, 19), se tornan más actuales. Con razón el mismo Mesías hablando a la generación que fue testiga de su primera venida le aconsejó leer las profecías de Daniel con mucha atención. Pero al instar a ella de tal modo, lo hacía también a la actual que aguarda impaciente su segundo advenimiento. Daniel nos muestra que la «redención está cercana».

Las profecías tocantes a la suerte de los reinos mundanales de por sí dan realce pleno a Daniel. Sin embargo, su real dimensión se mide en la proyección desplegada más allá de lo meramente mundanal. Daniel no se detiene a predecir solo lo tocante a los imperios de sus días. Sus profecías penetran la eternidad atisbando el futuro del eterno reino de Dios venidero tan lejano en sus días, pero tan cercano a los nuestros. Con toda certeza el profeta declaró a Nabucodonosor: «Hay un Dios en los cielos que revela los misterios, y él ha hecho saber [...] lo que ha de acontecer en los últimos días» (Daniel 2: 28).

Significado de la estatua metálica



La cabeza
de oro:
Babilonia
(605-539 a. C.)



El pecho de
plata:
Medopersia
(539-331 a. C.)



El vientre
de bronce: **Grecia**
(331-168 a. C.)



La piernas
de hierro: **Roma**
(168 a. C.-476 d. C.)



Los pies de hierro
y barro (476 d. C. -
hasta nuestros
días).

Dios mostró a Nabucodonosor el futuro del mundo bajo el símbolo de una estatua metálica y Daniel le explicó que solo habría cuatro imperios universales y el último se dividiría en diez, sin mantener la unidad ni la fuerza de los anteriores y que, en los días de estas naciones resultantes, Dios establecería su reino celestial.

La descripción de la gran imagen que Nabucodonosor vio en su sueño menciona los metales que formaban cada parte de la imagen (la cabeza de oro, el pecho y brazos de plata, el vientre y muslos de bronce, y las piernas de hierro con los pies de hierro mezclado con arcilla), pero el énfasis no está en el desfile de naciones sino en el final de ellas con la piedra que destruye a todas e inaugura el reino eterno de Dios.

La historia se ha encargado de demostrar que lo revelado al rey Nabucodonosor e interpretado por Daniel era correcto. En el año 539 a. C., el imperio de Babilonia pasó a la historia con la conquista de los persas al mando de Ciro. Pero los persas también sucumbieron ante la conquista de Alejandro Magno en el 331 a. C., y a su vez el Imperio Griego dejó de serlo al ser conquistado por las legiones romanas en el año 168 a. C. Pero aun el férreo Imperio Romano desaparecería siendo reducido a un conglomerado de naciones débiles y fuertes, pero jamás unidas



Alejandro Magno conquistó un imperio grandioso pero no supo del dominio propio y sucumbió ante sus arrebatos intemperantes. Su imperio, tal como lo anunció Daniel, fue repartido entre quienes no fueron de su descendencia.

en un solo imperio como los predecesores. Cuando las tribus bárbaras dividieron al Imperio Romano en el 476 de nuestra era nunca más se volvieron a unir las naciones en un solo imperio, pese al deseo desmedido de algunos políticos. Tal como lo señaló Daniel, aun cuando las casas reales de Europa se unieron con tratados y hasta mediante alianzas matrimoniales, sus relaciones no fueron amigables ni menos

pacíficas, sino que se enfrascaron en terribles guerras.

Daniel había anunciado: «No se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro». Así aconteció a lo largo de los siglos con varios hombres poderosos que intentaron invalidar el desafío profético tratando de unir Europa: Carlomagno, Carlos V, Napoleón, Guillermo I y Hitler.

Dios quiso mostrarle a Nabucodonosor no lo perecedero sino lo eterno, el reino eterno de Dios. Para esto Daniel completó la interpretación de la estatua afirmando que solo habrían en la historia humana esos reinos, tras los cuales Dios mismo establecerá el suyo.



El futuro revelado y su cumplimiento

El mensaje de Daniel proclamado inicialmente por él mismo en sus días allá en el lejano siglo VI a. C., sigue siendo el mismo en el siglo presente, el mundo necesita escucharlo hoy. A medida que el tumulto de maldad se acrecienta hasta sumir al planeta en «un tiempo de angustia, cual nunca fue» (Daniel 12: 1), el pueblo de Dios necesita proclamar al mundo el mensaje mesiánico de Daniel.



Indudablemente, al final de la interpretación Nabucodonosor estaba convencido de que su sueño había provenido de una fuente sobrenatural. Él reconoció al Dios de Daniel como el gobernante del universo. Vio también su propio lugar en el mundo y la historia y entendió que su autoridad dependía del Altísimo.

Daniel 2 es una de las profecías más grandes de la Biblia. Aparte de predecirnos el futuro tiene como meta consolar a los creyentes (1 Corintios 14: 3). La profecía bíblica demuestra al mundo que Dios controla todas las cosas a pesar de la angustia general o cualquier otro asunto que agobie al mundo. El universo entero está bajo su cuidado y por encima de este hay un Dios en los cielos que provee para cada persona. La meta de vida eterna con él, trazada para nuestro mundo por el Creador mismo, está muy por encima de cualquier utopía jamás imaginada.

Pretendieron imponer un nuevo orden mundial:



Carlomagno

Rey de los francos, quien con sus 56 expediciones y títulos ganados no logró su propósito de restablecer el imperio universal en toda Europa.



Carlos V

Rey de España y emperador de Alemania que aunque decían que en sus dominios el «sol no se ponía», murió decepcionado en un monasterio al no lograr su anhelo imperial mundial.



Napoleón

Sus sueños de grandeza imperial sumieron a Europa en un caos guerrero y en Waterloo encontró su derrota sin haber logrado la unidad de Europa bajo un solo imperio.



Guillermo I

Tuvo la misma decepción de los que le precedieron en sus deseos de unir Europa bajo un solo emperador. Dios había decretado que después de Roma no habría otro imperio mundial.



Hitler

Desató la Segunda Guerra Mundial y con sus aliados sumieron al mundo en un genocidio despiadado pero se suicidó en su refugio al comprobar que su imperio mundial no se logró.

Así, Daniel prosiguió:

«En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte se desprendió una piedra sin que la cortara mano alguna, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación» (Daniel 2: 44-45).

La historia ha certificado la precisión de lo profetizado por



Los reyes del pasado quisieron perpetuar su memoria erigiendo estatuas 'suyas', pero aun ellas testifican de sus sueños de grandeza que resultan ser solo extravagancias.

Daniel. Se percibe que el profeta enfatiza que el reino de Dios acontecerá en los días cuando las naciones resultantes de la división del Imperio Romano estén actuando. Además señala que lo que sea establecido por Dios no será destruido. Dos cosas sobresalen en la certidumbre de esta profecía. Primero, el tiempo cuando esto sucederá; en segundo lugar, la durabilidad de lo que Dios establecerá.

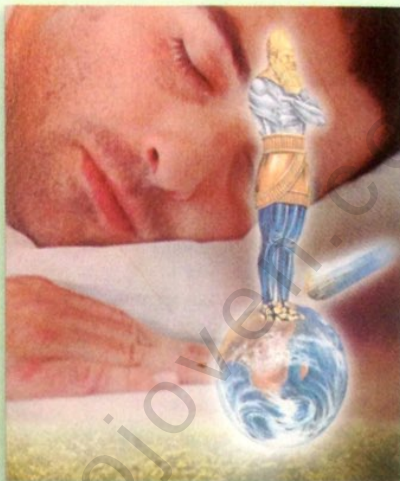
Si consideramos lo cumplido hasta la fecha de todo lo anunciado por Daniel, la certidumbre de lo que resta por cumplirse es igualmente indubitante.



Durante siglos los monumentos del mundo antiguo guardaron silencio porque no se podía descifrar su misterio. Tal situación favoreció el surgimiento de diferentes ideas que negaban la validez de los escritos bíblicos. Hoy, sin embargo, se ha probado que los datos de la Biblia son correctos y la validez de su mensaje y profecías son excepcionales.

El desenlace del sueño de Nabucodonosor

Aquí llega el desenlace del sueño, pues la «piedra» representa el reino de Cristo (Daniel 2: 45). A Nabucodonosor se le mostró el momento cuando Cristo establecería su reino perpetuo (Apocalipsis 11: 15) al regresar por segunda vez a la tierra (Mateo 25: 31-34). Entonces, él herirá «la imagen en sus pies» (Daniel 2: 34), la quebrará en pedazos, la desmenuzará y consumirá todos esos reinos (Daniel 2: 44). Así, el portentoso retorno de Jesucristo culminará el cumplimiento de la profecía cuando «en los días de estos reyes el Dios del cielo establecerá su reino que jamás será destruido», porque «permanecerá para siempre».



Todo lo anunciado con relación a los imperios universales se ha cumplido al pie de la letra y solo falta que se cumpla el establecimiento del reino de Cristo.

El capítulo 2 de Daniel muestra a Nabucodonosor y a todos los que pretenden unificar al mundo bajo el dominio de un solo gobierno humano, que Dios tiene propósitos específicos con respecto a este mundo, y los implementará cuando establezca su reino en este mundo. Pero lo más grandioso es que él quiere vernos a todos disfrutar de su reino

bendito, solo espera que aceptemos su oferta.

Es evidente que este capítulo no fue escrito solamente para presentarnos el bosquejo profético anticipado de nuestra historia universal y su cumplimiento. Si no para mostrarnos el modo como

Dios buscó salvar a Nabucodonosor y con él a Babilonia. Nos muestra que Dios tiene sus fieles en Babilonia y que ellos llegarán a formar parte de su remanente. Sin embargo, ellos deben aceptar el llamado divino.

A menudo la gloria y fama humana son puestos en un pedestal muy elevado. Sin embargo, el tiempo y sobre todo la historia se han encargado de establecer el verdadero valor de los exaltados.





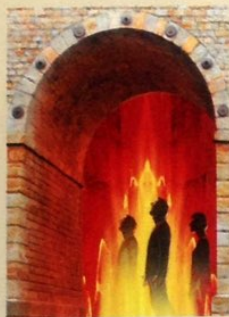
A menudo la arena de los siglos cubre las obras humanas, mostrando su inutilidad.

Librados del fuego final

Lealtad a toda prueba

Generalidades

Los tres hebreos tenían la seguridad de que aunque su Dios no los librara, sería porque él se manifestaría de otra manera. Como Job, ellos confiarían en Dios, aunque él los matara (cf. Job 13: 15). Ellos sabían que la fe da la victoria que vence al mundo (cf. 1 Juan 5: 4).



El capítulo 3 destaca el hecho de que una vida de oración es una vida de fe. Los tres hebreos vivían confiados bajo el cuidado de Dios ante cualquier circunstancia.

Un episodio que **volverá** a repetirse

Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, cambió el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego y ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado. Y ordenó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que ataran a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiente. Así pues, estos hombres fueron atados con sus mantos, sus calzados, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiente. Y como la orden del rey era apremiante, y habían calentado mucho el horno, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Estos tres hombres, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiente

(Daniel 3: 19-23).

Daniel
3

«Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiente, y dijo: "Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid". Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego» (Daniel 3: 26).



Nabucodonosor desafió a los jóvenes hebreos diciéndoles: «¿Qué dios será capaz de librarlos de mi mano y del fuego de mi horno?». Y los jóvenes hebreos respondieron: «Nuestro Dios puede hacerlo». Y ciertamente lo hizo pues ellos fueron librados del fuego del horno.



EL CAPÍTULO 3 de Daniel presenta la liberación espectacular de los tres jóvenes hebreos de un castigo propio de esos días: ser quemados vivos en un horno de fuego.

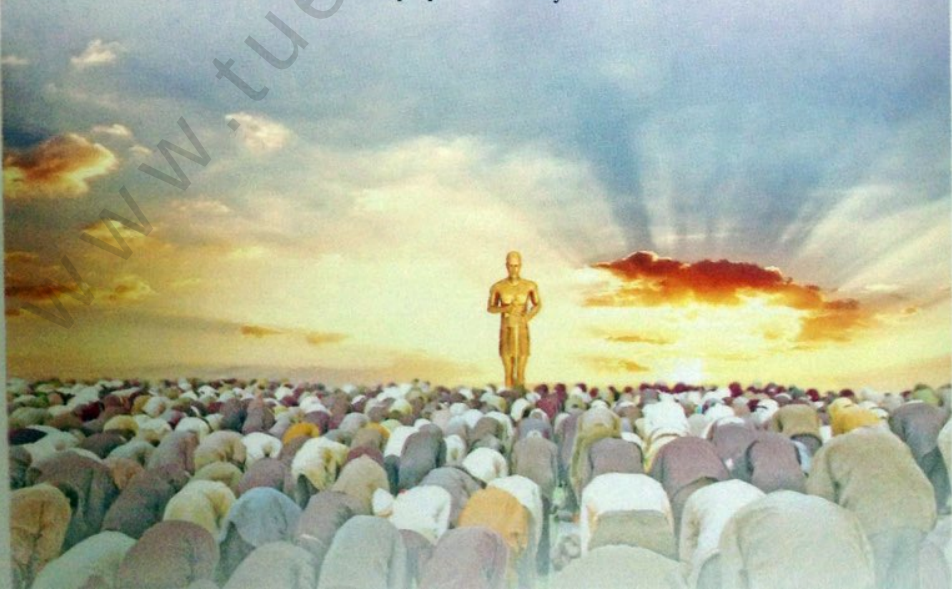
«El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, cuya altura era de sesenta codos y la anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia. Y ordenó el rey Nabucodonosor que se reunieran los sátrapas, los magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces y todos los gobernadores de las provincias, para que vinieran a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado. Se reunieron [...] todos los gobernadores de las provincias, para la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado [...] el



pregonero anunciaba en alta voz: “Se os ordena a vosotros, pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado; y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiente”.

»Por lo cual, al oír todos los pueblos el son de la bocina, la flauta, la cítara, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento de música, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado.

»Por esto, en aquel tiempo algunos hombres caldeos vinieron y acusaron maliciosamente a los judíos. Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor:



»«[...] Tú, rey, has dado una ley que todo hombre, al oír [...] todo instrumento de música, se postre y adore la estatua de oro; y el que no se postre y adore, sea echado dentro de un horno de fuego ardiente. Hay unos hombres judíos, a los cuales puse sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos hombres, oh rey, no te han respetado; no adoran a tus dioses ni adoran la estatua de oro que has levantado.



La idolatría es la perversión de la adoración que pertenece única y exclusivamente a Dios como creador y gobernante nuestro y del universo.

Y si no, has de saber, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado» (Daniel 3: 1-18).

Tras el sueño que tuvo Nabucodonosor y la interpretación dada por Daniel, el rey decidió desafiar a Dios con una estatua colosal obligando a todos los dignatarios de su imperio a adorarla. Todo iba muy bien hasta que descubrió que los jóvenes hebreos

se negaban a participar de dicha adoración. Esto lo enfureció de tal modo que decidió castigarlos en un horno de fuego calentado siete veces más de lo normal, y los desafió a mostrar cuál Dios podría librarlos de su mano. Admirablemente, los jóvenes fueron librados del horno por un personaje que se paseaba en medio de las llamas y que fue reconocido por el mismo rey como divino.

«¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios ni adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que, al oír [...] todo instrumento de música, os postreís y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adoráis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiente, ¿y qué dios será el que os libre de mis manos?».

»Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: «No es necesario que te respondamos sobre este asunto. Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tus manos, rey, nos librará.



Dios es el único que merece nuestra adoración y lealtad. Podemos dirigirnos a él en todo momento y adorarlo en cualquier lugar donde estemos. Él siempre está dispuesto a escucharnos y concedernos sus bendiciones, cuidado y dirección, siempre desea lo mejor para nosotros; por eso es nuestro amante Padre celestial.



Un episodio lleno de grandes misterios

«Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, cambió el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego y ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado. Y ordenó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que ataran a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiente. Así pues, estos hombres fueron atados con sus mantos, sus calzados, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiente. Y como la orden del rey era apremiante, y habían calentado mucho el horno, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Estos tres hombres, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiente» (Daniel 3: 19-23).

«Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: “¿No echaron a tres hombres atados dentro del fuego?”. Ellos respondieron al rey: “Es verdad, oh rey”. Y él dijo: “Sin embargo, yo veo cuatro hombres sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a un hijo de los dioses”.

»Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiente, y dijo: “Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid”.

»Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron [...] para mirar a estos hombres, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos y ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas, intactas, ni siquiera olor de fuego tenían. Y Nabucodonosor dijo: “Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, los cuales no cumplieron el edicto del rey y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios”» (Daniel 3: 24-28).



Los jóvenes hebreos prefirieron ir al fuego porque estaban seguros de que su Dios era leal a sus promesas. El Todopoderoso los acompañó en ese momento y premió su fe al librarlos de la muerte.

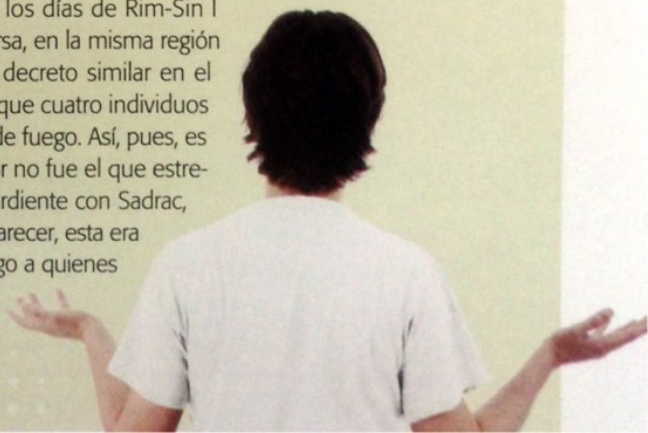
Lealtad en la llanura de Dura

El capítulo 3 de Daniel describe un episodio de lealtad en dos dimensiones. Destaca la lealtad hacia el Dios de Israel; al mismo tiempo, tuvo lugar durante un encuentro convocado por Nabucodonosor para proclamar un juramento de lealtad de todos los súbditos del nuevo imperio, representados por los dirigentes de todos los pueblos. **La convocatoria mencionada, la concurrencia reunida como oficiales del gobierno, sátrapas, prefectos, gobernadores, consejeros, jueces, magistrados, entre otros (Daniel 3: 3). La grandeza del evento y la exigencia proclamada, indican con claridad lo que esta ocasión significó para el rey y los súbditos allí reunidos. Fue una reunión convocada para sellar su lealtad a Babilonia con juramento.**



En Daniel 3 se registra un hecho que está en perfecta relación con una renovación de lealtad que los súbditos de Babilonia tuvieron que realizar entre el año 594 o 593 a. C., tras una revuelta sofocada por Nabucodonosor en el décimo año de su reinado, entre 595 o 594 a. C. Esta misma ocasión es conectada con el viaje de Sedequías a la capital caldea entre el 594 o 593 a. C., y que es mencionado por Jeremías (véase 51: 59-64). Es muy probable que el rey hebreo participó en este evento junto con los demás oficiales del Imperio Babilónico, ya que «indclinándose ante la imagen y adorándola, una persona también podía jurar alianza y lealtad a ella y a lo que representa». **Daniel expone el problema concreto suscitado en Dura: la relación del súbdito con su rey mediante su actitud ante la religión del estado, puesto que la ordenanza real exigía un acatamiento incondicional.** La arqueología ha proporcionado datos que hacen posible tanto la fijación de la fecha como la situación política para los eventos históricos referidos en el capítulo 3 de Daniel.

Un texto proveniente de los días de Rim-Sin I (1822-1763 a. C.), rey de Larsa, en la misma región mesopotámica, contiene un decreto similar en el cual ese gobernante mandó que cuatro individuos fuesen arrojados a un horno de fuego. Así, pues, es evidente que Nabucodonosor no fue el que estrenó este modo de ejecución ardiente con Sadrac, Mesac y Abed-nego. Pero al parecer, esta era en Babilonia la forma de castigo a quienes se consideraban reos de traición a la corona babilónica (Daniel 3: 6, 20; cf. Jeremías 29: 22).



Este episodio es una amonestación de algo que al final de los siglos volverá a repetirse con la Babilonia mística, cuando haga su imagen y obligue al mundo entero a adorarla bajo pena de muerte (Apocalipsis 13: 14-15), pero igualmente, de esta amenaza angustiosa el pueblo de Dios será librado. Además, se nos advierte que «viene el día, ardiente como un horno» (Malaquías 4: 1). Para los que hacen iniquidad y, de esta destrucción solo serán librados los que hayan hecho de Dios su refugio.

Este capítulo resalta la lealtad desde un doble punto de vista: la lealtad exigida por Nabucodonosor y la lealtad a Dios antes que a los hombres. La adoración al Dios verdadero es contrastada diametralmente contra la idolatría. El mensaje de Daniel con respecto a la adoración al único Dios verdadero es singular. Esto está en plena armonía con el libro de Apocalipsis: «¡Te-

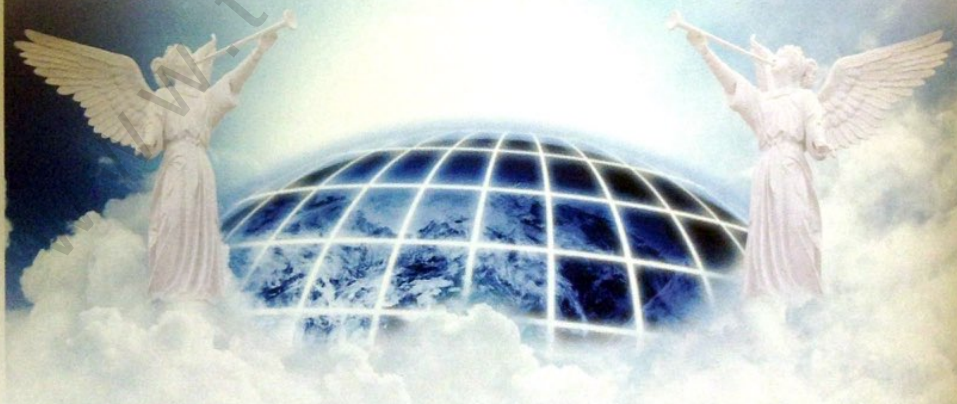
med a Dios y dadle gloria [...]! Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas» (14: 7). No hay otro digno de ser adorado.



Por otro lado, el capítulo 3, muestra que la vanidad de la idolatría, es una manifestación del orgullo humano en su rebelión contra Dios. Señala que en la adoración de la estatua erigida por el rey se exigió una demostración de reverencia y ve-

neración propias de los idólatras que sirven a las imágenes. La idolatría jamás ha sido aceptada por Dios y está en abierta contradicción y desafío al Creador, quien jamás dio su gloria a imágenes (Isaías 42: 8) ni renunció a su derecho de ser adorado (Apocalipsis 14: 7).

La Ley de Dios es explícita al establecer quién es el único que debe ser adorado, honrado, reverenciado y venerado (Éxo-



Dios nunca ha dado su aprobación para la adoración de imágenes ni menos para la veneración de ellas (Isaías 42: 8), la idolatría es la perversión de la adoración y una forma real de blasfemia. El episodio del horno ardiente muestra que la verdadera adoración será un asunto de vital importancia tal como lo fue en los días de Daniel, en los días finales.



Dios nos ha dado en la naturaleza pruebas suficientes de su existencia, amor y providencia. Nosotros podemos disfrutar libremente de sus bendiciones si tan solo confiamos en su bondad y misericordia que nos renueva diaria y constantemente.

do 20: 3-6). Cualquier otra adoración, sea en forma de veneración o reverencia dada a imágenes, es simplemente idolatría. Los dos primeros mandamientos de la ley divina son demasiado claros en ese aspecto, no es posible adorar a Dios mediante representaciones que son sólo imaginación burda, aun absurda, de lo divino. La idolatría es una insensatez denunciada por Isaías en la forma más directa al mostrar que «los que modelan imágenes de talla, todos ellos son nada [...] ellos mismos, para su confusión, son testigos de que los ídolos no ven ni entienden» (Isaías 44: 9). Por otro lado la adoración idolátrica está relacionada directamente con otras actividades inmorales propias que acarrea o fomenta, o con las que se vincula invariablemente, como la borrachera y la fornicación en grandes proporciones de degradación inmoral. Ciertamente los altares de Babilonia en los días de Daniel no

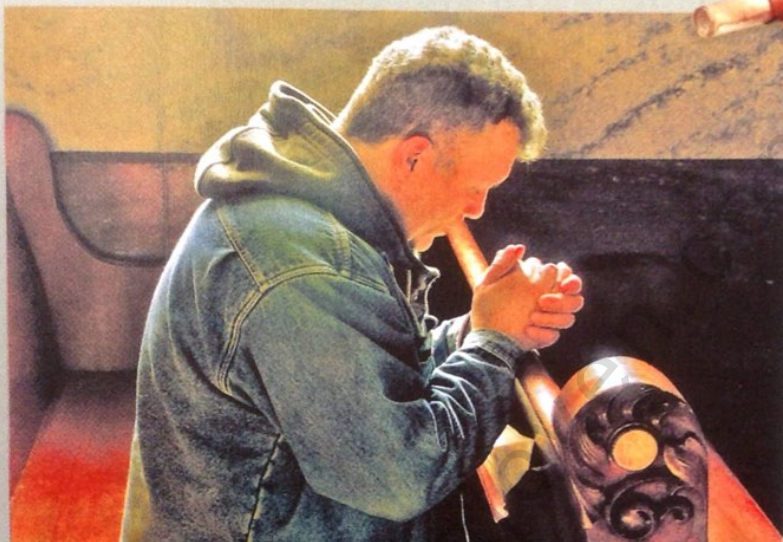
honraban al Altísimo y los altares idólatras de la actual Babilonia mística tampoco honran al Dios verdadero.

Por su parte, Daniel establece que el testimonio de los verdaderos adoradores es recompensado por Dios. La calidad de su adoración es comparable a la que el Hijo de Dios aclaró que es dada únicamente a nuestro Creador, pues al que se atrevió a exigirle la adoración que de ningún modo le pertenece, Jesús le respondió: «Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás» (Mateo 4: 10).

El mensaje de Daniel con respecto a la adoración al único Dios verdadero es pleno y singular. Su mensaje sobre este asunto se inicia en el mismo capítulo 1 al establecer que fuera de él no hay otro en grandeza y soberanía. Daniel establece más allá de toda duda, que el Señor es el único Dios verdadero. Esta verdad la pregonó de manera tan singular que se une a nuestros días.



Los enemigos de Daniel supusieron que los leones del foso lo matarían. Ellos ignoraban que Dios tiene un ministerio angelical que se deleita en librar a los suyos de cualquier situación por más terrible que sea.



Nada iguala a los momentos de oración en situaciones de dificultad.

Librado del león rugiente perverso

Recompensa por la fidelidad

Generalidades

Dios apoya a los suyos dándoles la victoria mediante el ministerio de sus ángeles. Si bien Daniel no se paseó en medio del horno de fuego, sí pernoctó una noche sin recibir daño alguno rodeado de fieras en el temido foso, porque Dios mitigó la fiera de los leones enviando un ángel domador que «cerró la boca de los leones» (Daniel 6: 22). Daniel salió victorioso del foso porque él estaba seguro de que «el ángel del Señor acampa en derredor de los que le temen y los defiende» (cf. Salmos 34: 7).



El capítulo 6 recalca nuevamente que el secreto de la victoria es una vida de oración íntima.

El ministerio de los ángeles

El rey se levantó muy de mañana, y fue apresuradamente al foso de los leones. Acercándose al foso, llamó a gritos a Daniel con voz triste, y le dijo:

«Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?».

Entonces Daniel respondió al rey: «¡Rey, vive para siempre! Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones para que no me hicieran daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo».

Se alegró el rey en gran manera a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso. Sacaron, pues, del foso a Daniel, pero ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios

(Daniel 6: 19-23).

Daniel pasó su prueba de fuego no en el horno de Babilonia sino en el foso de los leones y fue librado gracias al cuidado de los ángeles de Dios.



«Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones para que no me hicieran daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo» (Daniel 6: 22).



LOS CAPÍTULOS 5 y 6 del libro de Daniel relatan dos puntos culminantes en la vida del profeta hebreo y narran su trayectoria como mensajero de Dios, así como su desempeño en los dos imperios que le tocó servir.

«El rey Belsasar hizo un gran banquete a mil de sus príncipes, y en presencia de los mil bebía vino. [...] Bebieron vino y alabaron a los dioses de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra. [...] El rey gritó en alta voz que hiciesen venir magos, caldeos y adivinos; y dijo el rey a los sabios de Babilonia: "Cualquiera que lea esta escritura y me

dé su interpretación, será vestido de púrpura, llevará en su cuello un collar de oro y será el tercer señor en el reino". Entonces fueron introducidos todos los sabios del rey, pero no pudieron leer la escritura ni dar al

rey su interpretación. Entonces el rey Belsasar se turbó sobremanera, y palideció, y sus príncipes estaban perplejos. La reina, por las palabras de rey y de sus príncipes, entró a la sala del banquete, y dijo: "¡Rey, vive para siempre! No te turben tus pensamientos ni palidezca tu rostro. En tu reino hay un hombre en el que mora el espíritu de los dioses santos [...]. Llámese, pues, ahora a Daniel, y él te dará la interpretación".



Entonces trajeron a Daniel ante el rey. [...] Entonces Daniel respondió y dijo al rey: "Leeré la escritura al rey y le daré la interpretación. El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor, tu padre, el reino, la grandeza, la gloria y la majestad. [...] Pero tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón sabiendo todo esto, sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido; [...] además diste alabanza a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven ni oyen ni saben; pero nunca honraste al Dios en cuya mano está tu vida y de quien son todos tus caminos» (Daniel 5: 1-23).



Al final el banquete de Belsasar resultó ser su perdición. La escritura en la pared trastornó todo lo esperado y realizado. Fue un final trágico para el rey.

to, él jamás quiso actuar conforme a eso, pues se había «ensoberbecido». Belsasar jamás aceptó, como Nabucodonosor, la invitación del Señor de formar parte del reino divino.

Así, la noche del 12 de octubre del 539 a. C., Belsasar fue ejecutado por las tropas persas que tomaron Babilonia por sorpresa sin disparar «una sola flecha». Esa noche Babilonia fue depuesta

del dominio universal y Persia subió al estrado del poder. Igualmente, Daniel llegó al nivel más alto del gobierno babilónico,

El capítulo 5 expone la manera como Dios juzgó a Babilonia por su idolatría y rebelión constantes, tal como lo demostró la vida del último rey de Babilonia, Belsasar. Además, Daniel registra una nueva confrontación con la astrología y la adivinación que son incapaces de entender o descifrar los enigmas de la revelación divina. Daniel, al interpretar la escritura misteriosa aparecida en la pared del salón del banquete real, señaló al monarca que, a pesar de saber todo lo ocurrido a Nabucodonosor y sobre todo su arrepentimiento,

El más grande engaño de Satanás es el de la inmortalidad del alma, haciendo creer que al morir solo pasamos a otro estado de existencia, de felicidad, es decir al purgatorio o al infierno o mejor todavía, al cielo. Mediante la brujería y el espiritismo presenta apariciones e imitaciones de los que en vida fueron para contradecir a las Escrituras y hacer creer que es posible comunicarnos con los muertos de cualquier época.



como segundo en el reino (pues Nabonido con quien correinaba, al ser tomada Babilonia, ya había sido depuesto por Ciro, aunque Belsasar lo ignoraba) tal como el rey lo prometió por la interpretación dada a la inscripción.

El capítulo 6 de Daniel revela dos grandes verdades: la recompensa de la fidelidad y el ministerio de los ángeles que Dios ha establecido en beneficio de sus fieles. En el capítulo 3, los compañeros de Daniel fueron maravillosamente liberados



del horno de fuego, en cambio en este capítulo Daniel es librado del horno de fuego de la envidia de sus colegas sátrapas y de la ferocidad de los leones en el foso.

La liberación milagrosa de Daniel del foso de las fieras, la resume él mismo del siguiente modo:

«El rey pues, se levantó muy de mañana, y fue apresuradamente al foso de los leones. Acercándose al foso, llamó

a gritos a Daniel con voz triste, y le dijo: «Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?». Entonces Daniel respondió al rey: «¡Rey, vive para siempre! Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones para que no me hicieran daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, yo no he hecho nada malo». Se alegró el rey en gran manera a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso. Sacaron, pues, del foso a Daniel, pero ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios» (Daniel 6: 19-23).

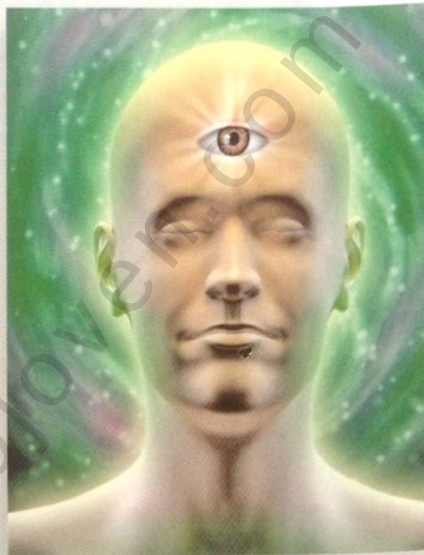
Todo esto está en concordancia con la advertencia que Dios nos hace contra el enemigo: «Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Pedro 5: 8).



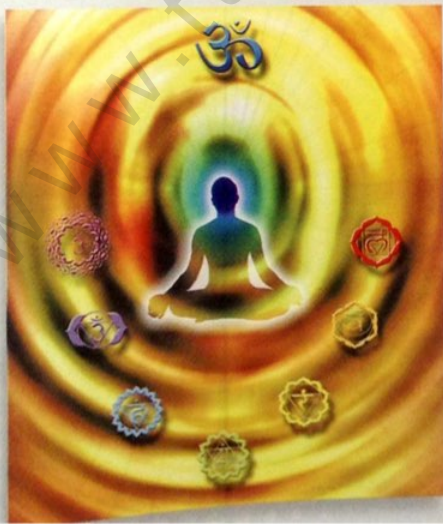
Espíritus que simulan ser ángeles de Dios

En la actualidad hay una obra angelical perversa hecha por los demonios que se hacen pasar por espíritus buenos que simulan ser los ángeles de Dios. La Nueva Era ha inundado al mundo con la falacia de estos ángeles perversos, le hacen creer al mundo que ellos son «almas que han alcanzado cierto nivel de conocimiento, hasta conseguir el estado angelical», así que ellos se hacen pasar por guías benefactores engañando a cuantos caen en sus falsedades. En el siglo XXI, los demonios, han logrado invadir los medios de comunicación, de modo que la hechicería y el espiritismo son desplegados sin restricción alguna, sugieren que son benefactores de la humanidad.

El mundo se confunde cada vez que escucha «a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios» (1 Timoteo 4: 1). Todo esto no es más que un cumplimiento categórico del despliegue satánico que mediante el espiritismo, predicho por el mismo Jesucristo, sucedería antes de su retorno glorioso, tratando de desvirtuar su venida (Mateo 24: 2-5, 11, 23-26).



La Nueva Era ha saturado cada espacio cultural humano de modo que su filosofía falaz es presentada en películas, programas de salud, ecología, desarrollo holístico, educación, ambiente, medicina alternativa, religión, nutrición y más.



«Los ángeles» de la Nueva Era se presentan al mundo con identidad claramente confusa sin una distinción clara de la realidad. Sin embargo, sus mensajes claramente espiritistas, y su pretensión de comunicación con los muertos y el mundo del «más allá» los identifica plenamente. Todos los ángeles de la Nueva Era contradicen la enseñanza bíblica, pues al compararlos con los bíblicos sus susurros y su revoloteo no es el de los ángeles de Dios sino el de los demonios de la Nueva Era.



Dios mostró a Daniel el futuro del mundo representando a sus imperios de diversas maneras; en la visión del capítulo 7 lo hizo mediante bestias.



Dios mismo ha determinado el momento cuando juzgará al mundo.

Los reinos del mundo ante el juicio de Dios

La visión de las cuatro bestias

Generalidades

Aunque los hijos de Dios son perseguidos, vencidos (Daniel 7: 21) y quebrantados por el anticristo (7: 25), el Juez eterno en su tribunal celestial (7: 10) determina que ellos mismos formen parte de su tribunal como jueces (7: 22; cf. 1 Corintios 6: 2-3) para que luego a su debido tiempo reciban el reino eterno junto con el victorioso Hijo del hombre cuyo reino es reino eterno (Daniel 7: 27).



El capítulo 7 es un despliegue de victoria de los santos del Altísimo a lo largo de los siglos.

El pueblo de Dios enfrenta los poderes terrenales

Estuve mirando hasta que fueron puestos unos tronos y se sentó un Anciano de días. Su vestido era blanco como la nieve; el pelo de su cabeza, como lana limpia; su trono, llama de fuego, y fuego ardiente las ruedas del mismo. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; miles de miles lo servían, y millones de millones estaban delante de él. El Juez se sentó y los libros fueron abiertos. Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes insolencias que hablaba el cuerno; y mientras miraba mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para quemarlo en el fuego. También a las otras bestias les habían quitado su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo. Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino hasta el Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su reino es uno que nunca será destruido

(Daniel 7: 9-14).

Daniel 7

En el devenir de las naciones hay una dinámica cuyo desarrollo no es ajena al conocimiento del Eterno pues él hace su voluntad como soberano absoluto del universo y sobre todo, busca el bien de los suyos como sustentador.



A Daniel se le mostró en visión los reinos del mundo en rebelión contra Dios y, tal como en la visión del capítulo 2, en el 7 se le mostró que habría cuatro imperios y que el cuarto sería dividido en diez reinos menores. Pero también se le reveló que tras esos diez menores, surgiría uno que eliminaría a tres y se convertiría en mayor que ellos, sería poderoso, blasfemo y perseguidor del pueblo de Dios.



LOS CAPÍTULOS 3 AL 6 contienen principalmente algunos datos biográficos de Daniel y sus compañeros.

Al llegar al capítulo 7 del libro encontramos a Daniel, tal como él mismo lo establece, en el año 553 a. C. Entonces, Nabucodonosor ya había muerto en el año 562 a. C., y había transcurrido medio siglo desde que interpretara el sueño al monarca.



El capítulo 7 inicia una nueva sección en el libro que va hasta el capítulo 12, y señala mayormente la trayectoria del pueblo de Dios enfrentando a los poderes terrenales, así como su recompensa final en el reino de Dios.

Si bien en el capítulo 2 Daniel presenta mayormente el aspecto político de las naciones que profetizó, los capítulos 7 al 12 se concentran en lo que le sucedería al pueblo de Dios.

El despliegue se torna más dramático, pues, con lo acontecido al pueblo de Dios, se muestra la realidad de la gran controversia entre las fuerzas del bien y del mal. Este conflicto cósmico es mostrado a Daniel en un doble escenario igualmente cósmico que se desarrolla paralelamente. En la tierra, los poderes del infierno atacan en

forma sucesiva y con crueldad creciente, aparentemente exitosa. Sin embargo, en los cielos Dios actúa en su Santuario mediante el ministerio del Mesías para vindicar a su pueblo y, tras un juicio justo, establecer finalmente su reino.



El castillo real de Chambord en la región del Loira, Francia, del rey Francisco I, es solo uno de los muchos recuerdos de la opulencia de los monarcas europeos, cuyas familias nunca jamás se unirán para formar un solo imperio.

El contenido del capítulo 7 es muy extenso y consta, en términos generales, de una visión de cuatro bestias (versículos 2-7), la aparición de un cuerno pequeño (versículo 8), el juicio divino (versículos 9-11), la instalación del reino de Dios (versículos 12-14) y la explicación que Daniel recibe de las cosas que se le mostró en esta visión (versículos 15-27).

Esta visión presenta dos asuntos muy importantes no mencionados en el capí-



Daniel vio asombrado cómo después de entre los reinos que dividieron Roma, surgió un reino distinto blasfemo y perseguidor representado por un cuerno pequeño.

tulo 2. Primeramente, Daniel describe un poder nuevo y distinto de los anteriores, el cual es el «cuerno pequeño» surgido del Imperio Romano dividido. En segundo lugar, se le revela que el juicio de Dios ocurre antes de la instalación del reino divino. Además, el juicio es hecho contra el cuerno pequeño y a favor de los santos.

Daniel describe de manera detallada las cuatro bestias que surgen del mar y dice:

La visión de Daniel



«Miraba yo en mi visión de noche, y vi que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar. Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar. La primera era como un león, y tenía alas de águila. Yo estaba mirando hasta que sus alas le fueron arrancadas; fue levantada del suelo y se puso enhiesta sobre los pies, a manera de hombre, y se le dio corazón de hombre.

»Vi luego una segunda bestia, semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que del otro. En su boca, entre los dientes, tenía tres costillas; y se le dijo: "Levántate y devora mucha carne". Después de esto miré, y vi otra, semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas. Esta bestia tenía cuatro cabezas; y le fue dado dominio. Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y vi la cuarta bestia, espantosa, terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos grandes dientes de hierro; devoraba y desmenuzaba, pisoteaba las sobras con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que había visto antes de ella; y tenía diez cuernos» (Daniel 7: 2-7). **Debe tenerse en cuenta que en los versículos 1-2 se mencionan símbolos proféticos utilizados en la misma Biblia, los cuales son los mostrados a Daniel para la comprensión abarcante de la visión.** Así, tal como lo señala Apocalipsis 17: 15, «aguas» equivale a pueblos y naciones. Los vientos, por otro lado, representan las guerras, revoluciones y disturbios sociales que acompañan al surgimiento de las naciones e imperios.

El ángel que interpreta a Daniel la visión, es explícito al declararle que, «estas cuatro grandes bestias son cuatro [reinos] que se levantarán sobre la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre» (Daniel 7: 17-18).

Dicho de otro modo, estas cuatro bestias equivalen a las cuatro partes de la imagen de la profecía de Daniel 2.

Interpretación de la visión de Daniel 7

De modo que el león de Daniel 7: 4 corresponde a Babilonia. Resulta muy significativo que en toda el área académica de Mesopotamia (es decir, Asiria y Babilonia) era muy común en los días de Daniel ver figuras de leones alados en los monumentos de esos reinos. La pérdida de sus alas señalaba la debilidad de sus últimos reyes que contribuyeron tremendamente a la decadencia del Imperio Babilónico y no a su grandeza.



Babilonia

El oso del versículo 5 es el Imperio Persa. El lado más prominente de su lomo simboliza el poder predominante de Persia no mucho después de la toma de poder, en tanto que las «tres costillas entre los dientes» simbolizan las tres conquistas más notables del Imperio Persa: Babilonia, Lidia y Egipto.



Medopersia

El leopardo del versículo 6, simbolizaba a Grecia, tenía cuatro alas que describen de manera muy apropiada la rapidez con que conquistó el mundo. Las cuatro cabezas señalan la división del imperio de Alejandro entre sus generales tras su muerte repentina.



Grecia

El versículo 7 describe una bestia incomparable con cualquier otra bestia existente en la naturaleza. Daniel nota que sus grandes dientes eran de hierro, lo cual la relaciona directamente con el reino representado en las piernas de la imagen del capítulo 2, a saber Roma. Además, la rapacidad y ferocidad de ella eran tan extremas que no se comparaban con las anteriores bestias, tenía diez cuernos.

Al describir este cuarto reino, Daniel enfatiza que Roma tendría dos etapas consecutivas y diferentes. La primera etapa ocurriría tras la conquista del reino de los griegos, en tanto que la segunda comprendería lo simbolizado por un «cuerno pequeño» surgido de la misma cuarta bestia, es decir, sería igualmente romano.



Roma



Identidad del cuerno pequeño

Daniel 7 presenta características específicas que permiten identificar al «cuerno pequeño» de manera indubitable en la historia después de la caída del Imperio Romano el año 476 d. C. ejecutada por las tribus bárbaras.

1. Identidad y lugar inequívocos: El versículo 8 es contundente al establecer que el cuerno pequeño se expandiría «entre» las diez naciones resultantes de la división del Imperio Romano. Sería un romanismo muy peculiar pero tan romano como la bestia de cuya cabeza surgió, tal como los demás cuernos que también eran romanos.



2. Tiempo explícito de surgimiento (versículos 8, 24): Daniel establece que surgiría tras la caída del Imperio Romano ocurrida en el año 476 d. C. Además afirma que sería tras la desaparición de tres cuernos al ser desarraigados por él. La historia registra que entre los pueblos que invadieron Roma se hallaron principalmente tres que aceptaron la doctrina de Ario y se mostraron opuestos a las pretensiones del obispo romano, por lo tanto con el auxilio de Clodoveo en el 508 y la ayuda de Justiniano en el 538, eliminó a los hérulos, vándalos y ostrogodos. Así, a partir de esta fecha el obispo de Roma se sintió libre para dominar la parte occidental del extinto Imperio Romano, y su deseo de dominio se extendió más allá de esos límites.

3. Clara distinción entre los demás (versículos 8, 20-24): A Daniel se le mostró que este cuerno difería ostensiblemente de los demás cuernos de la bestia. En primer lugar, tras su aparición y comienzos insignificantes, se tornó muchísimo mayor que sus compañeros. Además, su grandeza se debió a que su naturaleza no era simplemente política, sino también religiosa, esta combinación la ejerció con sagacidad y astucia; por eso tenía ojos y boca similares a los humanos, en tanto que los demás cuernos solo ejercían el poder político en sus dominios.



4. Su conducta contraria a Dios (versículos 8, 20, 25): El «cuerno pequeño» hablaba «grandes cosas contra Dios» (comparar con Daniel 11: 36; 2 Tesalonicenses 2: 4; Apocalipsis 13: 5).

5. Su actitud contra la ley de Dios (versículo 25): El «cuerno pequeño» se atribuiría el derecho y la autoridad para modificar la ley de Dios. La Roma papal cambió el día de reposo de Dios, el sábado del Señor, por el domingo. En toda la historia del mundo, nadie se ha atrevido a publicar, o proclamar como «ley de Dios», algo ajeno a la registrada en Éxodo 20 o Deuteronomio 5, tal como lo ha hecho y hace la Iglesia Católica.



6. Su actitud con el pueblo de Dios (versículos 21, 25):

El «cuerno pequeño» perseguiría a «los santos del Altísimo». La historia confirma que todos aquellos cristianos que eran considerados por la Roma papal como herejes fueron perseguidos. Millones fueron condenados a morir en el patíbulo bajo el sistema papal.

Ningún otro poder o reino se ha atrevido a exaltarse del modo como lo ha hecho a lo largo de los siglos el obispo romano ni mucho menos ha buscado atribuirse títulos que corresponden solo al ámbito celestial. La comprobación de esta realidad

profética se ha cumplido con la certificación histórica de las acciones realizadas por la Roma papal.



7. Su tiempo de apogeo (versículos 21, 25): Daniel igualmente predijo que el cuerno pequeño dominaría por «un tiempo, dos tiempos y medio tiempo». Apocalipsis 12: 14, señala que este tiempo es simbólico y equivale a 1260 años, teniendo en cuenta el principio interpretativo profético y bíblico de «día por año».

Así, el cuerno pequeño ejercería su dominio perseguidor absoluto sobre el pueblo de Dios, mediante el poder civil que lo apoyaría de modo incondicional, durante 1260 años. Este período comenzó en el año 538 cuando Belisario, el general de Justiniano, terminó con los ostrogodos de Roma, dejando al papado libre para ejercer su poder. Sin embargo, 1260 años después, en el año 1798, el general Berthier entró a Roma, apresó al papa Pío VI, proclamó la república y llevó al pontífice romano al exilio, liquidando de este modo la supremacía papal.



Las interpretaciones que buscan desviar el cumplimiento profético hacia otro momento, lugar y sobre todo persona fuera de lo que la historia señala con total claridad y exactitud, yerran totalmente. De manera especial la que pretende convertir al rey griego Antíoco IV Epífanes en el «cuerno pequeño» de Daniel 8 no es consecuente con el texto bíblico ni mucho menos con la historia. Así, correctamente entendido, Antíoco queda frente a la profecía y la historia en un insalvable abismo de tiempo.

El libro de Apocalipsis llama a esta pérdida temporal de poder papal tras 1260 años de supremacía, «herida de muerte» pero igualmente, añade que esta herida sería «curada» y que el mundo entero se rendiría ante Roma, asombrado por el resurgimiento de su poder y dominio (Apocalipsis 13: 3). La profecía establece que los 1260 años solo indican



Moneda con la efigie de Antíoco IV Epífanes, quien nunca destacó más que en su locura.



el período de apogeo romano papal durante el cual Dios permitió que este sistema manifestara su carácter, principios, leyes y objetivos, los cuales son la esencia misma del instigador de la gran controversia.

Debe recalcar que la profecía señala al cuerno pequeño representando a un sistema o más bien a una unión entre iglesia y estado, es decir, un poder religioso que se uniría al poder civil para imponer sus doctrinas y prácticas. Pero el hecho de que la Iglesia Católica Romana haya actuado de ese modo, tal como lo indica la profecía, no significa que cada católico romano esté bajo condenación. Millones de católicos han seguido a Cristo de la mejor manera que conocieron, han manifestado su devoción al Señor del Calvario. Sin embargo, el sistema exhibido durante sus años de supremacía cumplió de manera plena la profecía de Daniel 7.





Dios le mostró a Daniel que aun cuando el poder de las naciones del mundo haya juzgado impiamente al pueblo de Dios, todas ellas, incluyendo al «cuerno pequeño» serán juzgadas por el Juez del universo y de esta manera será vindicado el pueblo de los santos del Altísimo.

La historia nuevamente se ha encargado de certificar la veracidad de la profecía al señalar al poder que por años ejerció su dominio absolutista en la forma como lo anunció Daniel, pero al mismo tiempo, este sistema político-religioso fra-

casó en su intento de unir a la humanidad mediante la fuerza del poder civil.

La visión mostrada a Daniel señala otra realidad tocante al destino del cuerno pequeño y de la humanidad, la cual está revelada en lo que concierne al juicio de Dios.





Visión del Anciano de días (Daniel 7: 9-14).

«Estuve mirando hasta que fueron puestos unos tronos y se sentó un Anciano de días. Su vestido era blanco como la nieve; el pelo de su cabeza, como lana limpia; su trono, llama de fuego, y fuego ardiente las ruedas del mismo. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; miles de miles lo servían, y millones de millones estaban delante de él. El Juez se sentó y los libros fueron abiertos. Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes insolencias que hablaba el cuerno; y mientras miraba mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para quemarlo en el fuego. También a las otras bestias les habían quitado su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo. Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino hasta el Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su reino es uno que nunca será destruido» (Daniel 7: 9-14).



Daniel contempló en visión al Juez eterno del universo llegando al Juzgado celestial en su carro de fuego para luego sentarse en su trono de fuego. Vio también la inmensidad del recinto y los millones que asistían al Juez celestial. Vio igualmente la participación de Cristo en el proceso del juicio de Dios.

En medio de la conducta insolente y perseguidora del cuerno pequeño una escena grandiosa capta la atención de Daniel. Ve cómo se instala el tribunal celestial en detalle desde su inicio hasta su veredicto final. Contempla asombrado la dimensión cósmica del juzgado al Juez eterno, a sus servidores innumerables, al Hijo de Dios en su oficio intercesor para con los santos del Altísimo, la sentencia de la bestia y del «cuerno pequeño» así como de las demás naciones, y la entrega final del reino eterno al Hijo de Dios y los suyos. Al decir Daniel «fueron puestos tronos» indica la categoría del recinto regio. Pero lo que sigue destaca aún más la categoría así como lo terrible del lugar. El tribunal del Todopoderoso, la majestad y gloria también son detallados por el profeta. El título dado a Dios como «Anciano de días» equivale a la permanencia

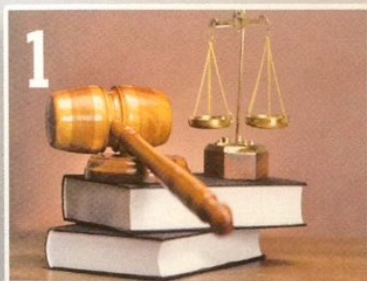
de Dios, y cuando está entronizado, esta perdurabilidad de Dios es resaltada con su entronización como rey y juez. La descripción del cabello con una blancura limpia es un símbolo apropiado que se asocia con la majestad de la edad (más bien eternidad) de la Divinidad. Resulta sumamente notable que Juan describiendo al Cristo encarnado y resucitado en su oficio sacerdotal también lo presenta de modo similar, con cabellos «blancos como blanca lana, como nieve» (Apocalipsis 1: 14).



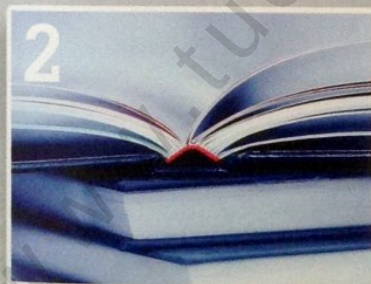
Fases del juicio investigador

A Daniel se le mostró (versículos 9-14, 26) el juicio de Dios en toda su extensión y fases, lo cual tiene por lo menos cuatro implicaciones.

En primer lugar, este juicio ocurre en los atrios celestiales en la misma corte de Dios, con la asistencia de millones de ángeles leales que sirven al Señor.



En segundo lugar, hay registros en los libros celestiales que deben ser examinados buscando hechos a favor o en contra de los nombres allí registrados.



En tercer lugar, hay una sentencia con base en lo hallado en la investigación de los libros.



Dos cosas son evidentes en Daniel al describir el juicio de Dios; primero, la presencia del Hijo de Dios en esas sesiones es como partícipe principal ante el trono del Altísimo; segundo, la promesa antelada del reino de Dios. Los creyentes jamás deben temer al juicio de Dios, deben confiar en lo que se les ofrece. En realidad el juicio es hecho en favor de ellos. Por eso el libro de Hebreos urge a los creyentes a ir confiadamente a Jesús en el Santuario a fin de obtener de él misericordia y gracia (Hebreos 4: 14-16). Además, Juan declara que en el Santuario tenemos a Cristo como nuestro abogado ante el Padre, para tener limpieza del pecado (1 Juan 2: 1).





El Coliseo romano es uno de los lugares más ensangrentados de la tierra. Allí se unía la plebe y la aristocracia romana para disfrutar de espectáculos sangrientos como la lucha a muerte de los gladiadores. Allí eran ajusticiados los vencidos de Roma. Allí también perdieron la vida innumerables cristianos al ser puestos para ser devorados ante las fieras o crucificados por el delito de ser cristianos.

A Daniel se le mostró que todas las atrocidades realizadas por Babilonia y Roma serán juzgadas en un tribunal divino inapelable. El momento del juicio al «cuerno pequeño» es mostrado en una secuencia y momento similar al señalado en la siguiente visión y en el Apocalipsis, lo cual establece con claridad el momento histórico designado por Dios para el juicio y la razón del mismo.

El juicio de Dios se inicia después del auge del «cuerno pequeño». Daniel no so-



La persecución que Roma hizo a los cristianos fue larga, dura y muy cruel. Pero su lealtad a Cristo sorprendía incluso a sus verdugos.

lo especifica la revelación, sino que la certifica con la explicación del ángel Gabriel.

Una cosa definida que emana del juicio de Dios en Daniel es que este evento es hecho en favor del pueblo de Dios. Los fieles no deben temer el juicio del Altísimo pues en él saldrán airosos. Daniel señala con seguridad que el Juez está sentado y no es posible dudar de su justicia, pues él es justo. El abogado que defiende a los fieles es Jesús. El veredicto será favorable a los santos del Altísimo, ellos recibirán el reino y reinarán con el Mesías.

Cristo nuestra garantía y seguridad de salvación



Desde su ascensión, Cristo estuvo ante Dios como Sumo Sacerdote en su Santuario y como nuestro único intercesor ante el Padre (Hebreos 7: 25; 9: 24), mientras su único representante, el Espíritu Santo, ministraba por los suyos en la tierra, tal como hoy lo hace, nos guía al arrepentimiento (Juan 16: 7- 8). Sin embargo, la escena va más allá de esta fase, pues habla de la etapa condenatoria de la bestia y de la fase ejecutora de la sentencia contra ella en el lago de fuego (Daniel 7: 11-12). Además, va aún mucho más allá de eso señalando al mismo Hijo del hombre, tras

haber venido «en las nubes de los cielos» (Daniel 7: 13) recibiendo su reino y cuando se le da «dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su reino es uno que nunca será destruido» (Daniel 7: 14) y, al mismo tiempo, «el reino» es «dado a los santos del Altísimo» (Daniel 7: 27).

Daniel presenta al Mesías en el juicio de Dios como nuestra garantía y seguridad de salvación. Así Daniel no solo nos da la certeza del juicio, nos da también la seguridad de una defensa personal con Cristo, nos muestra que el juicio vindicador de los santos determina no solo la destrucción del «cuerno pequeño» sino también establece la adjudicación del reino para ellos, a fin de disfrutarlo con su Rey por la eternidad.



Solamente gracias a la mediación de Cristo como nuestro único Pontífice podemos acercarnos a la misma presencia del Padre en toda su gloria y majestad. En él tenemos seguridad y salvación.



Cristo nuestro único intercesor

El juicio descrito en Daniel es la realidad de lo que era simbolizado cada año en el Santuario terrenal en la fiesta del *Yom Kippur* o Día de la Expiación, cuando era limpiado el tabernáculo (Levítico 16; 23: 26-32). A lo largo de todo el año los sacerdotes, simbólicamente, introducían en el Santuario los pecados del pueblo, pero en este día el sumo sacerdote «limpiaba el Santuario». Esto equivalía a revisar lo registrado en los libros para determinar lo incorrecto. Aquellos que se arrepentían de sus pecados en ese día podían tener un registro limpio después que el santuario fuera purificado. En tanto los que se negaban a arrepentirse eran «cortados», o separados del pueblo de Dios. En realidad, el ministerio de los sacerdotes señalaba hacia el ministerio de Cristo en su Santuario celestial (Hebreos 8: 2-5).

Daniel muestra que, al aparecer Cristo ante el Padre en el juicio, los libros son revisados en sus registros (ver igualmente Eclesiastés 12: 14; Salmos 56: 8; Malaquías 3: 16-17), muestran que Dios juzga a favor de los santos arrepentidos que han confesado sus pecados tal como en los días del Antiguo Testamento. Pero también, él juzga a los que rehúsan la oferta de salvación; por lo tanto, serán separados de la recompensa del pueblo de Dios.



«Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Corintios 5: 10).

Tan importante es este asunto del juicio vinculado con el Día de la Expiación y con la limpieza del Santuario celestial, que Dios muestra a Daniel una nueva visión y además le concede otra explicación de la misma en los capítulos 8 y 9, donde «el santuario será purificado» (Daniel 8: 14).

La manera como era purificado el Santuario terrenal cada año es detallada en el capítulo 16 de Levítico. Allí se registra cómo Dios evangelizó a su pueblo de manera muy definida mostrándoles cuán abominable es el pecado y cuál es la única manera de deshacernos de él. También les enseñó mediante símbolos apropiados cómo el Mesías (Jesús) eliminará para siempre el pecado del universo al limpiar su Santuario celestial.



El sumo sacerdote servía de intermediario entre Dios y el pueblo. Esto era un símbolo de la mediación intercesora que siglos más tarde el Sumo Sacerdote, Jesucristo, haría por nosotros los pecadores en el Santuario celestial.

Lo notable de Daniel es que él no solo anuncia la certeza del Juicio de Dios sino que presenta al Hijo de Dios como actor principal del juicio celestial. De allí que en detalles del Juicio de Dios revelados a posteriores profetas se muestra que Jesucristo se identifica con los que acuden al trono de la misericordia en busca de socorro, pues Cristo eterno, encarnado, muerto, resucitado y ascendido es hoy intercesor del pecador

en su Santuario celestial (Hebreos 4: 14-16; 10: 19-23).

En esencia, en Daniel el mensaje del Juicio de Dios, no es algo aterrador, por el contrario a la par de su solemnidad es un mensaje de buenas nuevas; puesto que es hecho en favor de los santos y realizado por el Juez justo, donde hay defensoría gratuita para los fieles. Además, tras él, viene la eliminación definitiva de la rebelión del pecado, luego el reino eterno y con él la armonía eterna. En realidad los justos no tienen nada que temer en el Juicio de Dios, pues están amparados con la justificación otorgada a los que confían en Jesús como su abogado en el Juicio de Dios. La seguridad que él ofrece es total y plena, pues él vive para interceder por nosotros y ayudarnos cada vez que el pecado nos inflija su ponzoña mortal.



Las balanzas han sido siempre un símbolo de justicia y juicio. Qué bendición es saber que este Juez juzgará a favor nuestra basándose en los méritos de su Hijo.

El juicio no solo es real sino necesario para vindicar a los fieles de tanto abuso y persecución desatados contra ellos y para la restauración de la verdad; lo es también para señalar la culpabilidad de sus perseguidores que pretenden ser el pueblo de los santos.

El tema del juicio es introducido desde el primer capítulo al señalar que Dios, como Señor del universo, es el Juez eterno que no solo dirige los

destinos, sino da a cada nación lo que juzga conveniente. Se repite al indicar el juicio a Babilonia, y se enfatiza al señalar y detallar el papel del Mesías en el juicio con relación a su ministerio en el Santuario celestial.

En este sentido, Daniel presenta en el capítulo 7 la presencia del Mesías en el juicio de Dios como garantía de salvación. Daniel no solo nos da la certeza del juicio, nos da también la seguridad de una defensa personal por parte de Cristo, mostrándonos que este juicio divino es vindicator de los santos y determina no solo la destrucción del «cuerno pequeño», sino también establece la adjudicación del reino para ellos, a fin de disfrutarlo durante la eternidad.

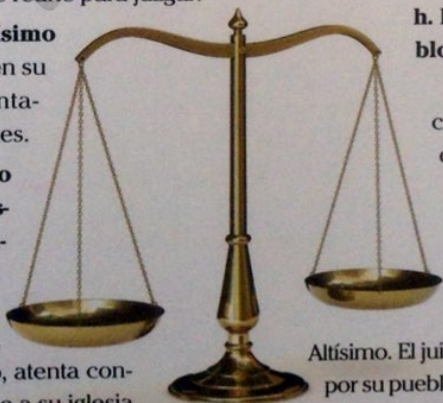
Una de las realidades más emotivas en Daniel y en las Escrituras es la seguridad de ir confiadamente ante el Abogado celestial, mientras intercede como nuestro mediador.





Debe tenerse muy presente que, en el capítulo 7, Daniel establece la importancia vital del juicio divino como trasfondo cósmico de la persecución y el ultraje realizado por el «cuerno pequeño» a Dios y a su iglesia en esta tierra. Teniendo en cuenta ese trasfondo celestial, el juicio de Dios en Daniel señala las siguientes realidades:

- a. **El juicio ocurre en el cielo.** Es el tribunal divino el que se reúne para juzgar.
- b. **Lo preside el Altísimo** quien es asistido en su juzgado por incontables seres celestiales.
- c. **Enjuicia de modo particular a un sistema religioso falso** que pisotea la verdad de Dios y blasfema contra él, anula su Santuario, atenta contra su ley y persigue a su iglesia.



- d. **El dictamen está debidamente respaldado en los archivos celestiales** de manera que el sumario sea parte de un veredicto justo e inapelable.
- e. **El juicio reivindica a Dios y a su pueblo.**
- f. **Cristo participa activamente en ese juicio;** sin él no es posible realizarlo.
- g. **Es ejecutado antes de la Segunda Venida de Cristo.**

- h. **Recompensa a su pueblo perseguido.**

Además, Daniel coincide con Juan, «la hora de su juicio ha llegado» (Apocalipsis 14: 7) para nuestros días y señala que los primeros en ser juzgados son los santos del

Altísimo. El juicio de Dios comenzará por su pueblo (1 Pedro 4: 17), y con



Sobre Cristo, el inocente Cordero de Dios, cayó todo el peso de juicio divino como si él fuera el culpable. Él murió y padeció en nuestro lugar. La Escritura dice: «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados [...] mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53: 5-6).

ello desde luego el «cuerno pequeño» que dice ser su pueblo, tampoco las demás naciones escaparán al escrutinio del tribunal divino.

Sin embargo, por sobrecogedora que sea la descripción del juicio divino para los culpables, su perspectiva es de esperanza y seguridad para el pueblo de Dios.

Daniel señala con seguridad que el divino Juez está sentado en el trono de su juzgado (Daniel 7: 9) y no es posible dudar de su justicia, pues él es justo (7: 26). El abogado está defendiendo a los fieles, y ese es Jesús (7: 13). Además, el veredicto será favorable a los santos del Altísimo; ellos recibirán el reino (7: 18, 22).

A Daniel se le muestra que por encima de las atrocidades realizadas por Babilonia y las que haría en el futuro el «cuerno pequeño», así como las demás naciones, todas serían juzgadas en el tribunal divino inapelable.

Daniel especifica lo que se le mostró con respecto al juicio y lo certifica al registrar la interpretación dada a él por el ángel. Gabriel le recalca que el juicio celestial se inicia tras el apogeo del cuerno pequeño y que su reino le es quitado y su dominio esté arruinado. El juicio no solo es real sino necesario para reivindicar a los fieles de tanto abuso y persecución dada contra ellos y para la restauración de la

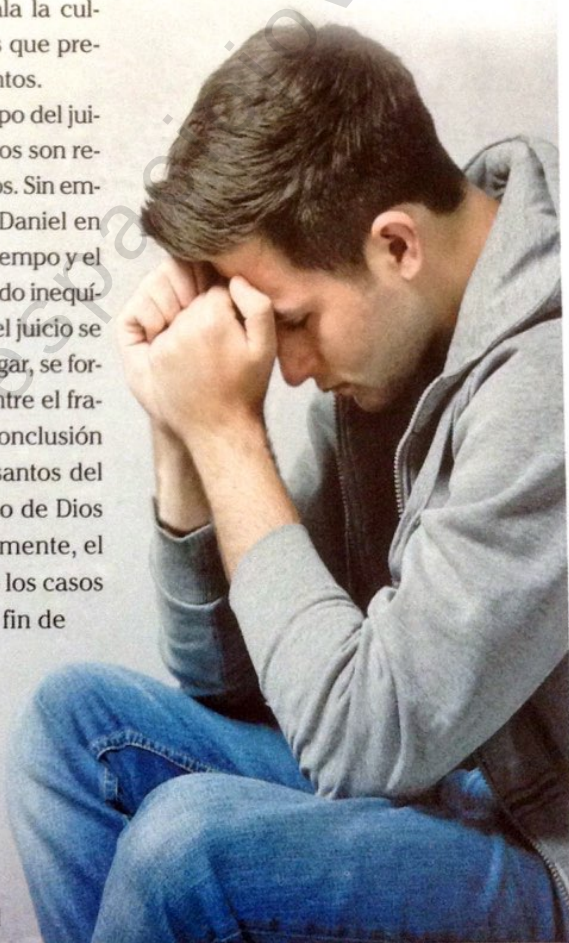


«cuerno pequeño» surgido de ella. Su admiración es mucha por «las grandes insolencias que hablaba el cuerno» (Daniel 7: 11), que son palabras contra el Altísimo, «quebranta» al pueblo de Dios, pretendiendo ser parte de él. Se le muestra también que su fin será ardiente (7: 11), pues su destino es el lago de fuego, como lo confirma Apocalipsis 19: 20.

verdad. El juicio también señala la culpabilidad de sus perseguidores que pretenden ser el pueblo de los santos.

Los detalles propios del tiempo del juicio de Dios y sus veredictos justos son revelados en los siguientes capítulos. Sin embargo, debe mencionarse que Daniel en el capítulo 7 señala el lugar, el tiempo y el objeto del juicio. Es decir, de modo inequívoco indica primeramente que el juicio se realiza en el cielo; en segundo lugar, se forma durante el tiempo del fin entre el fracaso del cuerno pequeño (la conclusión de su absolutismo sobre los «santos del Altísimo») y la entrega del reino de Dios a los santos del Altísimo; finalmente, el motivo de él es «un examen de los casos del profeso pueblo de Dios» a fin de vindicarlo, y también para dar el veredicto contra el «cuerno pequeño» que profesa estar de parte de Dios cuando en realidad es todo lo contrario.

A Daniel se le muestra lo que sucederá al final de los tiempos, a la cuarta bestia y al



La soberanía de Dios

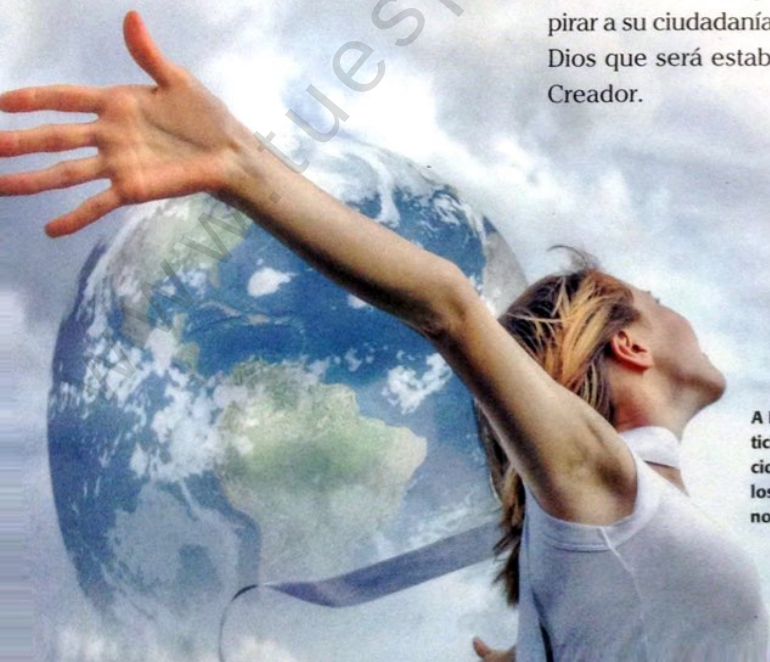
Sin embargo, el mensaje en el libro de Daniel es múltiple. Comienza al proclamar la soberanía de Dios y esta es desplegada a lo largo del libro mediante los episodios de su providencia ocurridos al pueblo de Israel, a los demás pueblos, a Daniel y sus compañeros, y sobre todo muestra la soberanía y da la certeza del reino venidero de Dios, cuyo único Rey será el Mesías.

Daniel muestra que el eterno Dios del universo controla todas las cosas y que los reinos en el presente, y sobre todo en el futuro depende únicamente de él. Dios no solo conoce detalladamente lo porvenir. Él tiene su plan establecido con antelación eterna. Tanto en los capítulos esencialmente históricos como en los eminentemente proféticos, Dios y su reino son exal-

tados a pesar de la oposición o ataque a los que estos son objeto por las fuerzas o monarcas opositores. En Daniel, el mensaje de que Dios controla la historia es pleno. Los reinos terrenales ciertamente pasarán y en su lugar se establecerá el reino de Dios (Daniel 2: 44-45; 8: 25).

En cada capítulo de su libro Daniel muestra que las cosas que ocurren en nuestro mundo no son meramente casuales sino que están sujetas al conocimiento y cuidado de Dios. Las naciones siguen su curso en la medida que escogen su destino y todas tienen su oportunidad de hacer lo mejor para los suyos. Sin embargo, por encima de todos sus planes o estrategias ellas deberían considerar los principios de Dios en sus gobiernos, pues un día darán cuenta de sus acciones y las oportunidades que aprovecharon o desearon. Además, cada gobernante debiera inspirar a su ciudadanía a anhelar el reino de Dios que será establecido por el mismo Creador.

A Daniel se le muestra la participación del Mesías en el juicio de Dios como abogado de los fieles, lo cual muestra que no debemos temer al juicio.



El vencedor en la gran controversia

Daniel también presenta a los fieles de todas las edades un cuadro real de la gran controversia entre Miguel (Cristo) y su adversario (Satanás). Al hacerlo, muestra con absoluta certeza que aunque el reino de Dios en la tierra ostente aparente destrucción, finalmente será establecido para siempre. **Enseña detalladamente la forma cómo el adversario organizó sus huestes en forma de reinos para atacar, oprimir y destruir al pueblo de Dios.** Indica en forma reiterada cómo al adversario y enemigo de Dios (mediante Roma en sus fases pagana y papal) le fue permitido actuar hasta el punto de llegar primero a «quitar la vida al Mesías príncipe» y luego envalentonado, se atrevió atacar a su Santuario y pisotear la verdad mediante un sacerdocio y sistema religioso espurios. **Alienta a los fieles de Dios con la certeza de que así como Judá sería restablecida al final de los 70 años, la verdadera intercesión del Mesías, será restablecida y dada a conocer al pueblo, al término de los 2300 años o días.** Y finalmente muestra que, aunque en los últimos años del tiempo del fin los «santos del Altísimo vivirán tiempos de angustia» sin precedente, el mismo Mesías intervendrá de manera definitiva por los suyos, transfiriendo a unos y resucitando a otros a fin de llevarlos a su reino eterno donde ellos brillarán «a perpetua eternidad» (12: 3).

Al presentar Daniel el tema del juicio, aunque para algunos parezca tener tan solo un mensaje acusador, al contrario, tiene un mensaje de invitación para acudir confiadamente al intercesor celestial que hoy es nuestro abogado en el juicio divino. Además nos insta a adorar solo al Creador en un mundo que cada vez se aleja más de él. Por eso el mensaje de Daniel es también una invitación a abandonar y renunciar a todo sistema de falsedad y confusión enseñado por la Babilonia mística actual, a fin de acogernos a la salvación que solo el Mesías ofrece y da.

Hacé mucho que el gran conflicto entre el bien y el mal se inició, pero el vencedor tanto en los cielos como en la tierra es Jesucristo. Por eso esperamos su regreso glorioso, es el cumplimiento de todas sus promesas. Jesús regresará como Rey de reyes y Señor de señores.





Daniel vio que en un futuro el Santuario sería purificado.

Abominable obra anticristiana

Jesús nuestro intercesor divino

Generalidades

El anticristo será arruinado en extremo y la verdad del Santuario celestial será restaurada. Es decir, la intercesión del Mesías como Sumo Sacerdote iniciará la última etapa de su ministerio intercesor reivindicativo en su Santuario (Daniel 8: 14).



El capítulo 8 presenta el ministerio intercesor del Mesías como Príncipe de las fuerzas celestiales y Sumo Sacerdote en su Santuario celestial.

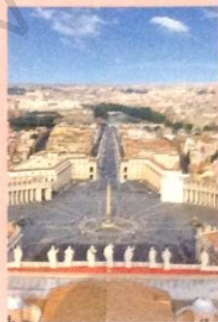
El Santuario de Dios atacado por la insolencia del cuerno pequeño

Creció hasta llegar al ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó. Aun se engrandeció frente al príncipe de los ejércitos; por él fue quitado el sacrificio continuo, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. A causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el sacrificio continuo; echó por tierra la verdad e hizo cuanto quiso, y prosperó. Entonces oí hablar a un santo; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: «¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio continuo, la prevaricación asoladora y la entrega del santuario y el ejército para ser pisoteados?». Y él dijo: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado»

(Daniel 8: 10-14).

Daniel
8

La iglesia al ser exaltada como religión oficial de Roma, perdió su humildad y el obispo de Roma se enaltecó cada vez más y más hasta llegar a las pretensiones del papado.



Las profecías de Daniel y Apocalipsis señalan en forma sobresaliente el Santuario. Daniel vio que en un futuro el Santuario sería purificado. Juan en Apocalipsis menciona lo que sucedería en el Templo de Dios. Daniel y Apocalipsis nos dan un conocimiento general del Santuario y de manera especial cómo se relacionan estas profecías con el tiempo del fin.



DANIEL INTRODUCE en el capítulo 8, un nuevo aspecto relevante de la obra del Mesías, el cual lo realiza en su Santuario y en confrontación con las naciones y, en especial, con el «cuerno pequeño» que ataca al ministerio redentor y al pueblo de los santos en un vano intento de desbaratar la eficacia salvadora de su sacerdocio celestial. Además, se le revela a Daniel un nuevo período profético crucial para el entendimiento de la obra sacerdotal del Mesías en el Santuario celestial. Sin embargo, se le muestra que la obra más nefasta de los siglos la llevaría a cabo el «cuerno pequeño», señalada también en el capítulo 7; aquí se la presenta en una nueva sesión profética, muestra cuán insidiosa es su abominable obra anticristiana al atacar al Mesías y su ministerio intercesor.

Esta vez reina ya otro imperio, pues Babilonia había desaparecido ante la conquista persa.

La visión es como sigue:

«Alcé los ojos y miré, y había un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos eran altos, uno era más alto que el otro, y el más alto creció después. Vi que el carnero hería con los cuernos al poniente, al norte y al sur, y que ninguna bestia podía parar delante de él, ni había quien escapara de su poder. Hacía conforme a su voluntad, y se engrandecía. Mientras yo consideraba esto, un macho cabrío venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. Vino hasta el carnero de dos cuernos que yo había



visto en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza.

«Lo vi llegar junto al camero; se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos; y el camero no tenía fuerzas para hacerle frente. Lo derribó, por tanto, a tierra, lo pisoteó y no hubo quien librara de su poder al camero. El macho cabrío creció en gran manera; pero cuando estaba en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo. De uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el sur y el oriente, y hacia la tierra gloriosa» (Daniel 8: 3-9).

Los versículos 3-4 son interpretados por un ángel, en el versículo 20, quien señala a Daniel que el camero representaba a Persia. Los dos cuernos eran los dos reinos de este imperio cuya unión logró la derrota del Imperio Caldeo. Sin embargo, los persas tomaron luego el liderazgo. La historia comprueba que ellos avanzaron en sus conquistas «desde el oriente, hacia

el occidente, norte y sur» tal como lo indica la profecía.

Los versículos 5-8 que describen al macho cabrío representan al Imperio Griego, según el mismo intérprete. El cuerno notable entre los ojos es el «primer rey» de ese imperio, es decir, Alejandro Magno, quien lideró a los griegos en la conquista del Imperio Persa. Alejandro atacó desde el occidente y con una rapidez sin precedentes liquidó a los ejércitos de Darío el persa.

Sin embargo, murió repentinamente y su imperio se dividió en cuatro reinos.



Daniel describió la tremenda colisión entre persas y griegos, comparándola con la lucha mortal entre un camero y un macho cabrío. También se señalaba hacia el día de la expiación donde dos machos cabríos protagonizaban simbólicamente momentos cumbres del conflicto cósmico. Uno que era sacrificado, simbolizaba al Redentor del Calvario, y el otro que era desterrado, representaba la destrucción final de Satanás, autor del pecado.



Alejandro Magno representado en un mosaico hallado en Pompeya. El cuadro completo presenta al rey macedonio luchando contra el ejército de Darío. Al morir Alejandro, a los treinta y dos años de edad, sus generales se repartieron el imperio con crueldad y saña y en el proceso asesinaron a la madre de Alejandro, su hermanastro, su esposa y su hijo póstumo.

Luego, el ángel interpreta en los versículos 23-25 lo descrito en el versículo 9. Le muestra a Daniel que de uno de los cuatro vientos, puntos cardinales, aparecería un cuerno pequeño que crecería enormemente hacia el sur, el oriente y hacia Palestina. El ángel enfatiza que el surgimiento de este poder ocurriría «al final» del reinado de los cuatro reinos griegos.

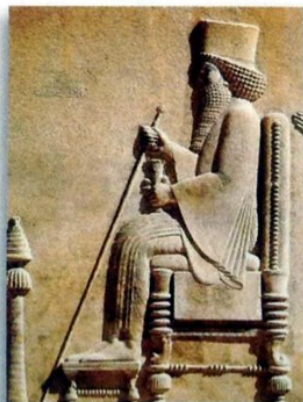
Al hablar Daniel de la identidad del cuerno pequeño, de sus actividades y de la interpretación dada por el ángel, el profeta indica:

«Creció hasta llegar al ejército del cielo; y parte del

ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó. Aun se engrandeció frente al príncipe de los ejércitos; por él fue quitado el sacrificio continuo, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. A causa de la prevaricación le fue entregado el ejército

junto con el sacrificio continuo; echó por tierra la verdad e hizo cuanto quiso, y prosperó.

»Entonces oí hablar a un santo; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: «¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio continuo, la prevaricación asoladora y la entrega del santuario y el ejército para ser pisoteados?».



Y él dijo: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado"» (Daniel 8: 10-14).

Es preciso señalar que los versículos 9-10 se refieren a Roma, con sus conquistas territoriales, en su etapa pagana dirigida por los césares. Indican también cómo actuó Roma pagana con crueldad no solo contra el Mesías al crucificarlo, sino también contra Judá y la iglesia cristiana naciente.

En los versículos 10-12 el profeta declara la nueva fase de Roma, la cristiana. Sus acciones se toman ya no meramente políticas, sino que se mezclan con las religiosas. En adelante ya no son los césares los amos de Roma. En esta etapa, las legiones de los césares descansan para dar paso a las huestes de la curia del Vaticano.



Hoy el gran imperio de los césares es solo un recuerdo histórico.

Resulta claro que al poner la intercesión humana en los oficios de su sacerdocio, quitándola de Cristo y al establecer el confesionario como solución al pecado y ofrecer misa, un sacrificio que afirma sacrificar de nuevo a Cristo, el papado no solo ha eclipsado el ministerio sacerdotal de Cristo en su Santuario sino que lo ha anulado, erigiendo además un sacerdocio contrario al suyo.

Las ruinas del Imperio Romano se ven por doquier en Europa y el Cercano Oriente. Aunque fue el de más larga duración en la historia, de él también Dios decretó que se acabaría. Daniel lo predijo, la historia lo confirma y la arqueología lo certifica.





El Coliseo de Roma fue iniciado por Vespasiano y completado por Títo. Fue construido para dar esparcimiento al pueblo romano en su política de «pan y circo». En sus recintos y en la arena de él, innumerables esclavos y gladiadores murieron como espectáculo sangriento. Pero el Coliseo también fue usado especialmente como lugar de persecución y tortura a los cristianos pues allí fueron crucificados y arrojados a las fieras.

Los millones de creyentes y seguidores que tiene, lejos de ser llevados o dirigidos directamente a Cristo, van contrariamente al sacerdote, quien a su vez los dirige a los santos o a María por un camino diferente al que Jesús estableció cuando dijo: «Venid a mí todos» (Mateo 11: 28) o «nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14: 6); o del que María, su misma santa madre nos advierte: «Haced todo lo que él [Jesús] os diga» (Juan 2: 5), de lo que en todo caso el mismo Pedro dice de Jesús: «Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4: 12). Todas esas acciones sacerdotales papales hechas aquí en

la tierra, son contrarias a las que Cristo realiza en su Santuario y son las que han «echado por tierra la verdad y el lugar de su Santuario» ha sido contaminado.

La identidad de este cuerno pequeño revelada a Daniel es esencial, pues tiene que ver con asuntos muy importantes ocurridos al pueblo de Dios en los días de la Edad Media y el modo como Dios soluciona todo. Para esto, es muy importante, tener en cuenta el patrón profético secuencial y su correcto cumplimiento histórico, tal como es establecido ya en los capítulos 2 y 7 de Daniel. Luego, de acuerdo con esto, el sucesor del Imperio Griego con su cuádruple división helénica, es el

Imperio Romano, incluyendo su división de los diez reinos resultantes de las invasiones bárbaras, seguido del reino que dio a Roma su apariencia cristiana. Finalmente, el cuerno pequeño «será quebrantado, aunque no por mano humana» (Daniel 8: 25).

En realidad el «ejército» que es pisoteado por el «cuerno pequeño» o «la rebelión asoladora», que Daniel refiere, es el pueblo de Dios en general, el pueblo hebreo y la iglesia cristiana en particular. Son los mismos «santos del Altísimo» del capítulo 7 que también son «quebrantados» del mismo modo por el «cuerno pequeño» en el capítulo 8. «Las estrellas» mencionadas son algunos líderes que fueron igualmente muertos por el «cuerno pequeño». Tanto el pueblo del pacto y la iglesia de Cristo fueron cruelmente tratados por Roma a lo largo de su recorrido impío.



La iglesia cristiana soportó largos años de persecución por manos romanas y el trato cruel del «cuerno pequeño». El más infame de todos fue el tribunal de la Inquisición que afligió en extremo al pueblo del pacto y a los santos del Altísimo. Este tribunal tenía un ejército de colaboradores que persiguieron sin misericordia a los discípulos de Cristo.



Relación de Daniel 7 y 8

La profecía recalca de modo especial las acciones realizadas por Roma contra «el príncipe de los ejércitos» o «Príncipe de los príncipes» (Daniel 8: 11, 25), quien específicamente es Cristo. Esta guerra contra su pueblo y su Santuario nadie la emprendió como Roma; este ataque abarca tanto la fase pagana como la papal. Indudablemente, la historia certifica que la Roma pagana crucificó a Cristo y destruyó el templo judío, en tanto que la Roma papal obstruyó el ministerio sacerdotal de Cristo en el Santuario celestial (Hebreos 8: 1-2) a través de un sacerdocio que pretende ofrecer perdón por la mediación de hombres y la intercesión de innumerables santos. Los versículos 10-12, 23-26 son determinantes para establecer que el cuerno pequeño de la visión del capítulo 8 y el presentado en el capítulo 7 son correspondientes y presentan al mismo personaje.

Daniel 8: 10-12 indica la nueva fase de Roma, la cristiana. A partir de allí, las acciones del «cuerno pequeño» no son meramente políticas sino se mezclan con las religiosas. Ese decir, ya no son los césares los amos de Roma sino los papas los que encabezan todas las acciones de Roma. En esta etapa, las legiones de los césares descansan para dar paso a las huestes de la curia del Vaticano. Por eso Daniel describe la siguiente acción del «cuerno pequeño», que «creció hasta llegar al ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó» (Daniel 8: 10).



Los versículos 13, 14, 26 presentan el asunto del Santuario muy vinculado con el pueblo de Dios. Para comprender estos versículos es necesario entender acerca del Santuario terrenal y sus servicios. En realidad, con el Santuario y sus servicios, Dios no solo evangelizó a su pueblo, sino que además reveló a los hebreos, la obra redentora realizada por Jesucristo en el Calvario y en su Santuario.



La frase «el santuario será purificado» debe entenderse tal como lo dice. El Santuario celestial sería purificado al final del período referido en Daniel 8: 14. Sin embargo, esta realidad es entendida a la luz de lo que Dios ha establecido como figura de todo cuanto se hacía en la purificación del Santuario terrenal. Este reconocimiento es vital para entender la profecía del capítulo 8 de Daniel, porque demuestra que Dios le reveló a Daniel de manera explícita asuntos relacionados con el ministerio sacerdotal del Mesías en su Santuario celestial, el cual es atacado con malevolencia por el «cuerno pequeño».

La respuesta bíblica a todo lo que implica la purificación del Santuario celestial revelada a Daniel se explica en el servicio de purificación realizado en el Santuario terrenal. De ahí que dentro de este contexto resulta lo más natural preguntar:

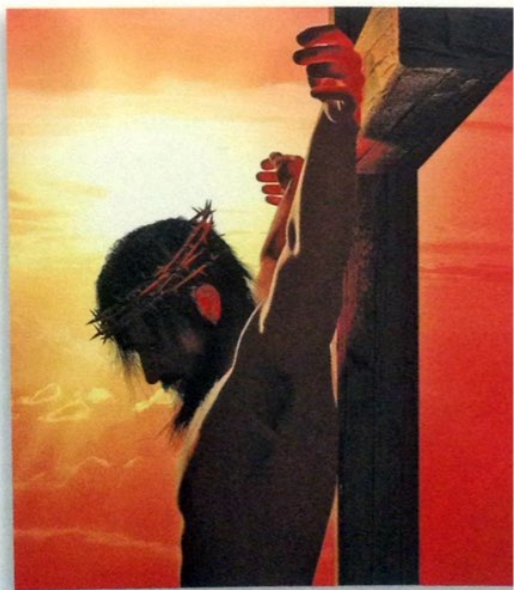
¿En qué consistía el servicio de purificación del Santuario terrenal?

¿Cuándo se llevaba a cabo? ¿Cómo se hacía? ¿Quién lo hacía? ¿Por qué lo hacía? ¿Para qué lo hacía?

Cada una de estas preguntas tiene su respuesta sencilla y directa en el servicio típico del Santuario terrenal, aunque su significado es inmensamente profundo por su amplio contenido teológico, tal como lo establece

la epístola a los Hebreos.

Así pues, ¿en qué consistía la purificación del Santuario? El Pentateuco muestra que era la manera como el Santuario terrenal era purificado «de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados» (Levítico 16: 16). Es decir, representaba la purificación del pecado, de modo que el pueblo quedaba reconciliado con Dios. Era el modo de



Daniel especificó que el «cuerno pequeño» se engrandecería contra el «príncipe de los ejércitos», el Mesías, y así sucedió. Manos romanas buscaron asesinar al «nacido rey» en Belén y las mismas manos romanas crucificaron al Mesías en la Pascua del año 31, siendo Tiberio el emperador de entonces.



Las profecías de la Biblia nos muestran con antelación los diseños de Dios para con este mundo. Las profecías de Daniel nos interiorizan en esos designios realizados por el Mesías (Jesucristo) en el Calvario y en su Santuario a fin de salvarnos.

demostrar al pueblo cuán terrible es el pecado y cómo Dios lo erradicará un día.

¿**Cuándo** se llevaba a cabo la purificación del Santuario? La purificación del Santuario terrenal ocurría cada año en ocasión de la fiesta de la expiación el décimo día del séptimo mes (Levítico 16: 16), que en nuestro calendario es alrededor de la segunda quincena del mes de octubre, por lo general entre los días 22 y 24. Esta fiesta era considerada a su vez como día de juicio en medio de una gran expectativa general en todo Israel. Lo explícito del asunto es que todos sabían que «en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová» (Levítico 16: 30).

¿**Cómo** se realizaba? El capítulo 16 de Levítico detalla todo lo realizado solo en ese día y cómo se hacía en esa ocasión única la purificación del Santuario. Además de otras ceremonias y sacrificios, la parte central del ceremonial era cuando de la congregación se «tomará dos machos cabríos para la expiación y un carnero para el holocausto» (Levítico 16: 5). En el momento determinado los dos machos cabríos eran presentados ante el Señor a la entrada del Santuario para que el sumo sacerdote echara suertes sobre ambos animales, «una suerte por Jehová y otra suerte por Azazel» (Levítico 16: 8). El macho cabrío que salía para el Señor era sacrificado, en tanto que el otro era dejado vivo para el final de la ceremonia.

El clímax ocurría cuando el macho cabrío del Señor era degollado y el sacerdote tomaba su sangre y la llevaba al lugar santísimo del Santuario para hacer la expiación debida, a fin de purificar el Santuario y los muebles de él, (Levítico 16: 18-19). Terminada la ceremonia, el sacerdote hacía traer el macho cabrío vivo y ponía sus manos sobre su cabeza para confesar «sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados. Así lo pondrá sobre la cabeza del macho cabrío» (Levítico 16: 21), que luego era llevado lejos del campamento para morir en el desierto. Esta transferencia sobre Azazel no era de ningún modo redentora, ya que el macho cabrío por Azazel no moría como sacrificio, sino que representaba la manera como toda la culpabilidad del pecado recaerá finalmente sobre el causante del mal, cuando él sea erradicado del universo para siempre, para que no quede de él «ni raíz ni rama».

La respuesta a la pregunta **quién** hacía la purificación del Santuario, es igualmente vital. La Escritura señala de modo explícito que era el sumo sacerdote (Levítico 16: 32). A lo largo del año los sacerdotes ministraban continuamente en el Santuario, pero en este día especial el servicio de purificación estaba plenamente a cargo del sumo sacerdote, esa era su tarea por excelencia. Y cada vez que lo hacía, señalaba al momento final cuando el Mesías como Sacerdote celestial realizaría la expiación. A Daniel se le mostró ese

momento culminante cuando el Mesías purificaría su Santuario celestial.

¿Por qué se hacía la purificación? Porque había contaminación con la afluencia del pecado al recinto sagrado a lo largo de todo el año. Porque en el santuario se representaba la manera como Dios eliminará para siempre del universo al originador del pecado, al pecado y a los pecadores. Porque ese servicio era representativo del juicio reivindicativo de Dios y de sus santos en el cielo.

¿Para qué se hacía esa purificación? Para enseñar a ese pueblo la dinámica del trato que Dios ha dado, da y dará al pecado y, de ese modo, mostrar quién es el que justifica y quién el justificado. Para demostrar al universo entero que el pecado no tiene razón de ser. Para que las acciones divinas al tratar al pecado sean plenamente comprendidas y justificadas en los mismos ámbitos donde se originó y donde

El chivo sorteado para el Señor era sacrificado y su sangre era usada como limpieza simbólica de los pecados del pueblo hechos durante el año.

El chivo sorteado para Azazel no era sacrificado, pues representaba un papel distinto. Tras la limpieza del Santuario se transfería simbólicamente sobre la cabeza de él, como basurero, todos los pecados sacados del Santuario y era enviado al desierto para morir allí solo.



se está realizando la obra de su erradicación definitiva mediante el ministerio de Jesucristo.

Debe tenerse en cuenta que Jesús, al estar ya en su ministerio como sacerdote, inicia en su Santuario la etapa final de la expiación cósmica, la cual evidentemente tiene que ver con el juicio mostrado en Daniel 7 y 8, la purificación de su Santuario contaminado con el pecado. Para la erradicación de este era necesario no solo su ministerio sino su sacrificio para provisión de la sangre redentora. Daniel desde el capítulo 7 presenta la realidad del juicio de Dios en relación con el Santuario. Al considerar el Santuario, es esencial tener en cuenta que esta realidad es señalada incluso por Moisés a quien se le ordena construir el tabernáculo para morada de Dios entre su pueblo. Sin embargo, a Moisés se le advierte repetidamente, que tuviera mucho cuidado de hacer el Tabernáculo conforme había visto y se le había mostrado. Es que cualquier variación de las divisiones o del servicio alteraría el simbolismo y no hubiera podido representar correctamente el celestial del cual era modelo.

La epístola a los Hebreos hace muy claro ese énfasis poniendo más allá de toda duda la existencia del Santuario celestial. No obstante, ese Santuario tiene su ministerio realizado por un Ministro sui géneris que es excelso en santidad, extremo en inocencia, totalmente limpio, sin mancha, plenamente apartado de los pecadores y eterno en naturaleza (Hebreos 7: 26). Quienes piensan que en los días de Daniel no había Santuario celestial están equivocados, pues equivaldría a decir que en los días de Moisés no existía el «Santuario no hecho de manos» que fue precisamente el que se le mostró a Moisés como modelo para el terrenal.

La presencia de Cristo en el Santuario celestial después de su ascensión es tan real como antes de su encarnación; su tránsito y actuación libre en sus recintos es tan real y libre porque es su Santuario. Quienes piensan que Cristo estaba prohibido o incapacitado o tal vez impedido de entrar en el Lugar Santísimo del Santuario celestial al ascender después del Calvario restringen la realidad eterna de los lugares celestiales al reducido espacio minúsculo de los templos construidos por manos humanas.



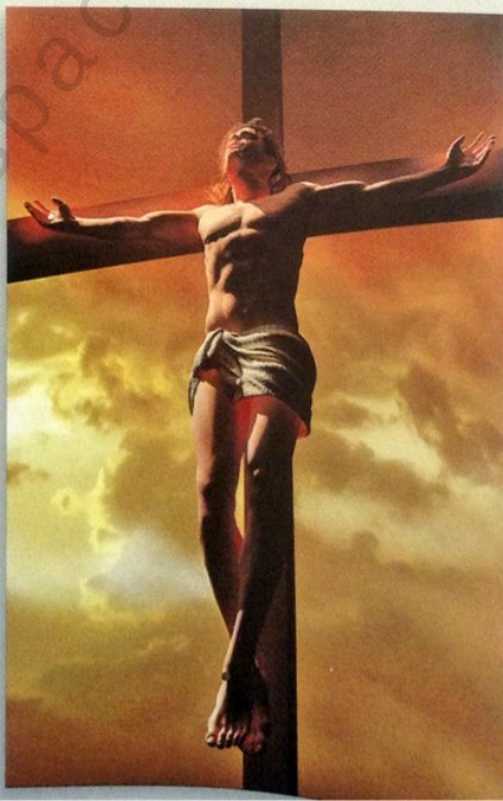
El momento culminante del Día de la Expiación era cuando el Santuario era purificado simbólicamente con la sangre del macho cabrío escogido para el Señor: «Después degollará el macho cabrío como expiación por el pecado del pueblo, llevará la sangre detrás del velo adentro [...] y la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio. Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados» (Levítico 16: 15-16).

Daniel 9

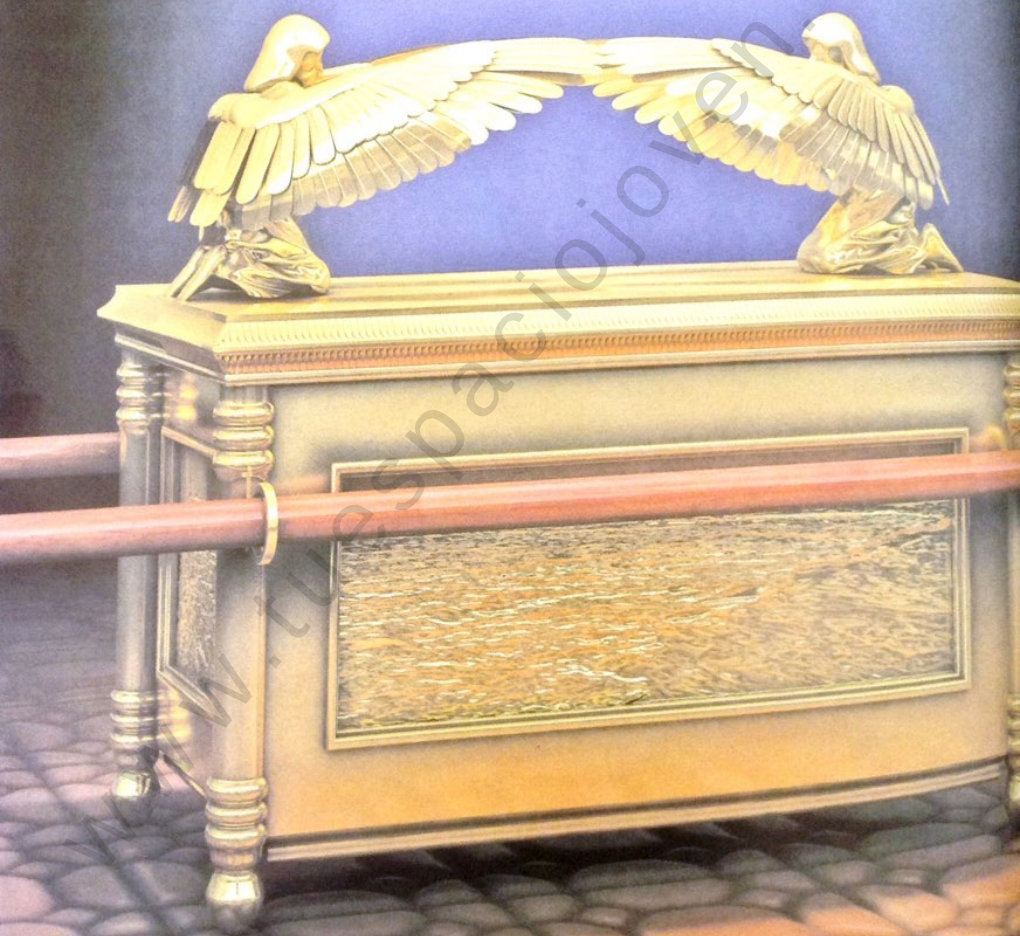
Para quienes son contrarios a la doctrina bíblica sobre el Santuario celestial y la necesidad de ser purificado deben ir a la Escritura y, en primer lugar entender que a Daniel se le reveló que el Santuario sería purificado al final de los 2300 años. Después que las realidades referentes al Santuario celestial se presentaron a Moisés, se le ordenó hacerlas en estricta concordancia con el modelo mostrado (Éxodo 25: 8-9, 40; Hechos 7: 44; Hebreos 8: 5). **La misma Escritura señala que tal como el Santuario terrenal, como figura de las cosas celestiales, necesitaba ser purificado de esa manera, las mismas cosas celestiales lo necesitan, con mejores sacrificios que los ofrecidos en el terrenal (Hebreos 9: 23). De allí la grandeza del sacerdocio de Jesucristo y su sacrificio al presentarse como ofrenda por nosotros en el Calvario, «entró Cristo [...] en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios» (Hebreos 9: 24).**

El capítulo 9, sin embargo, revela lo que haría el Mesías en su ministerio terrenal al venir a los suyos, a su pueblo, para hacer posible la grandiosa obra de la redención.

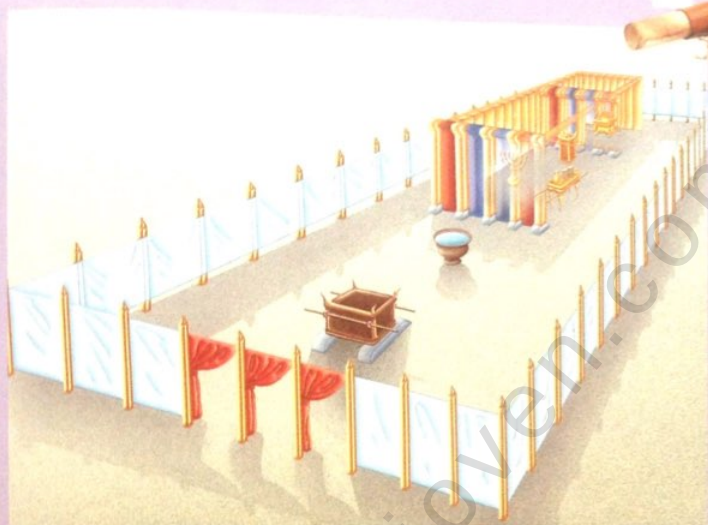
A Daniel se le mostró que la muerte de Jesús, el Mesías, tenía un propósito vicario, redentor, salvífico y reivindicativo; se le reveló que su muerte formaba parte de su misión y oficio sacerdotal como mediador, a fin de que nosotros podamos tener ahora la «libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo» (Hebreos 10: 19), de modo que podamos llegar «confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Hebreos 4: 16).



El sacrificio del Calvario es el único válido para la redención, la sangre de Jesucristo es la única que limpia y salva gratuitamente. Cualquier otro «sacrificio» por más que sea llamado «santo sacrificio» es inútil, falso e idólatra.



En el Santuario, el mueble más importante era el arca y la cubierta de esta era el *kaporet*, «lugar de misericordia» o propiciatorio. Allí y entre los dos querubines, se manifestaba la presencia visible de Dios mediante la *shekina*. Delante de ella el sacerdote presentaba la sangre expiatoria.



El Santuario terrenal fue diseñado por Dios mismo como copia del celestial.

El Santuario terrenal

Representación del Santuario celestial

Generalidades

Desolación en el atrevido y blasfemo ataque del anticristo a la obra y ministerio intercesor del Mesías, Príncipe de los príncipes (Daniel 8: 25), y contra el pueblo de los santos (Daniel 8: 24); es tolerada por Dios solo por un límite de tiempo, 2300 años.



El capítulo 8 presenta un cuadro de desolación, pero también de seguridad y victoria.

La profecía de los **2300 días**

Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, poner fin al pecado y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, sellar la visión y la profecía y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas; se volverán a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, y nada ya le quedará. El pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario, su final llegará como una inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Por otra semana más confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después, con la muchedumbre de las abominaciones, vendrá el desolador, hasta que venga la consumación y lo que está determinado se derrame sobre el desolador

(Daniel 9: 24-27).

Daniel

8

En el Día de la Expiación el sumo sacerdote era el único que oficiaba en el Lugar Santísimo del Santuario. Ese día era considerado como el día del juicio, pues allí se limpiaba al Santuario y al pueblo del pecado.



La purificación referida en Daniel 8: 14, no era del Santuario terrenal sino la del Santuario celestial, el cual debía ser limpiado antes del retorno de Jesucristo.



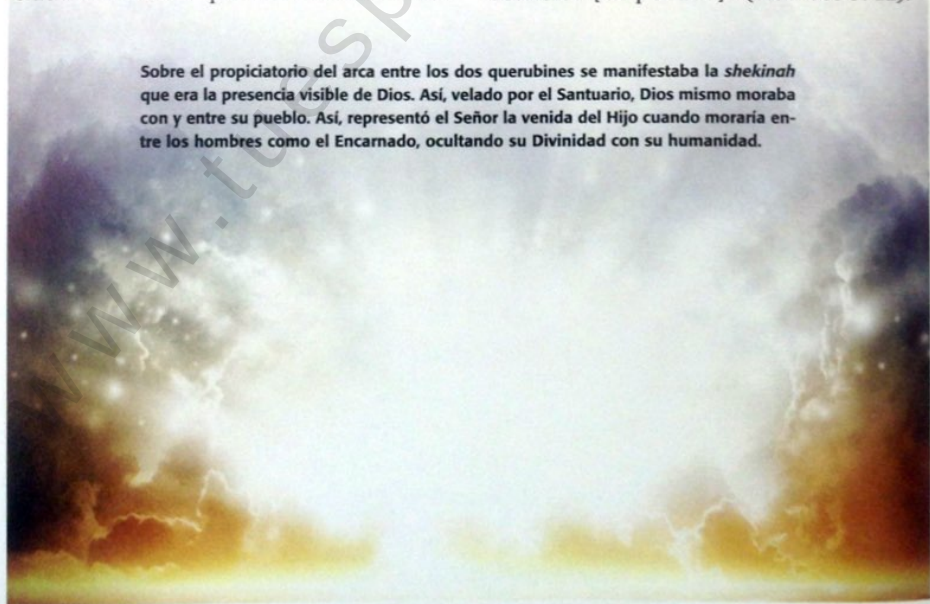
A FIN DE ENTENDER lo relacionado con el Santuario es necesario saber cómo era, qué tenía, cómo funcionaba y qué representaba. Si quisiéramos describirlo en su totalidad se puede decir que había dos espacios propios: el atrio y el Santuario en sí. A su vez, tenía dos recintos: el Lugar Santo y el Lugar Santísimo, los cuales estaban separados por una cortina. En el atrio había dos lugares de importancia: el altar y una fuente de agua. El Lugar Santo tenía tres muebles: un candelabro, una mesa para panes y un altar para encender incienso; en el Lugar Santísimo se encontraba el arca del pacto. Había dos servicios realizados en estos recintos: uno diario realizado en el Lugar Santo, oficiado por los sacerdotes comunes; otro anual en el Santísimo, oficiado únicamente por el sumo sacerdote.

Todos los sacrificios eran efectuados sobre el altar en el atrio, y la sangre era presentada ante el velo delante del altar del incienso y mirando hacia el arca que estaba detrás del velo, en el interior del Lugar Santísimo.



El servicio diario era también conocido como el «continuo sacrificio», debido a que diariamente se ofrecía en holocausto, por la mañana y por la tarde, un cordero de un año, cuya sangre era presentada delante del velo que dividía ambos recintos. El servicio anual en cambio se realizaba una vez al año en el día de la fiesta de la expiación. Cada sacrificio representaba al Cordero de Dios que sería ofrecido por la redención de los pecadores y, a su vez, la sangre derramada en cada sacrificio era un recordatorio de que «sin derramamiento de sangre no hay remisión [de pecado]» (Hebreos 9: 22).

Sobre el propiciatorio del arca entre los dos querubines se manifestaba la *shekinah* que era la presencia visible de Dios. Así, velado por el Santuario, Dios mismo moraba con y entre su pueblo. Así, representó el Señor la venida del Hijo cuando moraría entre los hombres como el Encarnado, ocultando su Divinidad con su humanidad.



El Santuario terrenal

Dios pidió a su pueblo que le construyera un Santuario de modo que su presencia en medio de él fuese no solo figurada sino real. Pero no solo le pidió un lugar para él sino que este fuera conforme al diseño que él mismo daría, Dios exigió que se tuviera muy en cuenta los detalles del diseño pues estos representarían las acciones de Dios en su obra salvadora. Así, el Santuario tendría dos espacios claros, el patio y el tabernáculo.

Una descripción de cada recinto, así como sus muebles, sería como sigue:

1 El atrio

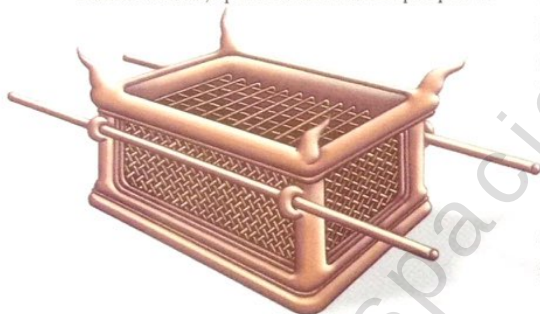
Era el patio que rodeaba el área donde estaba el Santuario. La entrada en el atrio para acceder al Santuario estaba hacia el occidente, pues se entraba a él dando la espalda al sol.

Al pie del Sinai se erigió el Santuario terrenal tal como Dios le indicó a Moisés. Cada lugar, mueble o detalle representaba algún evento de la redención y sobre todo al mismo Mesías como personaje central. Se debe tener en cuenta que el Santuario era «figura de las cosas celestiales».



2 El altar del holocausto

Era el lugar donde se ofrecían y quemaban las ofrendas y los sacrificios que se traían todos los días al Santuario. Tanto los sacrificios como el altar representaban a Cristo, quien sacrificó su propia vi-



da en favor de los pecadores. También en el altar se ofrecía diariamente un sacrificio especial que era denominado el «[sacrificio] continuo», el cual consistía en un cordero sacrificado en la mañana y otro en la tarde. Este sacrificio era central en la adoración, pues simbolizaba la mediación continua de Cristo, el Cordero de Dios.

3 La fuente

Delante de la puerta del Santuario estaba una fuente con agua, en la cual el sacerdote debía lavar sus manos antes de ofrecer cualquier sacrificio (Éxodo 30: 17-21). Esto significaba que Dios requería limpieza y pureza de aquellos que oficiaban como mediadores entre él y su pueblo. Teniendo en cuenta que Cristo es el único que manifestó la pureza que Dios exige de un mediador, únicamente él puede en realidad ser el Mediador de los pecadores (Hechos 4: 12; Hebreos 7: 26; Mateo 27: 4; 1 Pedro 2: 22).



En el atrio estaba el altar donde se ofrecían los sacrificios. El altar enseñaba en forma directa que sin remisión de pecados no hay comunión con Dios. El altar representaba el Calvario que un día sería el altar donde el Cordero de Dios sería sacrificado por nuestros pecados.



La fuente de agua proveía limpieza a todos los sacerdotes que oficiaban en el Santuario. Jesús se presentó a sí mismo como fuente de limpieza para el pecador antes de ir a la presencia de Dios. Mostraba la necesidad de purificarse para servir a Dios.

4 El Santuario



El Santuario mostraba y recordaba a Israel la bendición incomparable de tener al Señor morando en medio de ellos. Allí Dios habitaba como Rey de su pueblo recibiendo el homenaje y culto de ellos. A su vez, les recordaba que él deseaba acompañarlos en su peregrinaje por el desierto, pero sobre todo les enseñaba constantemente cómo acercarse a Dios y restaurar la comunión con él.

Tenía dos recintos llamados el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. En cada uno había un servicio particular que, en su totalidad, simbolizaba el ministerio intercesor de Cristo como Sacerdote nuestro.

Los muebles del Lugar Santo mostraban de qué manera la nación podía ofrecer culto a Dios y servirle de un modo aceptable. Había un simbolismo en cada mueble que representaba el servicio sacerdotal continuo de Cristo en el Santuario celestial ministrando en favor de su pueblo redimido.



5 El candelabro

Hacia el lado sur del Lugar Santo estaba el candelabro con siete lámparas, las cuales ardían continuamente. Cada mañana y cada tarde el sumo sacerdote cuidaba que la provisión del aceite fuese lo suficiente para que las luces estuviesen encendidas (Éxodo 37: 17-23; 30: 7-8). El candelabro representaba a Cristo y al ministerio del Espíritu Santo. (Apocalipsis 1: 20; 4: 5; Juan 1: 9).



El candelabro era un símbolo del ministerio cotidiano del Espíritu Santo como representante de Cristo impartiendo diariamente poder y vida a los que lo buscan. El candelabro prefiguraba a la iglesia destinada a alumbrar al mundo, pero esta tarea no la realizaría con «ejército o con fuerza» sino con el poder del Espíritu Santo.



6 El altar del incienso



Cada mañana y cada tarde los sacerdotes tomaban las brasas del altar de sacrificios y las ponían en el pequeño altar situado delante del velo que separaba el Lugar Santo del Santísimo. Luego, colocaban incienso en esos carbones encendidos, de modo que el humo ascendiera y llenara ambos sitios (Éxodo 30: 1-10). Esto representaba la obra de Cristo al ofrecer las oraciones de su pueblo delante de Dios mezcladas con su justicia inmaculada (Apocalipsis 8: 2-4).

El altar del incienso además de señalar que la oración es imprescindible para acercarnos a Dios mostraba la intercesión del Salvador para que las oraciones, alabanzas y súplicas del pueblo fueran aceptas solo por los méritos de él. Igualmente indicaba la mediación del Consolador enseñándonos «a pedir como conviene».



7 La mesa de los panes de la presencia

Hacia el lado norte en el Lugar Santo estaba una mesa donde los sacerdotes colocaban doce panes que eran cambiados cada sábado. Este pan era llamado el «pan de la proposición» o «pan de la presencia» porque estaban ante la presencia del Señor (Éxodo 25: 30). Dicho alimento representaba a Cristo, quien está siempre ante la presencia de Dios intercediendo por nosotros. Es la representación de Cristo, «el pan de vida» (Juan 6: 35).



La mesa y los panes «de la presencia» representaban una ofrenda de gratitud de las doce tribus ya que los panes eran un don de Dios y el fruto del trabajo del pueblo. Desde luego el trabajo del pueblo no era acepto sin la bendición de Dios representado en el servicio realizado en el Santuario.



8 El arca



Dentro del Lugar Santísimo estaba el arca, que era una caja donde se guardaban las tablas de piedra en las que Dios mismo escribió su ley. El arca tenía una tapa o cubierta que era el «propiciatorio» o «lugar de misericordia», que ocultaba la ley dentro del arca. Sobre esta cubierta estaban las figuras de dos ángeles con las alas extendidas y en actitud de adoración (Éxodo 25: 10-12).



El arca del pacto era el objeto más sagrado del Santuario y era considerado en conjunto con el propiciatorio y la *Shekinah* de gloria. Sobre el propiciatorio estaban dos querubines de oro, frente a frente, que con las alas cubrían el sitio. Allí Dios manifestaba su gloria.

9 El Lugar Santo

Todos los días había un servicio que se centraba en el Lugar Santo del Santuario. Ahí, cada día el pecador arrepentido llevaba su ofrenda o sacrificio. Después de confesar sus pecados sobre la cabeza del cordero inocente, lo degollaba. Luego el sacerdote llevaba la sangre al

Lugar Santo, donde la presentaba delante del velo que ocultaba el arca del Lugar Santísimo. Mediante este acto el pecador reconocía haber quebrantado la ley de Dios y que merecía la pena de muerte. Pero al aceptar la muerte de un sustituto se libraba de su culpa (Levítico 4; Romanos 6: 23). Tanto el ministerio del sacerdote como el sacrificio de la inocente víctima simbolizaban a Cristo. Habiendo muerto Cristo una sola vez, ahora vive para interceder por nosotros los pecadores. Mediante su mediación en el Santuario, él perdona a aquellos que aceptan su muerte expiatoria (Hebreos 9: 25-27).



los momentos finales del conflicto cósmico, cuando el Pontífice celestial en el Juicio de Dios selle el destino de salvación eterna para los santos del Altísimo. Con esto, a su vez se confirmaba en sim-

bolismo la condenación eterna del gran rebelde, originador de pecado, el «padre de la mentira» a quien le aguarda junto con sus ángeles y pecadores que lo siguen su destrucción en el fuego eterno.

Mediación simbólica del Sumo Sacerdote

La obra redentora de Cristo consiste en restaurar al ser humano a su condición original. Esta obra expiatoria era posible únicamente con la entrega de sí mismo en sacrificio por el pecador. Eso se llevó a cabo en el Calvario, al entregar su vida en rescate nuestro, en tanto que hoy, en su Santuario en el cielo, como Abogado intercede por los pecadores que lo han aceptado como su Salvador (Romanos 5: 10; Hebreos 7: 24-25; 1 Juan 2: 1). El ministerio de Cristo consiste en desplegar el amor misericordioso de renuncia y sacrificio propio de la Deidad al mostrar el poder del evangelio para redimir al hombre del pecado.

Dios consideró que el Santuario y sus servicios eran un esquema pedagógico ideal para enseñar las profundas verdades del evangelio a su pueblo. En el centro de todo su servicio de sacrificios, ofrendas y ritos estaba el sacrificio matutino y vespertino, se ofrecía un cordero por los pecados del pueblo (Éxodo 29: 38-42).

El simbolismo sacrosanto del ministerio de Cristo estaba representado en cada rincón y objeto del recinto sagrado.

De manera específica las dos fases del ministerio redentor de Jesucristo estaban simbolizadas en cada recinto del Santuario. Así, el evangelio redentor era desplegado detallada y directamente al pueblo de Dios. Es esta realidad concebida y desplegada para manifestar la redención de la humanidad la que ha sido anulada y echada por tierra por el «cuerno pequeño». La gravedad del ataque del «cuerno pequeño» al Santuario reside en el hecho de que toda la obra mediadora de Jesucristo ejercida en el Santuario celestial ha sido y es tergiversada, cambiada, negada y reemplazada por un ministerio usurpador que detenta el poder de la salvación por un sacerdocio falso con su sacrificio impropio. Así, lejos de dirigir a los pecadores al Salvador como lo señala el evangelio de Jesucristo, los lleva a otros mediadores que bajo el nombre de santos los corrompe con idolatría y los lleva a la perdición eterna.



Pacto cumplido en el tiempo señalado

Además del servicio diario, se celebraba el *Yom Kippur* o Día de la Expiación (Levítico 16; 23: 27-32). Este día era la culminación de todo el servicio realizado en el Santuario durante el año. Era un día de juicio y el más solemne de todo el año. El sumo sacerdote eliminaba los pecados del pueblo en una ceremonia especial conocida como la purificación del Santuario. Aquellos que con corazón arrepentido afligían sus almas, sus pecados les eran borrados, quedando delante de Dios con un registro limpio; en tanto que aquellos que rehusaban arrepentirse eran expulsados de Israel (Levítico 23: 29).

Todo esto señalaba a la obra expiatoria de Cristo. Moisés bosquejó el Santuario terrenal de acuerdo con lo que se le mostró del Santuario celestial (Éxodo 25: 8-9; Hechos 7: 44; Hebreos 8: 1-2). Los servicios diarios en el Santuario terrenal simbolizaban el ministerio continuo de Cristo por su pueblo (Hebreos 7: 25), en tanto que el servicio del sumo sacerdote en el Día de la Expiación representaba la intercesión de Cristo y la expiación del pecado de su pueblo en la fase del juicio realizado antes de su regreso (Daniel 7: 9-14).

En la visión dada a Daniel en el capítulo 8 se le indicó que el Santuario celestial debía ser purificado al final de 2300 años. Sin embargo, en la explicación dada de esta visión en el capítulo 9 se menciona que, de este período, solo una parte correspondía al pueblo judío y a su ciudad, que era donde estaba su Santuario (Daniel 9: 24).



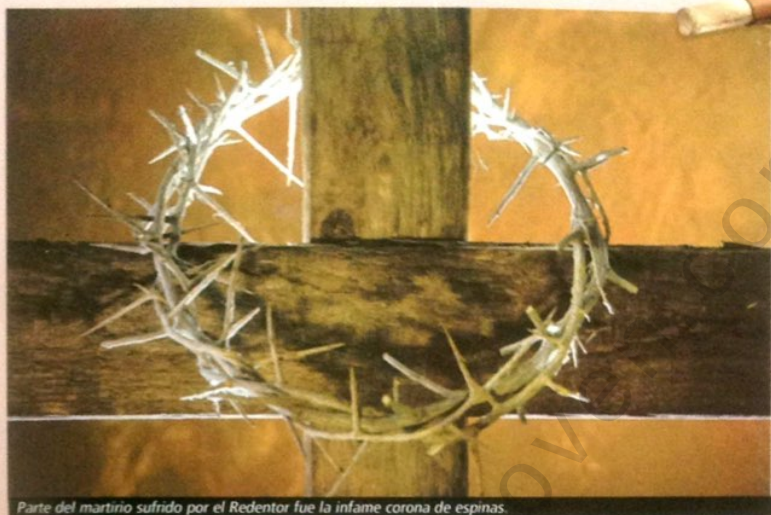
Las 2300 «tardes o mañanas», días completos, significan 2300 años, ya que cada día representa un año. La fecha inicial de esta profecía, dada en Daniel 7: 25, es el año 457 a. C., y el término de los 2300 años ocurrió en 1844. En esa fecha inició el juicio en el Santuario celestial. (Ver el diagrama correspondiente).

Por lo tanto el capítulo 8 nos dice cuándo debería iniciarse el juicio previo al advenimiento de Cristo que se describe en el capítulo 7. Sin embargo, como Daniel no logra entender el alcance pleno de lo que se le muestra en la visión del capítulo 8, suplica en el capítulo 9, que se le haga comprender lo mostrado y Dios le contesta enviando al ángel Gabriel como su intérprete profético.

De esta manera, el Santuario terrenal, además de ser una representación del Santuario celestial, era sobre todo un lugar donde se representaba el trato que Dios da al pecado y cómo solucionará el gran conflicto. Pero era también el lugar y método, en los días del Antiguo Testamento, para enseñar a su pueblo las grandes verdades del evangelio: así mismo, gracias a ese esquema pedagógico, hoy nosotros tenemos la certeza de que en su Santuario está el intercesor divino, Jesús, como nuestro Sumo Sacerdote, esperando que vayamos confiadamente a él para hallar gracia y oportuno socorro (Hebreos 4: 14-16), porque solo él puede darnos perdón, limpieza y salvación eterna.



La profecía de los 2300 años o días es la profecía más mesiánica de la Biblia. Lo notable de esta profecía es que cada fecha asignada para la realización del ministerio del Mesías, tanto en la tierra como en el cielo, se ha cumplido con exactitud. Mediante ella podemos saber en qué parte del cronograma divino nos encontramos y cómo Dios ha cumplido lo tocante a nuestra salvación.



Parte del martirio sufrido por el Redentor fue la infame corona de espinas.

La gran obra del Mesías

La fuente de gracia y misericordia

Generalidades

A Daniel se le muestra que toda victoria y triunfo futuros del pueblo de Dios dependen única y exclusivamente del triunfo logrado por el Mesías con su muerte y ministerio en favor del pecado. Daniel establece con certeza que, aunque el anticristo imponga la «abominación desoladora» sobre el Santuario celestial atentando contra la intercesión del Sumo Sacerdote, la sentencia está ya dada contra el anticristo.



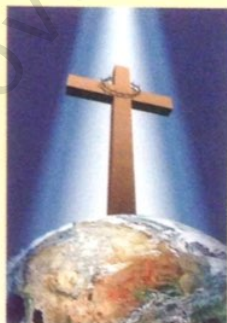
El capítulo 9 expone con más amplitud el triunfo de la obra expiatoria e intercesora del Mesías.

La gran obra del Mesías en el Calvario y el Santuario

Aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión, al principio, volando con presteza vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde. Me hizo entender, y habló conmigo diciendo: «Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión»
(Daniel 9: 21-23).

Daniel
9

Daniel pudo entender que la profecía de los 2300 años era principalmente para mostrarnos lo que el Mesías haría por nosotros voluntariamente en el Calvario.



Las manos horadadas de Jesús muestran su humanidad como nuestro Sacerdote, sobre todo su gran amor por nosotros. Ese mismo amor nos ofrece la salvación que solo él puede darnos, es una invitación para ir a él con confianza y sin temor alguno.



EN EL CAPÍTULO 9, Daniel presenta la revelación divina más excelsa de la Escritura, pues señala al Mesías, que es el Rey del universo en el capítulo 7 y Sacerdote del Santuario celestial en el capítulo 8, como el único sacrificio requerido y aceptado. De esta manera, Daniel tiene la virtud de presentar el Calvario y el Santuario unidos por el ministerio sacrosanto y único de Jesús como nuestro Sumo Sacerdote, Redentor y Salvador. A Daniel se le revelan realidades eternas vincula-

das con la redención en la obra y la persona del Mesías, señalando el tiempo y el lugar donde los realiza de manera explícita.

En el capítulo 8 se le muestra a Daniel, el escenario de actuación del Mesías como Sumo Sacerdote del Santuario, además se le muestra el período especial de su actuación para la redención. Ahora, en el capítulo 9, se le revela el escenario en el que ese Sacerdote celestial actuó y actúa cuando vino para ofrecerse como ofrenda por el pecado en sacrificio único sobre el Calvario. Asimismo, se presenta el ataque insolente del «cuerno pequeño» al Mesías y su obra en el Santuario. Se muestra cada aspecto de lo ocurrido al Mesías en el Calvario. De ahí que la profecía de los 2300 años es la más mesiánica de la Escritura, pues todas las demás hablan en forma general de la venida del Mesías, pero esta especifica sus acciones, la fecha cuando ocurrirían y el lugar donde se llevarían a cabo.

Es verdad que en la Escritura abundan las profecías referentes a la venida de Jesús anunciando su misión, linaje, hechos y muerte. Pero estas lo mencionan como acontecimientos a ocurrir o detalles que se mostrarían en su actuación sin precisar el momento de la acción o la fecha del evento. En cambio, Daniel es el único que cruza el tiempo futuro precisando fechas sobre el Mesías cuyo cumplimiento exacto es asombroso.



La explicación que el ángel Gabriel le da a Daniel

Es muy significativo que el ángel Gabriel explica a Daniel la razón de los 2300 años o días: el Mesías vendría para ser ungido como nuestro Sumo Sacerdote y dar su vida por nosotros.

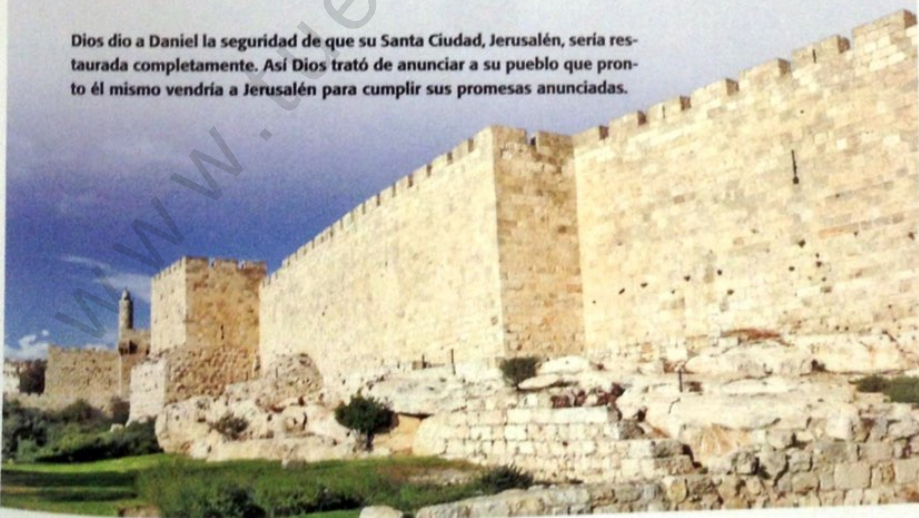
En los primeros 19 versículos del capítulo 9 Daniel refiere su preocupación por entender la visión de los 2300 años. Estudia detenidamente los escritos de Jeremías donde se profetizaron 70 años de cautiverio babilónico. El profeta pensaba que el período mostrado era mucho más extenso de lo anunciado. Luego ofrece una oración ferviente de confesión y súplica por su pueblo y Jerusalén. Él anhela una pronta restauración.

Mientras ora, el ángel Gabriel es enviado para que le explique por qué tiene que pasar tanto tiempo antes de que el Santuario sea «purificado».

«Aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión, al principio, volando con presteza vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde. Me hizo entender, y habló conmigo diciendo: "Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión"» (Daniel 9: 21-23).

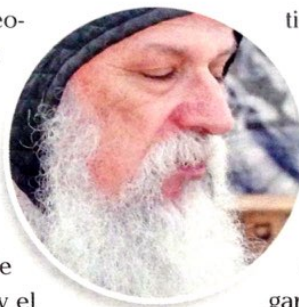
Daniel oró con fervor por su ciudad, Jerusalén y por la restauración del Santuario. Dios le contestó con presteza explicándole el significado de la profecía de los 2300 años o días, le mostró lo que él tenía planificado para su pueblo, para su ciudad capital y también para el Santuario. Le mostró que en este largo período sucederían cosas estupendas en torno a la salvación que las realizaría el Mesías en Jerusalén, en favor de su pueblo y en beneficio de su iglesia.

Dios dio a Daniel la seguridad de que su Santa Ciudad, Jerusalén, sería restaurada completamente. Así Dios trató de anunciar a su pueblo que pronto él mismo vendría a Jerusalén para cumplir sus promesas anunciadas.



Daniel precisa que su preocupación por saber más de lo mostrado en la visión del Santuario del capítulo 8 lo tiene preocupado, y el ángel Gabriel le dice que él fue comisionado para ayudarlo. En el capítulo 8 se le muestra a Daniel la visión y el ataque hecho por el cuerno pequeño al Santuario y al Mesías, su Sumo Sacerdote. En cambio, en el capítulo 9 se le muestra lo que haría el Mesías como Sumo Sacerdote en su Santuario, precisando fechas que señalarían cada etapa de su ministerio sacerdotal. La interpretación dada a Daniel es amplia y puntual:

«Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, poner fin al pecado y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, sellar la visión y la profecía y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas; se volverán a edificar la plaza y el muro en



tiempos angustiosos. Después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, y nada ya le quedará [literal “y nadie estará con él”]. El pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario, su final llegará como una inundación, y has-

ta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Por otra semana más confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después, con la muchedumbre de las abominaciones, vendrá el desolador, hasta que venga la consumación y lo que está determinado se derrame sobre el desolador» (Daniel 9: 24-27).

La profecía de los 2300 días fue dada en el capítulo 8 solo en términos de extensión sin precisar su inicio ni su final. Recién en el capítulo 9 se establece el comienzo y el final de ella junto con otras divisiones de la misma así como tres acontecimientos debidamente fechados. Dios le dice a Daniel que dentro del plazo profético revelado había un período separado. En este, el pueblo de Israel sería un actor destacado, porque el Mesías «vendría a los suyos» para ejecutar la redención con hechos explícitos. Por lo tanto ellos deberían reconocerlo y recibirlo.

Así pues, Dios le revela a Daniel que pronto se iniciarían los 2300 años que cul-



La explicación dada por Gabriel a Daniel con relación a la profecía de los 2300 años y su división de las 70 semanas, aclaró el entendimiento de ella al profeta. La profecía tenía que ver con la venida del Mesías y su servicio en la obra de la redención.

minarían de allí a muchos días con el inicio del período cronológico de «los últimos días» (8: 26). Pero también le revela que de ese período largo, por designio celestial, se habían separado setenta años para su pueblo (9: 24). Durante ese lapso acontecerían sucesos vinculados con el pueblo del pacto y de manera muy especial con el Mesías. Durante ellos, el plazo final del privilegio para Israel terminaría. Pero Dios llevaría a cabo sus propósitos de salvación para la humanidad, sin ellos y a pesar de ellos.

Sin embargo, debe tenerse muy en cuenta que con el cómputo de ese plazo estipulado para su pueblo, está vinculado con un método cronológico estrictamente hebreo y bíblico. Este es empleado en el jubileo establecido desde los días del Pentateuco. Es decir, debe considerarse que los judíos tenían dos clases de semanas, una de días, con siete días literales y otra de años que incluye siete años (Levítico 25: 8). Sin duda Gabriel se refirió a la semana de años. Por lo tanto las 70 semanas de años deben totalizar 490 años, como espacio total del tiempo requerido por la profecía.

Por otro lado, esto está en plena concordancia con otro plazo que Israel expe-



El tema principal en la profecía de los 2300 años es la predicción de los padecimientos y la muerte de Cristo en sacrificio por el pecado a la mitad de la semana 70, lo cual ocurrió el año 31 de nuestra era. Entonces se «quitó la vida al Mesías» quien murió tal como lo anunció Daniel en «soledad espantosa».

rimentó en su existencia. Le fue anunciado en forma diferenciada tomando como base la unidad simbólica de un día por año (Números 14: 34). De esta manera la totalidad del período anunciado lo tendría muy en cuenta. Posteriormente esa misma unidad profética y cronológica les fue vuelta a profetizar en los días de Daniel por boca de Ezequiel. Aquí Dios le urge a este profeta anunciar lo que vendría sobre

Gabriel señaló que la ciudad de Jerusalén era el escenario fijado para los sucesos de la redención que ejecutaría el Mesías para hacer posible la salvación. Y fue precisamente allí adonde el Mesías llegó como príncipe de paz y como ofrenda por el pecado.





Las profecías de Daniel contienen un mensaje de paz y seguridad por la invitación que hace a sus lectores a disfrutar del reino de Dios pues él será «un reino que no será jamás destruido [...] él permanecerá para siempre» (Daniel 2: 44).

la impía Jerusalén diciendo «día por año te lo he dado» (Ezequiel 4: 6). Lo cual indica que para los tiempos proféticos el día común y corriente no es la medida requerida sino que la medida exigida es «día por año».

Gabriel informa a Daniel que «setenta semanas están determinadas [literal, fueron cortadas, separadas] sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad» (Daniel 9: 24). Se le señala que en los designios divinos, Israel como razón del pacto y su ciudad Jerusalén irían a ser objeto de especial misericordia. Ellos serían los actores y escenario de sucesos estupendos en relación a la redención.

Cuando Babilonia cayó conquistada por Persia, Daniel fue considerado como valioso por los persas, pues lo colocaron en un puesto elevado en la gobernación de

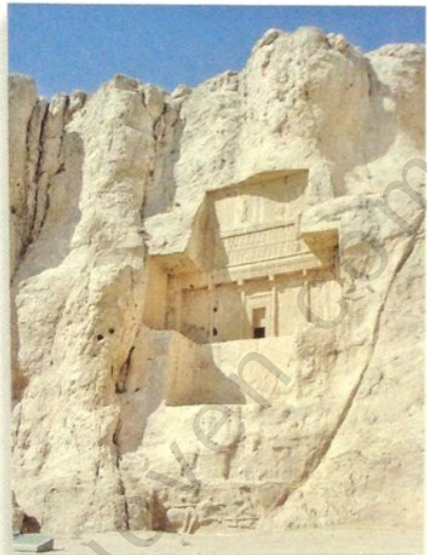
su imperio. Su interés por entender lo que se le reveló, pese a sus responsabilidades gubernamentales, siempre fue grande. Por eso se le envió al ángel Gabriel para animarlo a «entender la visión», que no es otra que la misma del capítulo 8.

Primero Gabriel le señala que del total de los 2300 años se había separado un período de 70 semanas o 490 años, para uso exclusivo del pueblo judío; luego le señala las cosas asombrosas que ocurrirían en todo ese largo tiempo en torno a la salvación del pueblo de Dios y la humanidad.

En los versículos 25-27, Gabriel mostró puntualmente que la fecha tanto para el comienzo de los 490 años como de los 2300 años estaría señalada por el «decreto dado para la reconstrucción y restauración de Jerusalén». Ese decreto fue dado por el rey persa Artajerjes en el año

457 a. C. (Esdras 7: 12-26). Luego, desde la fecha de este decreto «hasta el Mesías Príncipe» habría «siete semanas más sesenta y dos semanas», es decir 69 semanas (lo cual da 483 años). Las 69 semanas o 483 años nos llevan hasta el año 27 de nuestra era, cuando Jesús fue bautizado en el Jordán y, en ocasión de su bautismo fue ungido por el Espíritu Santo para ser el Mesías o el «Ungido». Luego de su bautismo, Jesús entró en su ministerio iniciando la última semana (o los últimos siete años) del período separado para los judíos. En esta semana él confirmó, el pacto de salvación con el derramamiento de su sangre al ser crucificado «a mitad de la semana», es decir el año 31. Con su sacrificio hizo cesar todo «sacrificio y ofrenda» ofrecidos en el Santuario hebreo, pues simbolizaban el único sacrificio válido y verdadero que se haría a favor del pecador.

Con su muerte el Mesías encarnado canceló el Santuario terrenal, el sistema de sacrificios ofrecido allí, el sacerdocio y su servicio. De allí en adelante, solo es sustentable lo ejercido en el Santuario celestial. Es válido únicamente el sacerdocio del Hijo de Dios quien es el Cordero de Dios. Cualquier otro es falso, blasfemo e inútil; es abomi-



También el Imperio Persa llegó como todos los demás, al final de su curso. Las ruinas imponentes de sus capitales y las tumbas de sus reyes nos recuerdan lo pasajero de las glorias mundanales. En Naqsh-e Rostam, Irán, están las tumbas de Dario I, Jerjes, Artajerjes y Dario II, esculpidas en la roca.

nable. «Porque no entró Cristo en el santuario hecho por los hombres, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios» (Hebreos 9: 24). «Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos» (Hebreos 7: 26).





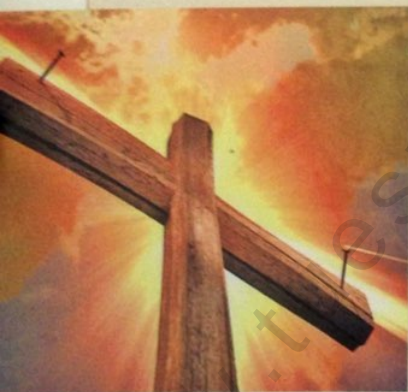
Nuestro Sumo Sacerdote

La profecía de los 2300 años señala la obra que Cristo haría en el Calvario y en el Santuario celestial para lograr la salvación de los pecadores. **Al morir Cristo «a mitad de la semana», es decir a tres años y medio de su ungimiento como nuestro Sumo Sacerdote, entonces se fusionó el simbolismo con la realidad, y el velo interior del templo que dividía el Lugar Santo del Santísimo se rasgó desde arriba hacia abajo (ver Mateo 27: 51).** Desde entonces todos los sacrificios en el templo judío dejaron de tener valor alguno; solo prevalece el sacrificio único, suficiente e irrepetible del Cordero de Dios en el Calvario.

El pacto confirmado con los judíos continuó con ellos hasta el año 34, que es el término de la última semana de las 70 semanas o 490 años separados para el pueblo hebreo. En este año los judíos consumaron su rechazo del evangelio, por lo cual este pasó con toda plenitud a los gentiles. **Además, el escenario de los 1810 años restantes de los 2300 no se centrarían más en Jerusalén y el pueblo judío, sino en la iglesia cristiana, como el nuevo Israel y el pueblo del nuevo pacto, en el Santuario celestial, los cuales serían atacados alevosamente por el cuerno pequeño, hasta el término de los 2300 años.** El fin de los 2300 años es el año 1844, año en el que se inicia la etapa investigadora del juicio de Dios, antes del re-

greso de Cristo a este mundo. **Además, se le muestra a Daniel que, tras ese cumplimiento fiel de la profecía, vendría la consumación en la cual el «cuerno pequeño» desolador recibiría la destrucción determinada sobre él (Daniel 9: 27).**

Un examen detenido de Daniel 9: 27 nos vincula con la parte céntrica de Daniel. Nos muestra que la semana más importante, es precisamente la 70. Además nos señala que el desolador es el mismo que realiza las múltiples abominaciones. Este es el mismo príncipe destructor de la ciudad y el Santuario (versículo 26). Y es llamado príncipe porque el término es también sinónimo de rey o gobernante, pero en este específico caso romano se acusa a Tito quien, entonces como hijo del emperador, asumió la toma y la destrucción de Jerusalén el año 70 de nuestra era. Luego este, el poder desolador en



La cruz tiene un significado excelso para los cristianos. En ella no solo se clavó al Cordero de Dios. Él murió por nosotros para que pudiéramos vivir.

su totalidad incluye a la Roma cristiana, dura hasta la consumación cuando será destruido por Dios mismo («no por mano humana», 8: 25). En realidad este cuadro de destrucción del opositor de Dios siendo destruido por Dios mismo aparece incluso en el capítulo 2 con la piedra demolidora de todos los reinos mundanales cayendo precisamente sobre los pies de la imagen, es decir, en tiempos de Roma.



Al exponer Daniel sus visiones, las presenta desplegando en el corazón de su libro la cosmovisión de la redención.

Resulta admirable que todo este despliegue profético referente al ministerio sacerdotal del Mesías esté expuesto en los capítulos 7-9 por Daniel, llevando a la profecía de la mano con la historia, pues Dios le revela que ambas deben ir unidas para entenderlas como certificación de la veracidad bíblica. El capítulo 9 de Daniel es la proclamación certera de la obra que el Mesías hace ahora en su Santuario, esperando a los que por fe acuden a él ahora. Con él podemos entrar hasta lo más íntimo de su Santuario, pues la fuente de la misericordia y de la gracia está plenamente a nuestro alcance mediante su intercesión. Todo aquel que acuda en busca de perdón y salvación no será defraudado, porque su invitación sigue vigente: «Venid luego [...] y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nie-

ve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» (Isaías 1: 18), o «venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:

28). Su actitud benevolente no ha variado, ya que siempre nos dice, «y al que a mí viene, no lo echo fuera» (Juan 6: 37).

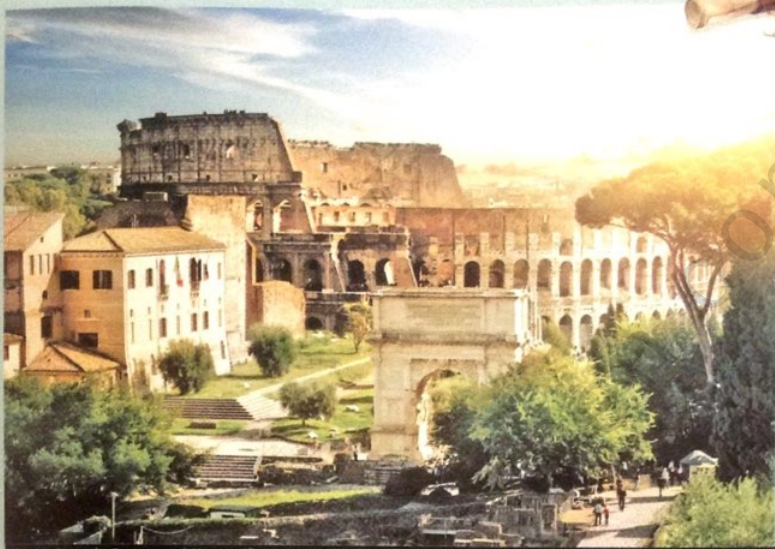
Las 70 semanas son solo parte del total de los 2300 años. Tanto las 70 semanas como los 2300 días son profecías interrelacionadas, cuyo vínculo entre sí

es la verdad teológica común mostrada y demostrada mediante los eventos realizados por el Mesías para hacer posible nuestra salvación y como sello de su veracidad. Esta verdad teológica fundamental nos demuestra que la obra salvífica del Mesías abarca su sacrificio en el Calvario y su ministerio sacerdotal en el Santuario.





Aunque el Imperio Griego fue conquistado por el romano, imperó en Roma de tal modo que las dos culturas se unieron formando la cultura grecorromana tan predominante incluso ahora en la cultura del mundo occidental.



Las ruinas de Roma también testifican su pasado cruel y despota.

Panorama de la Edad Media y el tiempo del fin

Reinos en la visión profética

Generalidades

El adversario alista sus huestes contra el Mesías para disipar al pueblo de Dios (Daniel 11: 13), para desbaratar el pacto (11: 28), y tratar de quebrantar al Mesías, el príncipe del pacto (11: 22), y para eliminar la continua intercesión de él, poniendo en su lugar un sacerdocio espurio y un sacrificio abominable (11: 31). Pero el pueblo de Dios se mantenía firme, aunque muchos fueron eliminados en la contienda cruel, los fieles que conocen a su Dios se esforzaron y lograron la victoria.



El capítulo 11 del libro de Daniel refuerza aún más la promesa revelada de que la victoria de los fieles en el tiempo del fin es la victoria del Mesías.

Las guerras del papado y el tiempo del fin

Ahora yo te mostraré la verdad. Aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas, más que todos ellos. Este, al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia. Se levantará luego un rey valiente, que dominará con gran poder y hará su voluntad. Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; pero no será para sus descendientes, ni según el dominio con que él dominó, porque su reino quedará deshecho y será para otros aparte de ellos

(Daniel 11: 2-4).

Daniel
11

Los capítulos 11 y 12 de Daniel describen con más detalle el paso de los imperios por el mundo pero concentrándose en las guerras de Roma y el papado así como la destrucción que dejaron tras sus conquistas.



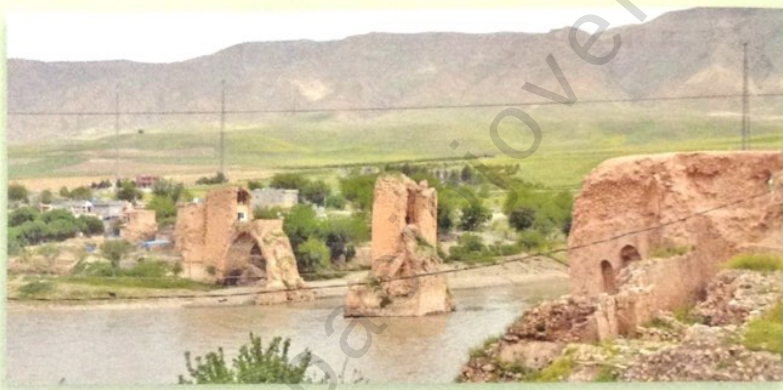
El capítulo 11 de Daniel profetiza el desarrollo histórico del poderío romano y su transformación en Iglesia Romana la cual seguiría la misma conducta cruel con los cristianos que disientan de ella.





Resumen panorámico de la Edad Media y del tiempo del fin

En el capítulo 10, ya como ministro de los persas y con Ciro como monarca, Daniel describe un encuentro con el mismo Mesías junto al río Tigris. Este encuentro es parecido al que Juan tuvo siglos más tarde, mientras estaba desterrado en Patmos, con el Mesías ya encarnado y resucitado. Después de este encuentro, Daniel volvió a tener una nueva visión final en la cual se le mostró un resumen panorámico de lo que ocurriría durante los 2300 años y, especialmente, con la actuación del cuerno pequeño después de los primeros 490 años. Igualmente se le revelaron asuntos concernientes al tiempo del fin.



Reinos en la visión profética de Daniel 11



Cambises
(530-522 a. C.)



Dario I
(522-486 a. C.)



Xerxes
(486-465 a. C.)



Artajerjes I
(465-425 a. C.)



Alejandro Magno

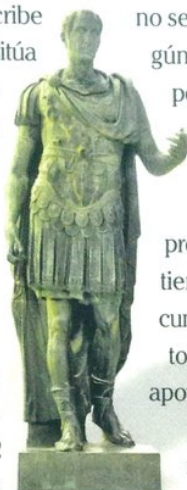
Imperio Persa

Imperio Griego

EL CAPÍTULO 11, que describe la visión final de Daniel, lo sitúa bajo el mandato de Darío.

El ángel muestra la misma secuencia profética establecida en las visiones anteriores de los reinos que dominarían en el mundo hasta el fin de la historia humana. Primero detalla los pormenores principales del Imperio Persa, al señalar cuatro reyes principales que reinarían antes de su caída: Cambises (530-522 a. C.), Darío (522-486 a. C.), Jerjes (486-465 a. C.), y Artajerjes I (465-425 a. C.).

«Ahora yo te mostraré la verdad. Aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto [...] levantará a todos contra el reino de Grecia. Se levantará luego un rey valiente, que dominará con gran poder [...]. Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; pero



Los emperadores romanos ejercieron el poder absoluto por más de medio milenio en el mundo occidental y oriental.

no será para sus descendientes, ni según el dominio con que él dominó, porque su reino quedará deshecho y será para otros aparte de ellos» (Daniel 11: 2-4).

Debe señalarse que el andamio profético mostrado en el capítulo 11 tiene un sólido soporte histórico ya cumplido de modo específico en puntos clave, los cuales, a su vez, son apoyados contundentemente por lo predicho en los capítulos anteriores y sobre todo con lo cumplido históricamente de ellos. Así, lo tocante a Persia y Grecia descrito en los primeros cuatro versículos es claro y absoluto, pues son historia cumplida; luego viene lo detallado sobre el desarrollo helenístico y del mismo modo el inicio y el desarrollo de la trama romana en la historia.

Tras ellos surgiría el Imperio Griego, y esta vez, como en las anteriores, es presentado nuevamente siendo dividido en

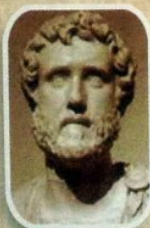
Emperadores que gobernaron Roma dominando el mundo antiguo



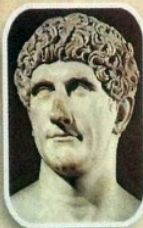
Pompeyo



Julio César



Marco Aurelio



Marco Antonio



Augusto



Tiberio

Cada uno fue parte del aparato político férreo que Roma impuso al mundo occidental durante su dominio.

cuatro partes después de la muerte repentina del gran Alejandro. Sin embargo, hace énfasis en el fin de los reinos helénicos al serles «arrancado para ser dado a otros fuera de ellos». Este «otro» que arrancó el poder a los griegos fue Roma.

Luego el ángel describe a Daniel las guerras que los reinos griegos harían entre sí tratando de adjudicarse los territorios conquistados (Daniel 11: 5-14). De manera especial, los reyes seléucidas de Siria, al norte de Palestina, y los reyes ptolemaicos de Egipto, al sur de Judea, desempeñaron un papel importante en estas guerras, hasta que entra en acción el poderío romano asumiendo el nombre de «rey del norte» (versículo 15). El versículo 15 menciona la irrupción de Roma en Egipto y su llegada con Pompeyo a Judea, «la tierra gloriosa», el año 63 a. C., (versículo 16). Luego, las aventuras políticas de Julio César y Marco Antonio, respectivamente, con Cleopatra, son presentadas en el versículo 17 y, asimismo, la tragedia de Julio César en los versículos 18-19. En los versículos 20-21 se le muestra a Daniel los reinos, antes de presentar de nuevo al Mesías.

Clave en la interpretación es el versículo 22 pues se-

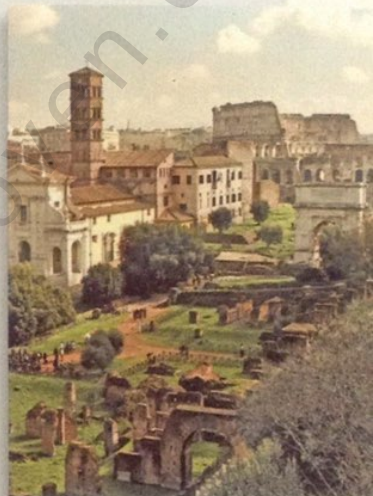
ñala el año 31 d. C., cuando Roma crucificó a Cristo, presentado como el «Príncipe del pacto», muerto durante el reinado de Tiberio. Entonces, en el desarrollo y cumplimiento histórico de la profecía hasta el versículo 22, es lo ocurrido antes de Cristo, y desde el versículo 23 en adelante lo acontecido después de Cristo. Luego, los versículos 30-35 enfatizan el ataque dirigido contra el Santuario celestial y el pueblo de Dios ya señalado en el capítulo 8 al describir las acciones del cuerno pequeño.



Cerca de medio milenio el Imperio Romano dominó el mundo del antiguo Cercano Oriente y su espada conquistó esos pueblos con ferocidad implacable. Fue precisamente durante los días de la Roma imperial cuando el Mesías nació en Belén y en los días del emperador Tiberio, fue crucificado en el año 31. Daniel profetizó no solamente la aparición, duración y fiereza romana sino también su actuación con el Mesías y su pueblo.

Desarrollo y cumplimiento histórico de la profecía

De manera especial, el versículo 31 señala cuando Roma comienza su fase papal, cuando el papado, ya libre de opositores, trastorna a su antojo la verdad y la cambia, apartando a la cristiandad y al mundo del Santuario celestial, donde Cristo intercede por los pecadores arrepentidos, poniendo en su lugar a otros intercesores y establece otras doctrinas ajenas a las bíblicas y persigue mediante las Cruzadas y la Inquisición. Pero el versículo 33 es demasiado explícito al señalar que este poder cristiano-romano usaría «espada», «fuego», «cautividad» y «despojo», que es precisamente lo que hizo la Inquisición. Los versículos 34-39 apuntan hacia las actividades papales, señalan características esenciales de la Roma papal, manifestadas durante la Contrarreforma. De este modo Roma es descrita proféticamente tanto en su fase pagana como en su pretensión «cristiana» y la historia da su veredicto irrefutable de cumplimiento categórico. Todo esto está en perfecta armonía con el lineamiento profético bosquejado en las profecías de los capítulos 2, 7, 8 y 9 donde el poder romano es igualmente desplegado en sus dos fases, aunque con menos detalle.



Los versículos 40-45 describen sucesos proféticos aún no cumplidos, de modo que todavía no es posible relacionarlos históricamente; ellos están enmarcados en lo que a Daniel se le revela como «tiempo del fin». Sin embargo, tales eventos describen lo que la Roma papal trataría de hacer buscando eliminar al pueblo de Dios y evadir la suerte ya establecida para ella; pero todo será en vano, pues su destrucción ya está determinada y al final perecerá «sin que la ayuden».





El día del nuevo amanecer los salvados recibirán a su Redentor con alegría.

El Mesías triunfante

La recompensa de los justos

Generalidades

Daniel anuncia ese grito retumbante y victorioso que surgirá espontáneo en alabanza al Dañor de la vida frente a la impotencia de las tumbas abiertas, «Sorbida es la muerte en victoria». ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?» (1 Corintios 15: 54-55).

El mensaje de Daniel es el de la victoria final, la victoria plena de Jesucristo, el Mesías.



En el capítulo 12, Daniel proclama la certeza de la victoria escatológica de los fieles en virtud del poder del Mesías.

El reino eterno de Dios

En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo. Será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen inscritos en el libro. Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad. «Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará»

(Daniel 12: 1-4).

Daniel
12

Daniel profetizó igualmente que los días finales de nuestro mundo estarían marcados con un aumento científico sin precedentes y esto se ha ido viendo con toda plenitud.



Una de las acciones que se le revelaron a Daniel se relaciona con el juicio de Dios. Los tribunales humanos que por siglos han denigrado a los hijos de Dios con injusticia, serán juzgados por el Juez del universo, Dios y los suyos serán vindicados y luego la justicia divina reinará por siempre en el universo.



EL CAPÍTULO 12 es el epílogo majestuoso del libro de Daniel y la conclusión de la sesión profética descrita en el capítulo 11. En él, el profeta recibe la certidumbre de que lo revelado en sus profecías es parte de la verdad profética divina legada al pueblo de Dios. Los días finales de este planeta abundarán en dificultades y maravillas que darán paso a la eternidad, que disfrutarán los fieles al recibir la recompensa final, cuando ocurra la resurrección de los santos:

«En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo. Será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen inscritos en el libro. Muchos de los que

duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad. «Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará»» (Daniel 12: 1-4)

A Daniel se le muestra que los eventos finales serán definidos de manera personal por Cristo mismo, a quien lo presenta como Miguel. Dicho de otro modo, «el tiempo del fin», al cual Daniel nos introduce en el 11: 40-45 y nos detalla en el capítulo 12, es el tiempo que abarca desde 1798 hasta la Segunda Venida de Cristo, que será cuando establezca su reino perpetuo.

Debe señalarse que el Mesías es llamado así porque es el comandante supremo de las huestes angelicales y no porque sea meramente un ángel más. Como Creador de las huestes celestiales, es presentado al frente de los ejércitos celestiales para dirigir la lucha final del gran conflicto cósmico, tal como Juan lo vuelve a ha-

El llanto, dolor y congoja que produce la muerte, serán desterrados en el reino de los cielos. Cristo el autor de la vida reinará para siempre junto con sus hijos resucitados. Entonces desaparecerán los cortejos fúnebres y no habrá más cementerios. La muerte será apenas un recuerdo desagradable que jamás será repetido.





Los padres cuidan con ternura a sus hijos y velan por su bienestar. Sin embargo nuestro Padre celestial cuida con mucha dedicación a sus hijos pues «por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias, nuevas son cada mañana; grande es su fidelidad» (Lamentaciones 3: 22).

cer en Apocalipsis 19. Así lo declaró el mismo Jesús, cuando dijo que volvería por los suyos y el apóstol Pablo, de manera inspirada, recalca la misma verdad al revelarnos que Jesús volverá con voz de arcángel y con trompeta de Dios (1 Tesalonicenses 4: 16).

El apóstol Pablo hace esta afirmación teniendo en cuenta lo que se le reveló acerca de este evento y considerando lo que Jesús afirmó con respecto a su regreso glorioso. Él jamás mencionó que vendría sigilosamente para llevar a los suyos a los cielos en «rpto secreto». Él siempre aseveró que



Las palabras de Jesús no dejan lugar a dudas sobre la forma como regresará por los suyos. Los Evangelios, las Epístolas y el Apocalipsis muestran que él volverá en forma visible y audible con toda su gloria y majestad.

su regreso sería extraordinariamente glorioso, de modo que todos «[verán al] Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» y con «sus ángeles con gran voz de trompeta» (Mateo 24: 30-31). Y a

Juan le recalca que cuando Jesucristo regrese en las nubes de los cielos «todo ojo le verá» (Apocalipsis 1: 7).

Pablo no hace sino reafirmar lo dicho por Jesús con respecto a su Segunda Venida gloriosa que sucederá cuando él regrese como líder absoluto de los ejércitos celestiales para librar a los suyos, tal como se le mostró a Daniel.

La declaración «en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo» (Daniel 12: 1), es clave en las profecías de Daniel, porque resume el cuidado de Dios por los suyos a través de toda la historia, y a su vez, señala el triunfo final de Cristo y su pueblo en el conflicto cósmico. Tal como Jacob fue librado de Esaú, o cuando Israel fue librado del faraón y sus ejércitos en el mar Rojo en el día de su angustia, aquí señala cuando el pueblo de Dios será librado de «la bestia y su imagen», que no es otro que el mismo «cuerno pequeño» o anticristo actuando con su imagen, al final de los siglos y sea llevado a los cielos.

Con esto Daniel nos asegura que, en el momento final, el mismo Miguel, líder de la milicia celestial, actuará tal como lo hizo el gran «Señor de los ejércitos» a lo largo de la historia del pueblo de Dios, como guerrero celestial, y desbaratará para siempre al ejército enemigo rebelde. De esta manera, Gabriel señala a Daniel el momento cuando el Mesías victorioso, como Verbo de Dios, vuelva cabalgando en su corcel blanco con sus «ejércitos celestiales» para enfrentar «a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear» contra él y contra su ejército (Apocalipsis 19: 11-20).

La descripción que Juan hace del regreso de Jesús comandando todas sus huestes angelicales es conmovedora y espectacular. Él no regresa como «varón de dolores» sino como el «Fiel y Verdadero»

(versículo 11), como «La Palabra de Dios» (versículo 13) y

«Rey de reyes y Señor de señores» (versículo 16). Regresa como el «Dios Todopoderoso» (versículo 15). Viene a juzgar

y pelear por los suyos y rescatarlos.

Viene para herir a las naciones y pisar el lagar de juicio con furor e ira.

¿Quién o qué podría detener a este general divino y sus innumerables

huestes angelicales? ¡Ninguna persona los detendrá! Es el fin de la gran

controversia. «La bestia, los reyes de la tierra y sus ejércitos» serán todos apre-

sados para su destrucción final y definitiva. Así librára Miguel a los hijos de su pueblo para siempre.



La grandeza de su poder

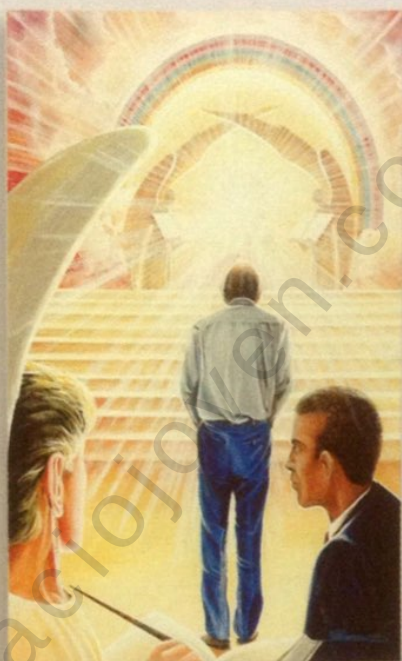
Consterna entender que el Mesías, dueño de semejante poder personal, además de contar con sus ejércitos celestiales poderosos, haya dejado todo esto para rescatar con su muerte a los pecadores, a fin de poder mostrar su infinito poder, rescatando a sus redimidos de sus más acérrimos enemigos. Él mismo declara que no solo puede mostrar «la grandeza de su poder», sino que también es «grande para salvar» (Isaías 63: 1).

Los primeros dos versículos del capítulo 12 de Daniel señalan la liberación final de los santos por el Mesías, cuando en su Segunda Venida y en la batalla final destruya para siempre a los impíos. Igualmente, a Daniel se le muestra cómo serán rescatados del Armagedón los santos del Altísimo, pues se

le informa que todos ellos están debidamente anotados en los registros celestiales.

Ya en el capítulo 7, cuando se mostró a Daniel las sesiones del juicio divino, se le explicó que el Juez celestial no actúa desordenadamente, sino de acuerdo con un orden establecido por él y comprobando cada cosa (en justificación o acusación) registrada según los libros que le eran traídos y abiertos por sus innumerables asistentes (Daniel 7: 9-10). Y junto con la liberación, Daniel hace referencia a uno de los eventos más grandiosos que ocurre como parte de la liberación del pueblo de Dios de todas las épocas: la resurrección de los justos.

Una de las acciones que se le revelaron a Daniel se relaciona con el juicio de Dios. Los tribunales humanos que por siglos han denigrado a los hijos de Dios con injusticia, serán juzgados por el Juez del universo. Dios y los suyos serán reivindicados, la justicia divina reinará por siempre en el universo.



a. La resurrección gloriosa del pueblo de Dios

Pero Gabriel es explícito al precisar que habrá una resurrección parcial previa a la resurrección general de los santos. Así, en ella resucitan algunos que irán «para vida eterna» y otros «para vergüenza y confusión eterna». Esto como recompensa de su fe y fidelidad, a los primeros; en tanto que a los segundos para que vean a quién despreciaron y maltrataron. Estos son los que en ocasión del juicio de Jesús se atrevieron a rechazarlo, juzgarlo, insultarlo, escarnecerlo, abofetearlo, golpearlo, coronarlo con



espinas, escupirlo, flagelarlo y crucificarlo (Mateo 26: 67; 27: 27-30). Jesús mismo les advirtió: «Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo» (Mateo 26: 64), e igualmente le aseveró a Juan: «He aquí que viene con las nubes: Todo ojo lo verá, y los que lo pasaron» (Apocalipsis 1: 7).

La realidad de esta «resurrección especial», o mejor, «grupo especial de resucitados», se muestra en el hecho que resucitan «para vergüenza y confusión», únicamente para contemplar su rechazo y mueren tras ver al Mesías glorioso que despreciaron,



La resurrección es una de las promesas más gloriosas que Dios tiene para sus fieles. El cumplimiento de ella abrirá posibilidades infinitas e insospechadas de realización eterna. La felicidad que hoy gozan los hijos de Dios no se puede comparar con la que disfrutarán por la eternidad en el reino de los cielos.



En la actualidad, Cristo no es más el sufriente Cordero de Dios. La burla cruel a la que fue sometido en un juicio infame e injusto la soportó mansamente. Hoy es el Abogado defensor en el Juicio de Dios y pronto volverá, conforme a su promesa como Rey de reyes y Señor de señores.

escamecieron y persiguieron. No se trata de la resurrección general de los impíos, pues esa ocurrirá después del milenio y de su juicio, y es llamada la segunda resurrección, pues todos los que resuciten en esta ocasión recibirán la segunda muerte, que es la muerte eterna (Apocalipsis 20: 5-6).

Jesús mismo, además de proclamarse como «la resurrección y la vida» (Juan 11: 25), aclaró que habría dos resurrecciones generales, pues afirmó que «llegará la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a

resurrección de condenación» (Juan 5: 28-29). Sin embargo, no hay que olvidar que a los jueces impíos que lo juzgaron y escarnecieron les aseguró, «veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo» (Marcos 14: 62).



El apóstol Pablo describe cómo será el momento glorioso cuando «el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero» (1 Tesalonicenses 4: 16); y Juan describe la realidad de las resurrecciones, mostrando que están relacionadas con el juicio

de Dios y que son parte final de todas las realidades escatológicas.

La resurrección no es un evento aislado de la totalidad involucrada en la redención. Es para los fieles apenas el comienzo de las «cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Corintios 2: 9). Ella está vinculada con la promesa del mismo Mesías de «voy, pues, a preparar lugar para vosotros [...] vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis» (Juan 14: 2-3). Por eso los «resucitados serán arrebatados en las nubes para recibir» al Mesías en su retorno triunfante e irán para estar siempre con él (1 Tesalonicenses 4: 17).

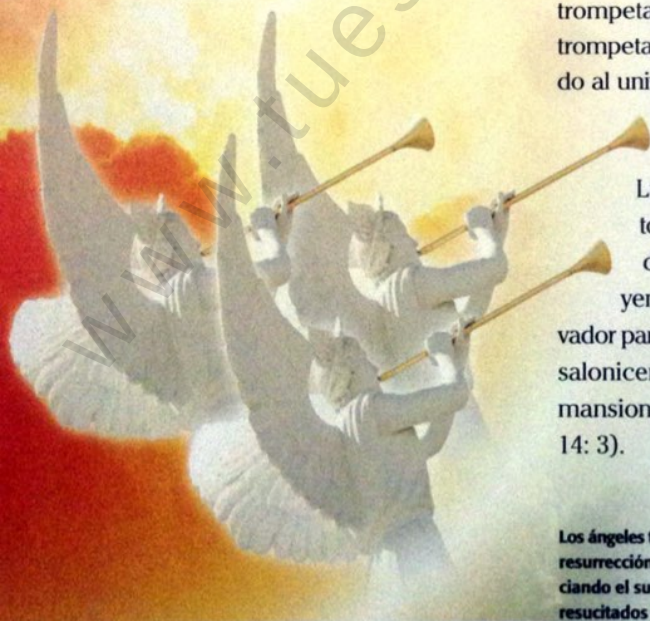
Este es el momento más glorioso para los redimidos que serán resucitados ya transformados en inmortales y para los salvos que estén vivos, que en ese mismo



instante también serán transformados para inmortalidad, a fin de dar la bienvenida a su Salvador (1 Tesalonicenses 4: 15). Todo este prodigio misterioso sucederá «en un momento, en un abrir y cerrar de ojos» entre el sonido retumbante de las trompetas celestiales de los ángeles y la trompeta de Dios que sonará proclamando al universo entero la liberación eterna

de los suyos del sepulcro y de la muerte (1 Corintios 15: 51).

Luego tras el grito victorioso de todos los redimidos (15: 54-55), todos son arrebatados en las nubes yendo al encuentro del glorioso Salvador para estar con él para siempre (1 Tesalonicenses 4: 17) quien los llevará a las mansiones preparadas para ellos (Juan 14: 3).



Los ángeles tendrán un papel fundamental en el día de la resurrección. Ellos tocarán las trompetas de Dios anunciando el suceso portentoso y también recogerán a los resucitados de todos los ámbitos de la tierra.

La ciencia aumentará

En el tiempo de Daniel el conocimiento científico era escaso y sus logros pequeños comparados con lo que ahora disfrutamos. Sin embargo, Gabriel demuestra que otro índice de los días finales sería el asombroso aumento de la ciencia (Daniel 12: 4). Desde los días de Nabucodonosor, los currículos de estudios universitarios han variado y su contenido se ha incrementado tanto que los estudios han tenido que especializarse en una diversidad de líneas de conocimiento, que equivalen a una diversidad de carreras.

Gracias a esto, la ciencia ha descubierto una inmensa variedad de aplicaciones, para que la vida se haga más fácil y práctica. Una prueba de esto son las comodidades que ahora se disfruta en los viajes y las comunicaciones. Esto posibilita al mundo que «correrán de aquí para allá» (Daniel 12: 4) en pos de sus intereses comerciales o de placer, pero al mismo tiempo, facilita enormemente las actividades del pueblo de Dios para realizar la tarea y misión evangelizadora que se le ha asignado hasta el fin (Mateo 28: 19-20).

Por otro lado, el conocimiento de las profecías de Daniel se ha acrecentado inmensamente y han sido cada vez mejor entendidas desde los días de la Reforma. Cada vez asombran más, debido a las revelaciones adicionales dadas a Juan en Apocalipsis, de modo que no son más un mensaje cerrado y sellado para los creyentes.

De hecho, todo el cambio ocurrido en el mundo por los descubrimientos e invenciones propiciados por el aumento del conocimiento y el desarrollo imponderable de la ciencia ha tenido un propósito fundamental, en los planes y propósitos del Creador. Este es el de hacer posible la proclamación globalizada de su mensaje salvador que invita a los mortales a conocer y aceptar su mensaje de salvación. Sin esos logros sería imposible la proclamación de las buenas nuevas de esperanza y vida eterna en un mundo cada vez más sofisticado que hoy se mueve al compás de la computadora y el ritmo de la electrónica.



Daniel profetizó igualmente que los días finales de nuestro mundo estarían marcados con un aumento científico, esto se ve actualmente. Todo esto es innegable pues los inventos y las posibilidades científicas han colmado el quehacer humano más allá de toda imaginación, especialmente en el ámbito de las comunicaciones.

«¿Cuál será el fin de estas cosas?»

«Yo, Daniel, miré y vi a otros dos que estaban en pie, uno a este lado del río y el otro al otro lado. Y dijo uno al varón vestido de lino que estaba sobre las aguas del río: “¿Cuándo será el fin de estas maravillas?”. Oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su mano derecha y su mano izquierda al cielo y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas se cumplirán. Yo oí, pero no entendí. Dije entonces: “Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?”. Él respondió: “Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin”» (Daniel 12: 5-9).

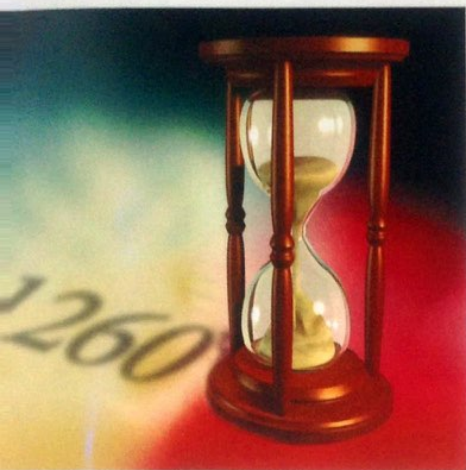
Resulta muy significativo que la misma pregunta escuchada en el capítulo 8, con relación al ministerio del Mesías en su Santuario, se repita en esta parte de la pro-

fecía, lo cual muestra el mismo interés celestial por saber las cosas relacionadas con los acontecimientos finales. Y esta pregunta, de hecho, es un vínculo definido entre la profecía de los 2300 años y las maravillas mostradas a Daniel en esta sesión profética final. La respuesta dada tiene que ver con la persecución del cuerno pequeño y el tiempo del fin. Esto indica que a Daniel no se le muestra algo diferente de lo manifestado anteriormente, pues se le señala que la persecución enmarcada durante la Edad Media está vinculada con la misma visión del Santuario mostrada en el capítulo 8, por lo tanto es verdadera (Daniel 8: 26). Además, lo mostrado con relación al Santuario está directamente vinculado con el tiempo del fin (Daniel 8: 17).

La declaración «cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo», precedido de los 1260 años que duró esta dispersión, es un índice del tiempo que nos toca vivir, dentro del período escatológico revelado en las profecías. Esto debido a que, habiéndose cumplido los 1260 años, los acontecimientos finales restantes, que «serán cumpli-

En medio del tumulto y la confusión sembrada por el «cuerno pequeño», Jesucristo nos ofrece la salvación.





Los 1260 años del dominio absoluto del «cuerno pequeño» estuvieron marcados por el terror y las guerras que este dirigió contra los «santos del Altísimo». Cruzada tras cruzada y guerra tras guerra fue dirigida contra el pueblo de Dios y su crueldad a los cristianos no conoció límites. Pero también estaba profetizado que este absolutismo duraría 1260 años y así sucedió.

dos», aguardan pacientemente su cumplimiento, «porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios» (Romanos 8: 19). Además, al repetir Daniel la misma pregunta, el «cuándo» de estos acontecimientos, se le responde que en sus días estos estarían cerrados «hasta el tiempo del fin», cuando su mensaje fuera necesitado. Es decir, se le aclara que los acontecimientos mostrados estaban mucho más allá

El período nefasto de los 1260 años corresponde a la época medieval iniciada en el 538, cuando el obispo de Roma, libre ya de todo impedimento, inició su hegemonía anticristiana hasta el día en que el papa fue apresado y desterrado por las tropas de Napoleón, emperador de Francia. Igualmente debe notarse que la mención del «tiempo del fin» viene después de este período anticristiano de persecución, predicho por la profecía y cumplido en la historia desde 538 a 1798.

de sus días y que su comprensión plena, y su cumplimiento, no eran posibles en su tiempo sino hasta nuestros días.

El «tiempo del fin» se caracteriza no solo por los descubrimientos científicos asombrosos ocurridos en este período, sino por otras manifestaciones propias que anuncian las profecías de los días finales. Todas ellas señalan que el fin de todas las cosas está más cerca y que el cumplimiento final de la promesa de la redención se consume. Lo notable de esto es que las huestes celestiales muestran su preocupación y anhelo de ver las cosas finales ya realizadas de modo que la felicidad del reino de Dios ya impere en el universo. Sin embargo, aunque el fin es inminente los santos deben tener en cuenta que Dios maneja sus designios de acuerdo a su cronograma establecido.





Los largos años de la Edad Media son llamados también con sobrada razón la «edad oscura». Esto debido a que la iglesia con mano férrea no solo perseguía a los cristianos que disientían de las doctrinas romanas sino también a los que no concordaban con sus ideas científicas.

b. Librados de la Babilonia mística. Surgimiento, apogeo y ocaso del «cuerno pequeño» y su abominación desoladora

«Muchos serán limpios, emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá; pero los entendidos comprenderán. Desde el tiempo en que sea quitado el sa-

crificio continuo hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días. Bienaventurado el que espere, y llegue a mil trescientos treinta y cinco días. En cuanto a ti, tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días» (Daniel 12: 10-13).

Tres períodos proféticos son referidos por Dios a Daniel, no como novedad total sino como recapitulación final de lo revelado para recalcar la importancia de estos para el pueblo de Dios, los cuales están vinculados directamente con las actividades desoladoras del «cuerno pequeño» y en referencia a los 2300 años. Además se le vuelve a enfatizar que los eventos que se le están mostrando son todos parte del período del «tiempo del fin», es decir, «al fin de los días» (Daniel 12: 13).



Los 1260 días

El primer período mencionado es el comprendido por los 1260 años, y es el período de dominio del «cuerpo pequeño» señalado ya en las visiones de los capítulos 7 y 11. La mención de este período prolongado y cruel referido por el mismo Dios como persecución, es lo mostrado en Daniel 11: 32-35, después de señalar (versículo 31) lo que significa la instauración de la «abominación desoladora», una vez quitado «el continuo», o la intercesión salvadora del Mesías en su Santuario.



El 538 d. C. es importante debido a que en ese año se estableció el deseo de supremacía sin traba alguna, acariciado por tanto tiempo por el obispo de Roma. Desde entonces el obispo romano pudo ejercer libremente el título de «cabeza de todas las iglesias» dado por el emperador Justiniano, e igualmente pudo legalizar de manera oficial «la supremacía papal». Ya se mencionó en los capítulos 7 y 8 que el año 538 corresponde al inicio de los 1260 años coincidentes con la época medieval, cuando el obispo de Roma, libre de todo impedimento, inició su carrera anticristiana hasta el año 1798, cuando el papa fue tomado prisionero y enviado al destierro por las fuerzas napoleónicas.



Napoleón se erigió como el conquistador de Europa pero sus sueños de grandeza sucumbieron en Rusia y se evaporaron en Waterloo. En su destierro meditaba en sus sueños de conquista desvanecidos y consideraba sin reparos la grandeza de Jesucristo que conquistó el mundo sin ejércitos.

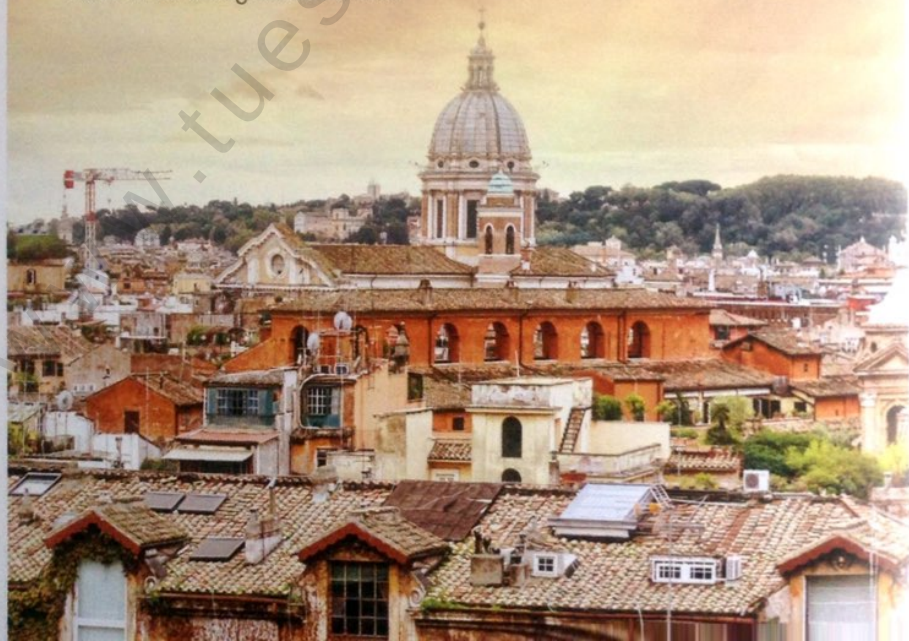
Cada mención de este período tanto en el libro de Daniel como en el de Apocalipsis es hecho dentro de un marco de oposición a Dios, su verdad, su ley, su Hijo y su pueblo. Ambos libros coinciden en señalar que durante estos años el obispo romano actuó a su antojo contra el pueblo de Dios al maltratarlo y perseguirlo. Pero también las profecías establecen con claridad su decadencia y liberación de él, hasta que de nuevo al final de los tiempos volverá a dominar como en tiempos pasados, aunque esta vez será destruido.

Los 1290 días

El segundo período le es revelado a Daniel señalándole que «desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días» (Daniel 12: 11).

A Daniel se le revela este nuevo período porque él señala tanto el inicio como el ocaso del «cuerno pequeño» en forma puntual con los eventos ocurridos entre el 508 y el 1798, indicando, la fecha precisa cuando el papa concibe su supremacía hasta el día cuando, según la profecía bíblica, recibió su «herida de muerte» (Apocalipsis 13: 3) y se le removió del escenario perseguidor así como del político durante un tiempo y su poder declinó. Así, para precisar el inicio de este período es necesario retroceder en la historia 1290 años desde 1798, que es la fecha final de los 1260 años, y se llega al año 508.

La participación de Clodoveo fue determinante al liderar los ejércitos papales en las primeras «cruzadas» (en el sentido estricto de la palabra) y luego el obispo romano, con la ayuda de Justiniano, derrotó a los vándalos en el 534 y finalmente a los ostrogodos en el 538.

*Clodoveo**Justiniano*

De hecho, el año 508, el 583 como el 1798 son fechas clave en las profecías de Daniel, debido a que los sucesos ocurridos en ellos y en torno a ellos, tienen que ver estrictamente con el cumplimiento de los momentos explícitos en la historia del papado. La manera reiterada como Dios revela a Daniel acerca de este poder anticristiano, en su naturaleza, en sus acciones, en sus enseñanzas y en su duración, demuestra no solamente la importancia del asunto, sino, la certidumbre de su identificación, a tal punto que la profecía y la historia no dejan lugar a dudas.

Cada uno de estos períodos señala el inicio, apogeo y ocaso del «cuerno pequeño», pero ellos son mencionados con relación a los 2300 días, pues esta profecía muestra y precisa el ministerio del Mesías en toda su dimensión, que es para bendición de la humanidad, el cual ha sido atacado en forma directa y constante por el papado.

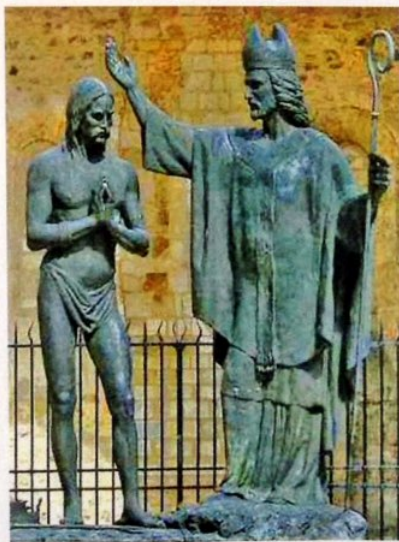
El 508 es resaltado, en la profecía, por la importancia de los eventos ocurridos en esa fecha en torno al engrandecimiento del obispo romano. Ese año el rey franco Clodoveo (convertido ya al catolicismo gracias a su esposa católica Clotilde) comandó los ejércitos papales que derrotaron a los visigodos y se consuma la caída



Gracias a Clotilde, la princesa católica burundesa, Clodoveo, el rey franco de fe arriana, se convirtió al catolicismo.

del primer reino de los 10 de la Roma dividida, y se convirtió en el paladín defensor del papado en esa primera década del siglo VI. Este hecho es tan determinante que la iglesia católica considera a Clodoveo, incluso como «un nuevo Constantino». Los 1290 años se inician en el 508. Se llega allí, restando 1290 de 1798, que es el fin de los 1260 y los 1290. Ese año, Clodoveo, como abanderado del obispo romano,

se convierte en el primer poder civil que se unió a la iglesia romana. Pero esta unión de los poderes civil y religioso fue un paso muy importante para el establecimiento de la «abominación desoladora», que es una referencia a la imposición de las enseñanzas contrarias a las Escrituras que después el papado impulsó a la cristiandad mediante la unión de la iglesia y el estado.



El bautismo de Clodoveo en la Navidad de 496 es considerado un suceso clave en la historia del catolicismo. Gracias a eso Francia recibió el honor de ser llamada «hija primogénita de la Iglesia», y Clodoveo aceptó iniciar en el 508 las guerras del papado contra los reinos que se le oponían.

Los 1335 días

Los 1335 días son un período especial de bienaventuranza señalado para quienes son objeto de maltrato por las acciones del «cuerno pequeño». Esta bienaventuranza es similar a la mencionada por Juan al finalizar las visiones de Apocalipsis: «Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro» (Apocalipsis 22: 7). Está vinculada con lo prometido por Jesús mismo quien señaló: «Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo» (Mateo 5: 11).



La profecía de los 1335 días nos indica que la realidad del juicio es una bendición para los que confían en la justicia del Juez y la intercesión del sacerdote Jesús. Si bien es cierto que todos tenemos que comparecer ante el tribunal de Dios, es también muy cierto que es una infinita bendición ser defendidos por Cristo en el tribunal del cielo como sus hijos.

El Señor le mostró a Daniel una serie de períodos en sucesión y para precisar su límite, tuvo que retroceder en el tiempo para marcar su inicio, los 1335 días son añadidos como «espera y llegada» final, desde el punto inicial ya establecido para los 1290 días. En este sentido, al añadir 1335 al año 508 se llega al 1843, que es la postrimería de los 2300 días, que terminaron en el año 1844.

La profecía de los 2300 días señala el inicio del juicio vindicador de los santos, a Daniel se le muestra aquí que «muchos serán limpios, emblanquecidos y purificados» (Daniel 12: 10; 11: 35). Al señalar el año previo a 1844, se le indica la expectativa con la cual se aguardaría el cumplimiento de la profecía, y se le dice

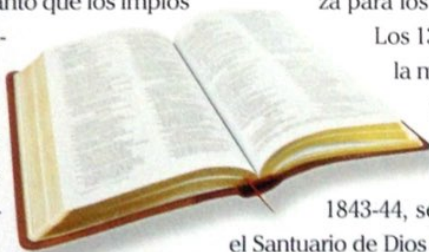
que solo la entenderían los de corazón dispuesto.

Daniel no vincula la profecía de los 1335 días con ninguna actividad del cuerno pequeño. Al contrario lo relaciona con una bendición especial para los que viven al final de ese período. De manera similar Juan señala otra bendición para el tiempo del fin afirmando, «bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor» (Apocalipsis 14: 13). En realidad, fueron bienaventurados los que vivieron durante el tiempo de la proclamación del advenimiento durante la primera mitad del siglo XIX. Pero lo son aún más los que pasado ese amargo chasco del no regreso esperan ansiosos el cumplimiento de esa promesa pues los que murieron en el tiempo del fin participarán de una resurrección especial antes de la Segunda Venida y la primera resurrección.



En Daniel, como en ningún otro libro del Antiguo Testamento, la promesa de la herencia de los santos y la seguridad de la vida eterna dada a los fieles de todos los siglos es presentada con reiterada frecuencia y con una seguridad indubitable.

Además, los entendidos son «muy felices» o bienaventurados, pues son los que, gozándose en el mensaje profético de las profecías de Daniel, confían en la intercesión salvadora del Mesías en su Santuario y esperan el cumplimiento de «la esperanza bienaventurada» con el retorno de su «gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tito 2: 13). En tanto que los impíos que seguirían «procediendo impiamente» son los que continuarían con las falsedades y engaños propios de la abominación establecida durante los 1290 años, sin tener en cuenta las importantes verdades restauradas para el tiempo del fin.



Los 1335 días son una referencia implícita a los 2300 años, señalando al juicio que se realiza en el Santuario durante el tiempo del fin en favor de los santos, los cuales, como Daniel, recibirán su heredad. Así una vez más y, esta vez como sello final, el Santuario es señalado como fuente de bendición, seguridad y esperanza para los fieles.

Los 1335 años se inician en la misma fecha del inicio de los 1290 años. Sin embargo, los 1335 años van hasta el 1843-44, señalando al juicio en el Santuario de Dios durante el tiempo del fin en favor de los santos, los cuales recibirán la heredad tal cual se le asegura a Daniel que recibirá la suya.

c. La eternidad con Miguel o la recompensa eterna

En Daniel 12: 1-2 se puede ver el cuidado que el Mesías tendrá de su pueblo en el tiempo de angustia. El Todopoderoso vendrá en auxilio de su remanente y con ellos se cumplirá la resurrección prometida a los fieles de todos los tiempos. Se le asegura a Daniel (véase 12: 13) que él formará parte de los que resucitarán para recibir la heredad del reino. A su vez, este es uno de los pasajes más hermosos del libro de Daniel por el contenido escatológico trascendental.

Primero se le asegura: «Tu irás hasta el fin». Esto no significa que Daniel viviría hasta los días finales. Se le dice simple-

mente que su vida, como la de todo mortal, tendría su final determinado; había un lecho de polvo que ya le aguardaba para su descanso (12: 13). Por eso se le añade, «y reposarás». Es decir, aunque iba a morir como todos los demás mortales, él podía ir con toda confianza al descanso mortal con la plena seguridad de las promesas de Dios.

La frase «y te levantarás para recibir tu heredad», resalta la esencia del final escatológico grandioso que aguarda a los fieles. Daniel tenía frente a él dos realidades plenas: su muerte cercana y la resurrección. Él no estará eternamente en el descanso polvoriento; indubitavelmente estará presente en la primera resurrección glo-



Daniel presenta igualmente el asunto de la muerte tal como lo enseñó Jesús, señaló que los muertos están en sus tumbas «durmiendo» el sueño mortal, hasta que el Dador de la vida los rescite en el día final. La resurrección es una de las verdades más preciosas de la Escritura y no es un evento aislado de la totalidad involucrada en la redención.



Daniel proclama en sus profecías y mensaje, la certidumbre del Santuario celestial como el «cuartel general» de la salvación, el centro mismo de la misericordia extendida al pecador. De esta manera, Daniel presenta al Mesías en toda su plenitud, sufrimiento y triunfo en el Calvario.

riosa. De hecho, él iba camino a la tumba, pero también a recibir su heredad para disfrutarla eternamente.

La frase «tu heredad» es una referencia directa al reino de Dios en el cual Miguel, el Mesías, es el Rey de reyes que reinará por la eternidad. Esta realidad forma parte de lo anunciado por Daniel en cada profecía suya, incluyendo la mostrada a Nabucodonosor (Daniel 2: 44; 7: 18, 22, 27; 12: 3). Jesús mostró esta realidad al asegurar que él mismo dará la bienvenida a los redimidos como los súbditos de su reino, diciéndoles: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (Mateo 25: 34). Desde luego



la frase «reino de Dios» solo resume lo infinito que implica «la promesa de la herencia eterna» (Hebreos 9: 15) o «la herencia de los santos en luz» (Colosenses 1: 12). Del mismo modo, «tu heredad» es también una referencia a la vida eterna que aguarda como recompensa final a los fieles (Mateo 19: 29), y la totalidad de lo prometido a ellos por Dios y su evangelio con «las riquezas de la gloria de su herencia en los santos» (Efesios 1: 18).

Es sorprendente y al mismo tiempo animador ver que los acontecimientos proféticos vinculados con la redención tanto terrenales como cósmicos ocurridos alrededor y posteriores a 1798 con toque



A Daniel se le recalca que los acontecimientos que se le mostraban, eran lejanos a sus días, pues se le revelaron las verdades escatológicas propias para los días finales de la historia de la humanidad. Del mismo modo Daniel coincide con Jesús al hablar que a los redimidos les aguarda una eternidad resplandeciente al lado de su Salvador.

de clarín que señalan con insistencia que la cercanía de la redención, de nuestra salvación, está cada vez más cercana.

En Daniel, como en ningún otro libro del Antiguo Testamento, la promesa de la herencia de los santos y la seguridad de la vida eterna dada a los fieles de todos los siglos es presentada con reiterada frecuencia y con una certeza indubitable lo cual es propio de la revelación divina mostrada a todos los profetas de la Biblia.

Resulta por demás importante notar que Daniel en su último capítulo nos se-

ñala que para nuestros días, los 2300 años anunciados por él ya pasaron y que el juicio a favor de la iglesia, el pueblo de Dios, se inició conforme a lo predicho al término de ellos y que ahora este está en pleno curso en el Santuario celestial. Igualmente los 1335 años se han cumplido y los 1290 años del reinado tirano y abominable del «cuerno pequeño», ya han transcurrido como los eventos de la sucesión escatológica anunciada y todos se han cumplido en forma inexorable.

Los capítulos finales de Daniel muestran la misma consistencia exhibida en los capítulos 2, 7 y 8 en torno a la secuencia de los acontecimientos profetizados, no como repetitivos, sino como énfasis a lo revelado. Así, lo revelado en los capítulos 7-9 le es de nuevo presentado en los capítulos 11-12, a manera de recapitulación, con otros detalles que amplían cada vez lo revelado.

Daniel establece, que el tiempo del fin referido por él (Daniel 8: 17, 19; 12: 4, 9) comienza a partir de 1798 y llega a su clímax con el regreso de Jesucristo al final de los días, cuando él libere a los suyos, a quienes él denomina «los santos del Altísimo» (Daniel 7: 22) o «santos» (7: 21-22) o «pueblo de los santos del Altísimo» (7: 27) o «pueblo de los santos» (8: 24) o «tu pueblo» (12: 1) o «pueblo santo» (12: 7), lo cual es sencillamente una referencia a los fieles de todas las edades.

El mensaje de restauración final en Daniel no es otro que el establecimiento del reino de Dios, cuando las naciones finalmente «fueron como tamo de las eras del verano [...] sin que de ellos quedara rastro alguno» (Daniel 2: 35) y en lugar de

ellas Dios mismo «levantará un reino que no será jamás destruido» (Daniel 2: 44). Este mensaje vibra a lo largo de todo el libro, mostrando que el desarrollo del devenir humano marcha orientado hacia ese final feliz, bajo la soberanía absoluta del que «muda los tiempos y las edades, quita reyes y pone reyes» (Daniel 2: 21), «tiene dominio sobre el reino de los hombres» (Daniel 5: 21).

Imposible perder de vista en Daniel el mensaje de

restauración final de todas las cosas cuando Jesús, el Mesías, triunfante, reine gloriosamente con los suyos para siempre. Dicho de otro modo, en Da-

niel, innegablemente el vencedor final de la gran controversia es el mismo Mesías con los suyos.

Así pues, en el capítulo 12 Daniel concluye las revelaciones proféticas que le fueron mostradas y de manera especial la sesión profética iniciada en el capítulo 11. En este capítulo final el profeta registra la certidumbre



Dios como conocedor del futuro pone a nuestro alcance la llave del entendimiento de sus designios revelados en las profecías de Daniel, de modo que entendamos qué está por venir y qué debemos hacer para ser salvos.



de que lo revelado en sus profecías es parte de la verdad escatológica divina legada al pueblo de Dios hasta el día final. Se le muestra que los días finales de este planeta estarán colmados de dificultades y de maravillas que darán por fin paso a la eternidad que disfrutarán los fieles. Pero de manera especial se le asegura a Daniel que él formará parte de los fieles que recibirán la recompensa final cuando acontezca la resurrección de los santos.

No es mera coincidencia que Daniel, al igual que los demás profetas bíblicos, hable de lo difícil y angustioso que serán los postreros días de nuestro mundo, a los cuales él llama «tiempo del fin». De manera puntual, Jesús en su sermón escatológico (Mateo 24) y Juan en el Apocalipsis, centran sus revelaciones en acontecimientos que han pasado y que ocurrirán desde la última fecha cumplida de los períodos proféticos anunciados por Daniel hasta el mismo momento del retorno glorioso del Mesías y el establecimiento del ansiado reino de Dios.

Jesús en concordancia con Daniel señaló las razones por las cuales el mundo quedará sumergido en angustia extrema. Él advirtió que una de ellas será la violencia creciente que inundará al planeta en sus días finales. Jesús mismo predijo cómo actuarían algunos durante los tiempos violentos que precederán su regreso afirmando que serán similares a los que precedieron al diluvio (Mateo 24: 37). La Escritura muestra que en los días previos al diluvio «la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo el designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo al mal [...] la tierra se corrompió delante de Dios, y la tierra estaba llena de violencia» (Génesis 6: 5, 11). Sin embargo, al examinar nuestra realidad actual, es demasiado evidente que la violencia en las ciudades y fuera de ellas ha llegado a niveles de espanto y el terrorismo ha elevado la violencia a límites inconcebibles en una escalada cada vez más escalofriante. Lo trágico del panorama de violencia actual es que este «irá de mal en





Daniel nos muestra que el mundo necesita entender, hoy más que nunca, que el mensaje evangélico de salvación, trazado por el Mesías como nuestro Sumo Sacerdote en su Santuario, está al alcance de todo aquel que crea en él.

peor» (2 Timoteo 3: 13) y solo será detenido por quien viene para «destruir a quienes destruyen la tierra» (Apocalipsis 11: 18).

Igualmente el mismo Jesús refirió que los niveles de inmoralidad de estos mismos días finales serían similares a los acostumbrados por los habitantes de Sodoma y Górra (Lucas 17: 28-30) antes que el fuego los destruyera junto con las demás ciudades de la Pentápolis cananea (Génesis 19: 24-25). La conducta licenciosa que la sociedad afronta en estos días es igualmente desconcertante, pues el matrimonio es visto con liviandad y pareciera que la gente vive cada vez más desquiciada en la inmoralidad. Por doquiera la humanidad vive más el frenesí

de separar en divorcio lo que Dios unió y de unir en convivencia lo que Dios jamás unirá ni aprobará como matrimonio.

Sin embargo, a Daniel se le muestra que este caos creciente de inmoralidad y angustia globales son el signo claro del tiempo que precede al retorno glorioso del Mesías (Daniel 12: 2). Es más, Daniel certifica que el anuncio de este tiempo angustioso, no debe ser atemorizador sino de esperanza plena, pues es la señal esperada para la liberación total del pueblo de Dios. En realidad, esto coincide con lo que Jesús anunció de su venida: «Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas» (Mateo 24: 33).



El Espíritu Santo inspiró a los autores de la Biblia su mensaje celestial. Gracias a él Daniel escribió el mensaje de verdad y salvación que Dios tiene para la humanidad.



Daniel nos muestra que el retorno del Mesías es la única esperanza para nuestro mundo.

Epílogo de esperanza

Cercanía de nuestra salvación

Generalidades

La importancia que el libro de Daniel ha tenido siempre para la iglesia cristiana es innegable. Su contenido histórico y profético ha sido la mejor recomendación de su autor a lo largo de los siglos. Su relevancia actual está más allá de toda duda.



Hemos de decir finalmente que al realizar esta obra lo hacemos con el inmenso deseo de que esta contribuya a un mejor entendimiento de Daniel, tal como Jesucristo exige de sus seguidores en estos días (Mateo 24: 14).

DE PRINCIPIO a fin Daniel muestra una consistencia armoniosa en sus predicciones y mensaje de modo que las profecías de los capítulos 2, 7 y

8 son ampliadas en las demás de los capítulos 9-12, pero enfatizan detalles y temas vinculados con la esperanza milenaria de la humanidad, con ese anhelo inmenso de eternidad que es el destino con el cual fuimos creados. Y aunque estos detalles varían de un capítulo a otro, la secuencia anunciada en todos los capítulos proféticos coincide debidamente en la historia que desdobra su



Muchísimos cetos y coronas han sido depuestos y olvidados, quienes las ostentaron han desaparecido, pero las profecías de Daniel han permanecido inalterables como prueba de su inspiración divina.

cumplimiento explícito en los imperios y en el papado. Por otro lado, los sucesos escatológicos que le son mostrados a Juan amplían aún más el horizonte escatológico, detallando todavía más los acontecimientos del tiempo de fin, y sobre todo certificando lo revelado a Daniel.

De manera puntual, Daniel 11: 45 se vincula con 7: 11-12 al describir lo que le acontecerá al «cuerno pequeño» al final del tiempo, cuando llegue al término de su carrera impía solo para enfrentar su fatal destino. Esto mismo es aún más detallado por Juan en Apocalipsis 17: 16 al mostrar a la «gran

ramera» (que es el «cuerno pequeño» con otro enfoque simbólico en Daniel), que es dejada sola al final de su carrera sangrienta e impía para pe-



El libro de Daniel, escrito el siglo VI a. C., se caracteriza por su alto valor histórico que ha resistido la prueba de las críticas más severas, así como su profunda significación profética que le da su carácter inspirado y siempre actual.

recer en el fuego con la venida del Mesías (Apocalipsis 19: 20).

Daniel culmina su libro y sus profecías con un grito de esperanza y victoria tal como estas resplandecían a plenitud a lo largo de todas ellas. El tiempo del fin referido en 8: 17, 19; 12: 4, 9 se inició a partir de 1798 y llegará a su clímax con la Segunda Venida de Cristo que vuelve por los suyos, los cuales «todos los que se hallan escritos en el libro» (12: 1) suyo como parte de su «pueblo santo» (12: 7), pues así llama Dios a sus fieles de todos los tiempos, tras lo cual los acontecimientos escatológicos revelados indican el milenio (Apocalipsis 20), la resurrección final de los impíos, el juicio final y la destrucción de Satanás, el originador del mal y el pecado, y finalmente, la instauración del reino de Dios.

Por eso, inserta en todo este cúmulo de revelación se halla enclavada la verdad indubitable de la resurrección que ha sido la columna vertebral de la fe y la esperanza de los fieles que nos precedieron a lo largo de los milenios, incluyendo los patriarcas. Ellos no esperaron una recompensa diferente de la nuestra ni nosotros anhelamos una ajena a la suya. La promesa de vida eterna en el reino de Dios resulta inútil sin la realidad de la resurrección.

Daniel invita a todos a formar parte de las legiones de los santos del Altísimo que han de ser resucitados por el Mesías en persona en ocasión de su retorno prometido. Su libro muestra histórica y proféticamente cómo el Señor ha protegido y protegerá a su pueblo en medio del odio



La gran mayoría de la gente ve con liviandad el mensaje bíblico de salvación. Nuestro mundo en general está inundado de actitudes cada vez más atrevidas, inmorales, llenas de vanidad, arrogancia y lujuria que acarrearán corrupción y pervertirán el entendimiento de quienes lo practican y lo contemplan. Esto es una evidencia más del tiempo que vivimos: el tiempo del fin.

y persecución de los enemigos de Dios y sobre todo de la angustia final que acontecerá al mundo. El final calamitoso de la Babilonia mística es el anuncio de lo que acontecerá a todas las naciones cuando Dios establezca su ansiado reino eterno. Un día las «escobas de destrucción» que barrieron la gloria babilónica barrerán también la gloria mundanal humana y los



Daniel presenta el mensaje de salvación en la Biblia al mostrar que el Rey del cielo, el Mesías, se encarnó para venir a este mundo a fin de morir y hacer posible nuestra salvación. La muerte de Cristo fue para darnos vida eterna, pues en su sangre tenemos redención y el perdón de nuestros pecados. Fuera de él, no es posible salvarnos.

vientos de purificación divina barrerán la era del mundo «sin que de ellos quedara rastro alguno [...] un gran monte llenó toda la tierra» (Daniel 2: 35). Daniel advierte a todos a no ser parte del tamo de las eras mundanales que será barrido por la destrucción final, sino más bien a ser herederos del Reino de los cielos como siervos del Altísimo.

Daniel forma parte de los heraldos de Dios que a lo largo de los siglos anunciaron la certeza de la resurrección porque él estaba seguro de ella y a él se le revelaron los acontecimientos de los últimos

días y sabía de la recompensa de los santos del Altísimo. Resulta reconfortante comprobar que Jesús promete a los suyos vida eterna y resucitarlos en el día postrero (Juan 6: 39, 40, 44, 54), teniendo muy en cuenta lo que en esencia es él y certificando las palabras con el mensaje danílico de la resurrección final cuando el mismo Hijo del hombre despierte a unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión (Daniel 12: 1-2, 13).

Resulta sorprendente, y al mismo tiempo animador, ver que los acontecimientos proféticos vinculados con la redención,

tanto terrenales como cósmicos ocurridos alrededor y posteriores a 1798, son toque de clarín que señalan con insistencia misericordiosa, avisándonos que la cercanía de la redención, de nuestra salvación, está cada vez más cercana; que «se acerca el día» (cf. Romanos 13: 11), el cual está ahora en Palabra del Señor «a las puertas» (Mateo 24: 33; Marcos 13: 29). Depende plenamente de nosotros estar preparados para ese encuentro maravilloso con el Salvador e ir con él a morar por la eternidad en su reino eterno.

Conviene siempre tener en cuenta que Daniel despliega en cada una de sus profecías el cronograma divino para el establecimiento del reino de Dios, que es la herencia de sus santos. No importa qué destaque o qué enfatice en cada una de ellas, la meta final es el reino de Dios. Aunque los símbolos cambien y se añadan algunos detalles complementarios, el mensaje, la lección y el significado de los reinos y su fin es el mismo. Desde la estatua metálica, siguiendo con las bestias y terminando con los reyes, la dinámica y la esencia conllevan una sola verdad: Dios



Grandioso será el día que Miguel (Jesucristo) se levante para liberar a su pueblo. No vendrá para llevarlos secretamente, sino visible y sonoramente. Él mismo, con toda su gloria, liderará a todas las huestes celestiales para rescatar, resucitar y dar la inmortalidad prometida. Su iglesia será presentada a él gloriosa para llevarla a sus mansiones celestiales.

dirige el destino de su pueblo hacia un final feliz el cual es su reino eterno. Y todo esto es establecido en el juicio de Dios hecho a las naciones y en favor de sus santos en su Santuario.

Todo esto de hecho nos conecta de modo pleno con la esperanza bienaventurada de los siglos, que es el retorno glorioso de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (Tito 2: 13).

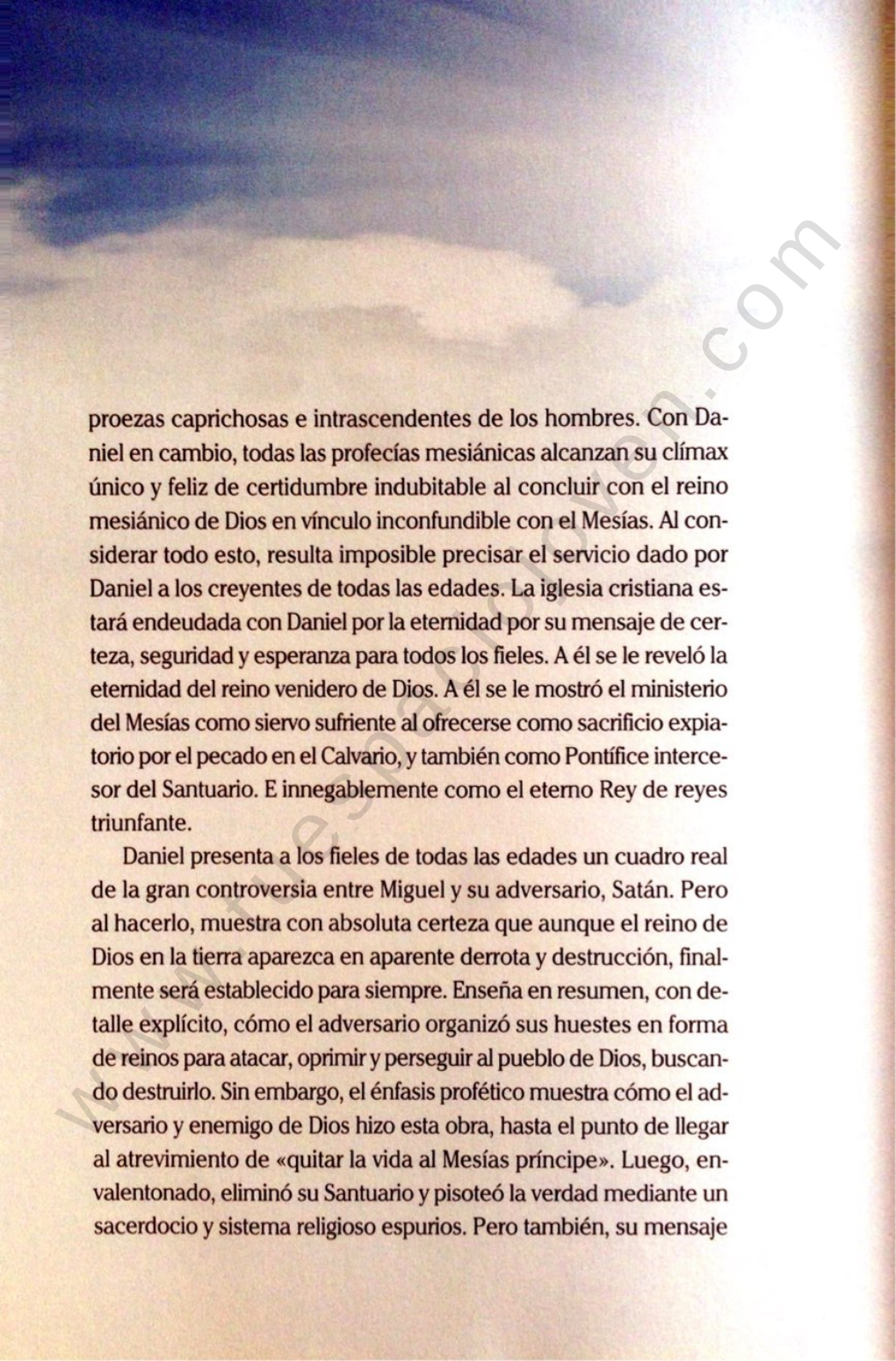




Conclusión

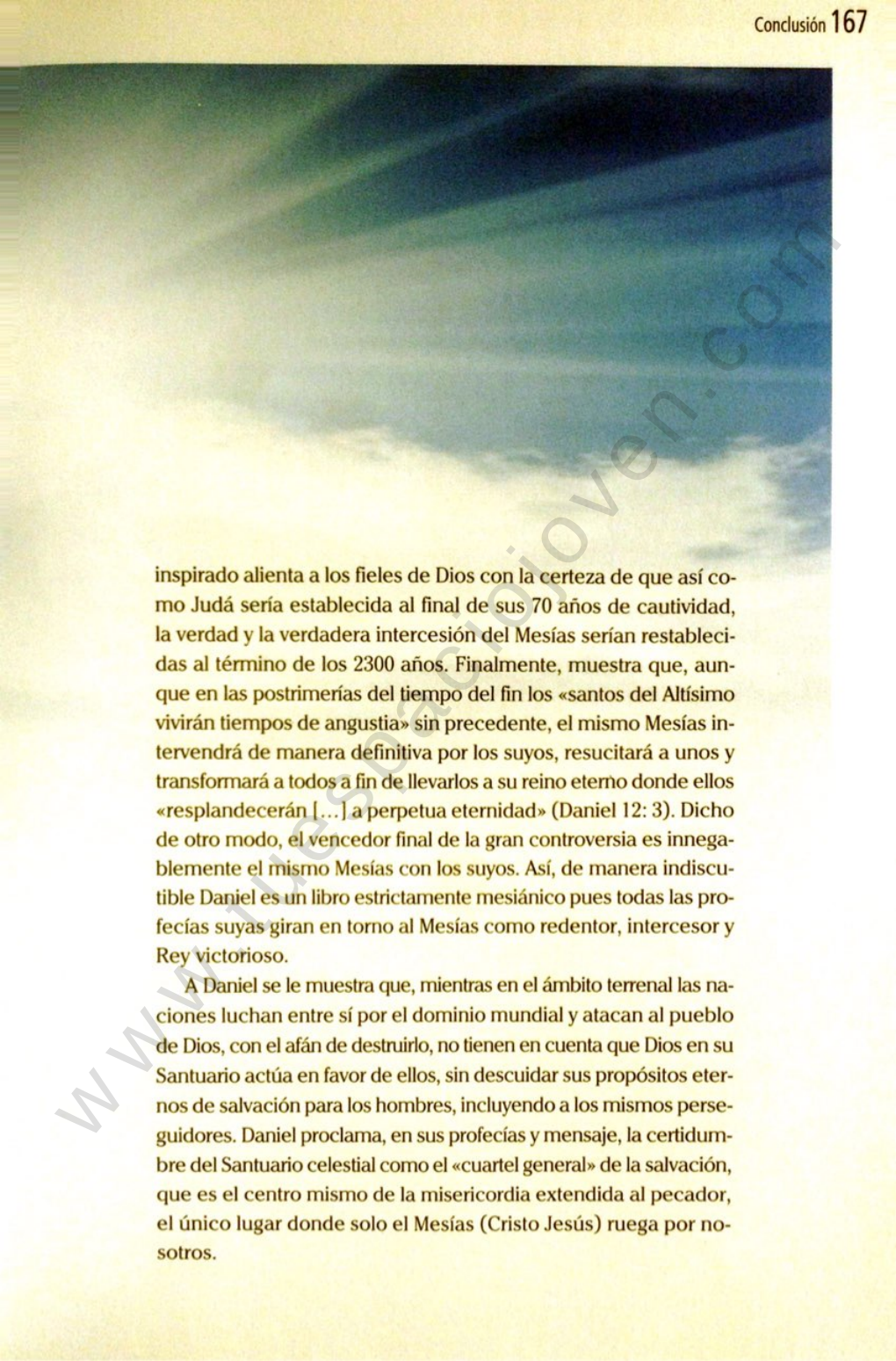
APRECIADO LECTOR, hace mucho que Daniel descansa, esperando el día en que será despertado para vida eterna (Daniel 12: 2), a fin de recibir su heredad, que es la de todos los santos (Daniel 12: 13). Durante más de dos milenios y medio la fidelidad inspiradora de su vida y su mensaje certero, verdadero y vigoroso han alentado a los fieles de estos recientes milenios. Los siglos que han pasado han dado testimonio que sus profecías son mesiánicas y forman parte del arcano que Dios ha revelado para su iglesia de todos los tiempos, pues su mensaje es parte del evangelio eterno que debe ser anunciado al mundo entero. Sus profecías se han cumplido detalladamente y seguirán haciéndolo del mismo modo, a medida que el «tiempo del fin» llegue.

Resulta conmovedor descubrir que Daniel es uno de los profetas más destacados del Antiguo Testamento y su influencia ejercida sobre la iglesia cristiana en general es en verdad incalculable. Sin Daniel las profecías bíblicas permanecerían como un misterio indescifrable y de manera especial las profecías mesiánicas, que son los anuncios tocantes al Mesías, el tiempo de su venida y su obra redentora, serían tan misteriosas como insolubles, e igualmente el surgimiento y la caída de las naciones serían apenas



proezas caprichosas e intrascendentes de los hombres. Con Daniel en cambio, todas las profecías mesiánicas alcanzan su clímax único y feliz de certidumbre indubitable al concluir con el reino mesiánico de Dios en vínculo inconfundible con el Mesías. Al considerar todo esto, resulta imposible precisar el servicio dado por Daniel a los creyentes de todas las edades. La iglesia cristiana estará endeudada con Daniel por la eternidad por su mensaje de certeza, seguridad y esperanza para todos los fieles. A él se le reveló la eternidad del reino venidero de Dios. A él se le mostró el ministerio del Mesías como siervo sufriente al ofrecerse como sacrificio expiatorio por el pecado en el Calvario, y también como Pontífice intercesor del Santuario. E innegablemente como el eterno Rey de reyes triunfante.

Daniel presenta a los fieles de todas las edades un cuadro real de la gran controversia entre Miguel y su adversario, Satán. Pero al hacerlo, muestra con absoluta certeza que aunque el reino de Dios en la tierra aparezca en aparente derrota y destrucción, finalmente será establecido para siempre. Enseña en resumen, con detalle explícito, cómo el adversario organizó sus huestes en forma de reinos para atacar, oprimir y perseguir al pueblo de Dios, buscando destruirlo. Sin embargo, el énfasis profético muestra cómo el adversario y enemigo de Dios hizo esta obra, hasta el punto de llegar al atrevimiento de «quitar la vida al Mesías príncipe». Luego, envalentonado, eliminó su Santuario y pisoteó la verdad mediante un sacerdocio y sistema religioso espurios. Pero también, su mensaje



inspirado alienta a los fieles de Dios con la certeza de que así como Judá sería establecida al final de sus 70 años de cautividad, la verdad y la verdadera intercesión del Mesías serían restablecidas al término de los 2300 años. Finalmente, muestra que, aunque en las postrimerías del tiempo del fin los «santos del Altísimo vivirán tiempos de angustia» sin precedente, el mismo Mesías intervendrá de manera definitiva por los suyos, resucitará a unos y transformará a todos a fin de llevarlos a su reino eterno donde ellos «resplandecerán [...] a perpetua eternidad» (Daniel 12: 3). Dicho de otro modo, el vencedor final de la gran controversia es innegablemente el mismo Mesías con los suyos. Así, de manera indiscutible Daniel es un libro estrictamente mesiánico pues todas las profecías suyas giran en torno al Mesías como redentor, intercesor y Rey victorioso.

A Daniel se le muestra que, mientras en el ámbito terrenal las naciones luchan entre sí por el dominio mundial y atacan al pueblo de Dios, con el afán de destruirlo, no tienen en cuenta que Dios en su Santuario actúa en favor de ellos, sin descuidar sus propósitos eternos de salvación para los hombres, incluyendo a los mismos perseguidores. Daniel proclama, en sus profecías y mensaje, la certidumbre del Santuario celestial como el «cuartel general» de la salvación, que es el centro mismo de la misericordia extendida al pecador, el único lugar donde solo el Mesías (Cristo Jesús) ruega por nosotros.

Si bien es cierto que esta realidad es desplegada de principio a fin en todos los capítulos de su libro, los capítulos 7 al 9 lo hacen de manera más sublime. Así en los capítulos 2 y 7 Daniel presenta al Mesías como el indiscutible soberano Rey eterno; en el 8 lo introduce como el Sacerdote necesario del Santuario celestial para officiar su ministerio (Daniel 8: 11) y confirmar la expiación cósmica (Daniel 8: 14). En cambio en el 9 lo señala como el único e irreplicable sacrificio aceptable con la sangre necesaria ofrecido en el verdadero Santuario, para salvación nuestra y lo presenta para señalar la trayectoria de humillación seguida por el Redentor, a fin de poder llegar a ser hermano nuestro e, igualmente, Sacerdote y sacrificio por el pecado (9: 26-27). Las profecías de Daniel presentan al Mesías en toda su dimensión sufriente y triunfante, es decir, muestran la realidad de lo logrado por él en el Calvario y la certidumbre de lo que se obtiene de él en su Santuario. Esa es la razón por la cual Daniel es tan atacado con interpretaciones que niegan su mensaje mesiánico y su verdad evangélica.

A medida que el tiempo del fin despliega sus misterios y sucesos cada vez más inquietantes, las profecías del «varón muy amado» (Daniel 10: 11, 19) se toman más actuales. Con razón el mismo Mesías hablando a la generación que fue testigo de su primera venida le aconsejó leer las profecías del profeta Daniel con cuidadosa atención. Pero al instar a ella de tal modo, lo hacía también a la actual que aguarda impaciente su segundo advenimiento. Daniel nos muestra que la «redención está cercana».

Las profecías tocantes a la suerte de los reinos mundanales de por sí dan cuenta del realce pleno de Daniel. Sin embargo, Daniel no se detiene a predecir solo lo tocante a los imperios de sus días. Sus profecías penetran la eternidad atisbando el futuro del eterno reino de Dios venidero, tan lejano en sus días, empero tan cercano a los nuestros. Con indubitable certeza el profeta declaró a Nabucodonosor, «hay un Dios en los cielos que revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los últimos días» (Daniel 2: 28).

Daniel nos muestra que el mundo necesita entender, hoy más que nunca, el mensaje evangélico de salvación, pues el Mesías ya trajo la justicia de los siglos al hacer en la cruz del Calvario la expiación por el pecado y que, merced a su sacrificio cruento, cada pecador tiene salvación y vida eterna gratuitas; él ya lo pagó todo. Hoy el Mesías es el encarnado de Dios que ha estado con noso-

tros y que ha sido muerto, pero ha resucitado y ha ascendido al cielo para actuar en favor nuestro en su Santuario como nuestro intercesor. De él solo aguardamos ahora su segundo advenimiento que llegará como «piedra sin que la cortara mano alguna» para establecer su reino perpetuo (Daniel 2: 44-45). Con eso culmina el cumplimiento final de todas sus promesas de restauración eterna, pues esta vez vuelve no como Mesías sufriente, sino como el Mesías guerrero, eterno, victorioso, salvador y triunfante que no es otro que el mismo Jesús, Rey de reyes y Señor de señores.

Es nuestro anhelo sincero, apreciado lector, que ese misterio revelado por Daniel, en concordancia con el evangelio eterno, sea parte de tu convicción y aceptación y, que su acción en tu vida te transforme en uno de los redimidos que el Mesías espera que seas y te busque como tal, cuando venga a rescatar a su pueblo para darte la herencia de vida eterna prometida.

